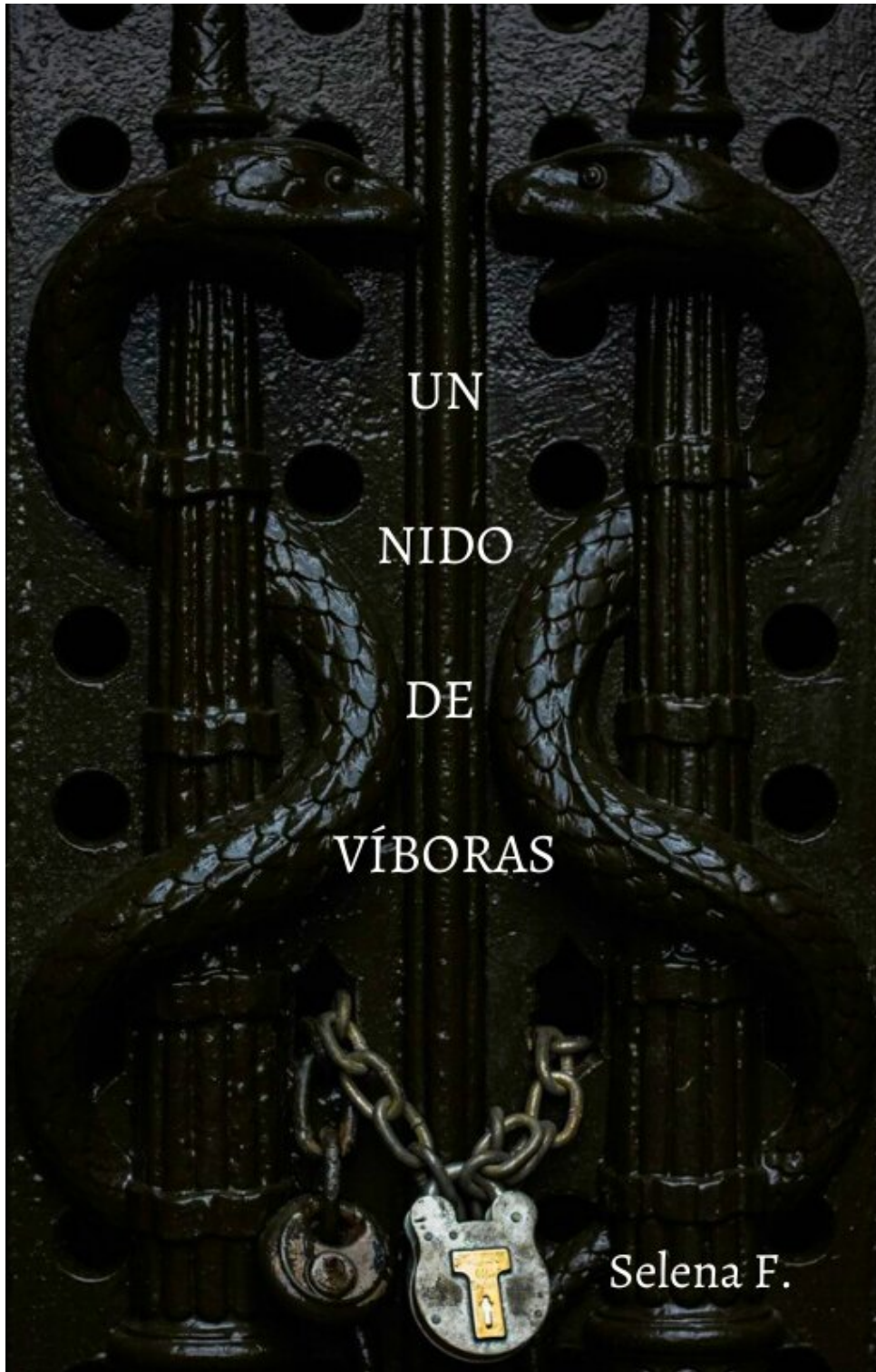


0.2 Un nido de víboras

Selena F.



Capítulo 1

Érase una vez una tierra subordinada a uno de los hijos favoritos de los dioses. Una tierra de guerra y paz, de lunas en auge y muerte, y de llamas desatadas que dejaban un sendero de ceniza.

Érase un rey de penumbra y bruma en un bloque de piedra tallado. El señor de la noche más oscura, sin luna ni estrellas.

Érase una joven ingenua que decía saber moverse en la oscuridad. La hija de la luna y las llamas, y de los amaneceres incipientes y prometedores de azul cobalto.

Érase una vez un nido de víboras siseando alrededor de un pequeño cardo que trataba de florecer entre las sombras y la niebla.

Capítulo 2

Lea se estiró en la cama todo lo que su cuerpo le permitía. Sus músculos protestaron de una manera agradable y la sonrisa de la joven guerrera dannan se hizo más amplia cuando una de sus piernas desnudas chocó con otra debajo de las sábanas.

Rotó el cuerpo y cuando abrió los párpados, sus ojos de color cobalto se encontraron con los de un profundo color negro ónice que la miraban con intensidad. Había una pequeña arruga entre las cejas rubias que enmarcaban esos ojos, y Lea extendió la mano para alisarla. Cuando tocó la piel de cubierta por un leve rastro de barba, Kendrick dijo:

—Deberías irte —Lea hizo una mueca con la boca al escuchar esa palabras—. El sol no tardará en comenzar a salir.

Por toda respuesta, Lea pegó más su cuerpo desnudo al de Kendrick y le dio un beso en los labios. El Hijo Predilecto de la Casa de la Sombra y la Niebla colocó una mano cálida sobre su cintura y la atrajo más hacia así.

Lea sonrió contra los labios sorprendentemente cálidos y suaves de Kendrick a la vez que entrelazaba una pierna entre las suyas. Se pegó a él todo lo que pudo, buscando su calor y su contacto. La idea de que en un par de días todo eso podría desvanecerse la perturbaba y hacía que en su pecho naciera un dolor punzante y amargo que le subía por la garganta hasta extenderse a sus ojos. Apartó esos pensamientos al tiempo que se separaba de él para poder mirar al Hijo Predilecto a los ojos. La sonrisa que tironeaba de sus labios desapareció.

—Estás preocupado —dijo acariciando la mejilla de Kendrick con un dedo. Su única respuesta fue un resoplido ligero en su pelo y en su frente. Tras una pausa en la que se dedicó a recorrer la mandíbula y los pómulos de Kendrick, Lea volvió a preguntar—. ¿Tienes miedo?

El gobernante de la Casa tardó unos instantes en contestar. El tacto cálido de su mano sobre la cintura y la vibración del poder que daba nombre a la Casa contra su piel conseguía aliviar la tensión con la que la pregunta había cargado el ambiente de la habitación.

—Sí. Por muchas razones —respondió tocando la frente de Lea con los labios. Ella se estremeció y cerró los ojos dejando escapar una exhalación—. Pero no se lo digas a nadie; no quedaría muy bien que el Hijo Predilecto reconociese que tiene miedo de entrar en batalla.

Esta vez, la que resopló fue Lea. Se apartó un poco de Kendrick para mirarlo mejor a la cara, apoyando la mejilla sobre la almohada abultada

por el antebrazo que tenía debajo.

—Aunque lo dijese, nadie se creería que el señor de la Casa —pronunció despacio, esperando a que una de las cejas de Kendrick se posicionase más cerca del nacimiento de su pelo— me hubiera hecho una confesión así.

Kendrick no hizo ningún comentario. Sabía que era cierto.

El Hijo Predilecto de la Casa de la Sombra y la Niebla era una figura que para Lea durante mucho tiempo había sido como una estatua impertérrita tallada en piedra, igual que para todos los ciudadanos del territorio dannan. Tras pasar tiempo juntos, a solas, había resultado que sí, Kendrick era una estatua la gran mayoría de las veces, pero no estaba hecho de piedra, sino de agua congelada. Y esta podía derretirse, con paciencia y calor.

— ¿Tú no tienes miedo? —preguntó el Hijo Predilecto.

—Claro que tengo miedo, Ken —asintió Lea, recreándose en la manera en la que las comisuras de los labios del gobernante se curvaban de una manera casi imperceptible al escuchar el apelativo—. Yo también tengo miedo a lo que pueda pasar —continuó después de humedecerse los labios—. Va a ser mi primera batalla.

—No tiene nada de emocionante.

—Entonces, ¿por qué todos los Hijos Predilectos están siempre tan ansiosos por comenzar una guerra?

—No lo sé, Aileana —contestó por fin el gobernante tras una larga pausa, pasando los dedos por la larga melena que caía por la espalda de Lea—. Supongo es una especie de pago por el poder que corre por nuestras venas, además de esa bestia que vive dentro de nosotros.

—Pero, ¿tú la deseas? La guerra.

—Como todos los feéricos —replicó lanzándole a la joven guerrera una mirada significativa sin ningún tipo de reproche—, hay una parte de nosotros que busca esa acción. El movimiento de la pelea, el olor de sangre... Eso no me molesta. Lo que no soporto es la parte de la destrucción —continuó mientras pasaba los dedos largos por el hombro desnudo de Lea. Sus ojos negros como la noche sin luna ni estrellas seguían el avance de la caricia—. Ver la Casa reducida a escombros humeantes y los ciudadanos muertos. Se supone que son mi responsabilidad, que proteger su vida y su bienestar forman parte de mis tareas, las mías y las de todos los Hijos Predilectos, pero al final parece

que es lo último de lo que nos preocupamos.

—Si quisieras podrías parar la guerra —contestó Lea en un susurro. En su tono tampoco había reproche.

—No es tan sencillo, Aileana, lo sabes. Hay...

—Hay una imagen que mantener —lo interrumpió ella, pero Kendrick no se molestó por ello. Estaba más que acostumbrado a esos atrevimientos y en cierto modo, le gustaban—. Lo sé.

Eso era lo que habían estado haciendo ambos durante los últimos dos años, cuando la tensión con la Casa del Viento y la Tormenta se había incrementado y en el ambiente comenzaba a respirarse la ceniza de la guerra. Había sido agotador, peligroso en algunos momentos, y también excitante.

Allí estaban, el Hijo Predilecto de la Sombra y la Niebla y la hija del general de la legión dannan, compartiendo cama, compartiendo cuerpos y sensaciones. Compartiendo lo que había dentro de ellos. Kendrick y Aileana.

Si hace dos años a Lea le hubieran dicho dónde se encontraría ahora y lo que sentiría por el fae que estaba a su lado, no se lo habría creído. Se habría reído a carcajada limpia y se le habrían saltado las lágrimas. Puede que incluso hubiera deslizado el filo de su daga favorita por la garganta de quién se hubiera atrevido a insinuar tal cosa.

Ahora, acurrucada contra el cuerpo y el corazón desnudos de Kendrick, Lea se perdió en los recuerdos sueltos de los últimos dos años.

Capítulo 3

Habían pasado dieciséis años desde la última vez que Lea lo había visto en persona, pero el Hijo Predilecto no había cambiado. Seguía siendo la misma figura alta y estilizada vestida de negro, con el escudo de la Casa de la Sombra y la Niebla bordada en azul oscuro sobre sus hombros. Su pelo rubio claro bien peinado quizás estaba un poco más corto, y sus ojos negros puede que fuesen más duros y afilados. A parte de eso, Kendrick seguía tal cual ella lo recordaba, un fae de la más alta nobleza muy estirado y tallado en piedra, los ángulos de su rostro hermosos, pero duros y cortantes.

Llegó acompañado de un pequeño séquito que Lea estudió desde su posición al lado de su padre, Gwilym, el general de la legión dannan y también el líder de su comunidad. De entre todos los recién llegados, Kendrick destacaba por encima del resto a pesar de no llevar puesta la corona ni el manto real bordado con el escudo de la Casa. No necesitaba nada de eso, en realidad. Su poder vibraba en el aire, llenando el lugar y los sentidos de la joven guerrera con él. Se preguntó si la recordaría, aunque lo más probable era que no. Lea sí había cambiado. Ya no era una niña pequeña de cinco años que no paraba de corretear por todos lados, sobre todo alrededor de las piernas de su padre cuando tenía alguna reunión importante, exigiendo que la dejase estar presente. Lea había crecido, ahora tenía veintiuno y aunque seguía gustándole corretear de aquí para allá como un cachorro que acaba de abrir los ojos y está descubriendo el mundo a su alrededor, ahora prefería orbitar alrededor de Gwilym para conseguir lo que quería de un manera más silenciosa, pero igualmente exigente.

Perdida en sus pensamientos mirando al Hijo Predilecto, Lea se arrodilló una fracción de segundo más tarde que el resto de los dannan presentes. La rodilla izquierda tocando el suelo y la mano derecha sobre el corazón, ese era uno de los saludos más respetuosos que se le podía dedicar a un gobernante de Elter. Había otro, más sumiso en el que las dos rodillas tocaban en suelo y el mentón el pecho, mientras la mano derecha descansaba sobre las costillas por encima del corazón, pero Kendrick no iba a encontrar ese saludo allí, en el territorio de los dannan. Puede que fueran sus súbditos y que vivieran en su Casa, pero no eran unos ciudadanos cualquiera. Eran los hijos Dannu, un pueblo a parte, con identidad propia y costumbres únicas que solo se arrodillaría por completo ante nadie más su verdadera diosa madre.

En otros territorios, como en el vecino del norte Agua y Cristal, los pueblos como ellos estaban sometidos y esclavizados, con no muchos más derechos que los sidhe. Pero Kendrick sabía que no podía hacer eso con los dannan. Puede que solo compusieran una fracción de su extenso ejército pero eran, sin duda, la mejor preparada de todas. Y por eso se

encontraba allí ahora.

El conflicto con la Casa del Viento y la Tormenta se había reavivado una vez más. Nunca se había apagado del todo, y Lea sospechaba que nunca lo haría, pero la diferencia ahora era que habían pasado al ataque directo. Habían entrado en la Casa por el sur, aprovechando la frontera con Tierra de Nadie y las estrechas alianzas que habían cosechado en los últimos años con las restantes tres Casas del sur.

Lea no había visto la destrucción, pero había escuchado los detalles. Imaginarse las viviendas de los pequeños pueblos de aquella región reducidas a escombros hacía que la sangre hormiguease bajo su piel y que sus dedos buscasen las armas que llevaba repartidas por su cuerpo.

Se levantó cuando los demás lo hicieron y descubrió la mirada del Hijo Predilecto clavada en ella. Los ojos negros de Kendrick se toparon con los de Lea e inconscientemente, ella aguardó a sentir un pinchazo en el interior de su cabeza y una bruma ligera y fría buscando en su interior quién era ella, aunque lo más probable era que el gobernante de la Casa ya lo hubiera deducido. El parecido entre Lea y su padre era más que evidente, sobre todo si se los veía tal y como se encontraban ahora, hombro con hombro. Lea era la imagen de Gwilym en versión de femenina. La misma piel blanca a pesar de pasar horas al aire libre, lo que solo se reflejaba en las pecas que salpicaban su frente y su nariz. El mismo pelo negro y ondulado que nunca aguantaba bien peinado demasiado tiempo. Los mismos ojos del color del cielo justo antes del amanecer, o en el momento en el que el sol ya se ha ocultado y la noche ha caído, pero la oscuridad total todavía no se ha asentado. Azul cobalto bordeado de pestañas negras como la tinta sobre un rostro de ángulos suaves y hermosos. Su madre siempre decía que era imposible que Aileana se pareciera más a Gwilym, incluso si la hubiera parido él.

Lea esbozó una sonrisa educada al darse cuenta de que la niebla no llegaría, pero el gesto no tardó en morir en sus labios cuando el Hijo Predilecto desvió la mirada. Algo bailó en su rostro impertérrito cuando sus ojos oscuros se separaron de ella, pero la joven guerrera no pudo identificar lo que era. Solo sabía cómo le había sentado la falta de emoción ante su cortesía.

Lea apretó la boca hasta convertirla en una línea fina. Se contuvo de cerrar los puños y se limitó a entrelazar los dedos delante de ella, evitando así llevarse la mano a la espada que colgaba de su cinturón.

—Mi señor —saludó Gwilym cuando Kendrick lo miró por fin.

—General Fforddludw —respondió el Hijo Predilecto con una inclinación de cabeza menos profunda que la que el general le había dedicado—. Sabes a

lo que hemos venido.

Lea no pudo evitar estremecerse ante su voz. Bonita y grave, pero también vacía y fría como una caverna abandonada. No le sorprendió lo más mínimo.

—Sí, mi señor, y permitidme transmitirlos que nos llena de honra que contéis con nosotros para hacer frente a este conflicto —Lea apretó más los labios ante lo que su padre decía. Honra no era la palabra emplearía—. Sin embargo, hay algo que me gustaría que discutiésemos, referido a la participación de nuestro ejército.

Los músculos de Lea se tensaron como la cuerda de un arco antes de ser disparado al saber lo que venía a continuación. La razón por la que ella estaba allí, por qué era la única mujer que había asistido al recibimiento del Hijo Predilecto.

Podía notar también la incertidumbre en los demás guerreros dannan presentes, cargando el aire y avivando sus propios sentimientos. El sentimiento de unidad entre los miembros de su pueblo era tan fuerte que llegaban a desarrollar esa capacidad, aunque gran parte de su potencial se cultivaba en las sesiones de entrenamiento. Comunicación mediante gestos mínimos y emociones que se escapaban por meros resquicios en la coraza que los feéricos usaban para evitar traslucir lo menos posible de lo que sentían por dentro. Los dannan había tomado eso que muchos otros consideraban una debilidad y la habían convertido en una seña de identidad y en una ventaja.

Pero de igual manera que los dannan se tensaron, también lo hicieron los nobles que tenían enfrente de ellos, aunque de una manera muy diferente. Más desordenada y simple, más visceral. Más perjudicial ante un ataque. Estaba claro por qué el Hijo Predilecto necesitaba a los dannan.

Lea sonrió para sus adentros.

—Si permitieseis que las mujeres combatiesen a nuestro lado —prosiguió Gwilym con un tono de voz que no dejaba traslucir lo que él compartía con sus guerreros y su hija—, tendríamos más ventaja. Son tan buenas guerreras como cualquier soldado.

—La respuesta es no.

La contestación no llegó de la boca del Hijo Predilecto, sino de la figura que se encontraba a su derecha un paso por detrás y cuyo rostro asomaba por encima del hombro del gobernante. Brycen, el hermano

pequeño de Kendrick. Lea lo estudió con más atención esta vez.

El parentesco entre ambos fae era innegable, pero Brycen era la versión con más color de Kendrick y, curiosamente, más desvaída, o esa fue la sensación que tuvo Lea. Sus facciones eran hermosas como las de todos los feéricos mayores, pero duras como las de su hermano y, en el caso de Brycen, cargadas de una expresión cruel, ácida y despectiva. Su cabello corto y ondulado brillaba bajo el sol de finales de verano con tonos de un color dorado descolorido que destacaba al lado del de su hermano, más similar a la plata pulida. Sus ojos, aunque muy oscuros, no eran negros como los de Kendrick, se dio cuenta Lea al fijarse mejor en ellos, sino de un color castaño muy oscuro.

Parecidos, pensó Lea, y al mismo tiempo tremendamente diferentes. Hasta sus voces habían sonado distintas. La de Kendrick grave y pausada aunque vacía, la de Brycen afilada y estrepitosa como un ladrido mal contenido.

—Dejadnos demostrároslo —escuchó decir Lea a su padre.

—Las mujeres no forman parte del ejército de ninguna manera, en ninguna legión —contestó en esta ocasión Kendrick adelantándose a su hermano, que ya había abierto la boca para replicar—. Podría resultar molesto para algunos si hiciera una excepción con la legión dannan.

Lea resopló por lo bajo.

Tal vez sea el momento de cambiar esa estúpida ley, si tan desesperados estáis por ganar esta guerra.

Se clavó las uñas en las yemas de los dedos, reprendiéndose por ese pensamiento. No porque no lo creyese de verdad o porque pensase que no estaba bien pensar de esa manera, sino porque por un momento había olvidado a quién tenía delante y el poder que poseía.

Lea se quedó muy quieta, los músculos de su cuerpo tensándose todavía más, aguardando la reacción por parte de Hijo Predilecto ante su osadía. Pero no llegó; si Kendrick escuchó sus pensamientos, no dio muestras de ello. Lea lo había pensando para sí, pero...

—Por supuesto, pero quizás deberías de considerar la opción de hacer una excepción con esta guerra —dijo Gwilym como si hubiera escuchado las palabras en la mente de su hija—. Después podríais volver a instaurar las normas habituales.

Lea vio cómo Brycen fijaba la mirada en la nuca de su hermano antes de que este dijera nada. Kendrick se quedó muy quieto y su mirada se vació durante una fracción de segundo. Algo serpenteó en sus ojos negros, muy

rápido, como el ataque de una víbora. Lea sintió el poder del Hijo Predilecto pulsar el aire como si se tratase de la tecla de un piano, dejando que la vibración de su poder se quedase suspendida en el aire. Se estaban comunicando, comprendió. Sin palabras que nadie más pudiera escuchar, solo ellos dos.

Lea nunca había visto el poder de Kendrick en acción, aunque sabía en qué consistía. La manipulación de las sombras y la oscuridad para hacer con ellas lo que quisiera la impresionaba, pero la niebla era algo todavía más imponente, y también misteriosa. Había escuchado que era doloroso cuando el Hijo Predilecto se adentraba en el interior de la mente de alguien. Húmedo, frío y escurridizo, como una serpiente colándose dentro del agujero de un ratón. La impotencia de ver pasar los propios pensamientos por delante de uno sin poder detenerlo era angustioso y escocía más que la punzada de dolor en el momento en que la niebla entraba en el cráneo. Eso le habían contado, y Lea esperaba no llegar a experimentarlo nunca.

—Lo consideraré —contestó Kendrick tras un breve intercambio de información telepática con su hermano pequeño, que también era su segundo al mando y Gran General de su ejército—, pero por el momento, la respuesta es no —el Hijo Predilecto aguardó a que las palabras calasen en los dannan presentes, sopesando su reacción, aunque no tuvo respuesta. Lo cierto es que ya se esperaban esa negativa, Lea incluida, a pesar de haber conservado cierta esperanza—. Ahora, quiero ver las tropas.

El asentimiento por parte de Gwilym no se hizo esperar.

—Por aquí, mi señor.

Antes de girarse para conducir al Hijo Predilecto y a su comitiva a los campos de entrenamiento donde aguardaban los guerreros, el general de la legión dannan le lanzó una mirada significativa a su hija. Ella se limitó a asentir con la cabeza, a pesar de no estar conforme. No valía la pena discutir y montar un espectáculo. A Kendrick, al contrario que a la gran mayoría de feéricos, no le gustaban las escenas dramáticas que podían acabar en sangre, o eso era lo que Lea tenía entendido. Cortaría por lo sano sus réplicas, de la manera que fuese, y eso no le haría la más mínima gracia a su padre ni a los guerreros presentes, con los que se había criado casi como si se trataran de su familia. Podía armarse otra guerra allí, en el territorio de los dannan, y Lea no quería eso.

Hizo una genuflexión muy breve y lanzó una mirada envenenada al Hijo Predilecto antes de retirarse, deseando que la sintiese en su nuca de la misma manera que los demás sentían la mordedura de su poder. Si Kendrick la notó, de nuevo, no dio muestras de ello. Como si Lea no se

encontrase allí.

La joven guerrera apretó los dientes hasta que le dolieron las encías y murmuró para sí todos los pensamientos que no podía decir en voz alta por el simple hecho de ser mujer y de no tener sangre real en sus venas.

Capítulo 4

—No es justo.

Lea se movía de arriba abajo por la cocina de la casa de sus padres como una fiera enjaulada. Había dejado la espada en el cuarto que todavía ocupaba de vez en cuando, sobre todo desde hacía casi dos años, cuando había nacido su hermano pequeño, Rhys. El niño seguía el avance nervioso de su hermana con sus grandes ojos azules muy abiertos, aunque el estado de ánimo de Lea no parecía afectarle demasiado. Tenía en una de sus manitas una pequeña espada de madera de punta roma que Lea le había regalado por su primer cumpleaños y lanzaba estocadas al aire cuando pasaba caminando más cerca de él.

—Ya lo sé, Lea —dijo su madre sentada a la mesa de madera mientras preparaba las judías para la cena de esa noche. El mal humor de Lea había aumentado solo con verlas.

—Es que no lo entiendo —protestó la joven guerrera sin dejar de moverse—. ¿Por qué no darnos ni siquiera la oportunidad?

—No todos los hombres están preparados para ver que una mujer puede ser tan fuerte como ellos, o más incluso —contestó Maeve sin detener su tarea.

Lea se quedó mirando la destreza de su madre con el cuchillo, aunque fuera decapitando y troceando vainas verdes. Desde que el pequeño Rhys había llegado a sus vidas por sorpresa, Maeve no se entrenaba con tanta regularidad como antes. No porque tuviera que renunciar a ello por su hijo, sino porque había descubierto que prefería una vida más pausada y alejada de la violencia. Todo lo que el hecho de estar casada con el general de la legión dannan le permitía, claro.

Lea se había sorprendido ante la decisión de su madre, pero podía entenderla y nunca se la reprocharía. Maeve siempre había ayudado en las tareas de entrenamiento de las mujeres más jóvenes y jamás había renunciado a una confrontación al lado de su marido. Gracias a ella, muchas jóvenes de la edad de Lea eran grandes guerreras y sabían defenderse con un arma poco habitual en el campo de batalla, una con la que muy pocos soldados eran capaces de usar por la destreza que requería; las espadas gemelas.

Lea siempre sentía una oscura fascinación cuando veía a su madre usar las dos espadas cortas unidas entre sí por los mangos de tal manera que podía guardarse juntas en una vaina como si se tratasen de una sola. Las espadas gemelas requerían una habilidad extraordinaria con ambas manos y una conciencia muy precisa del cuerpo, tanto del propio como del

enemigo. Quizás, lo único que maravillase a Lea más que la destreza de Maeve usando esa arma, era el júbilo que transmitía cuando lo hacía. Puede que la luz que aparecía en los ojos de su padre cuando Maeve hacía despliegue de sus habilidades también fuera impresionante y sobrecogedora.

La hija de Maeve y Gwilym siempre había pensado que esa luz en los ojos de su padre al ver a su madre en acción se debía a la excitación que producía en los feéricos la lucha y la violencia, pero se había equivocado. Ese brillo había seguido ahí luego de que Maeve hubiera decidido dejar un poco de lado su faceta más belicosa y dedicarse a otra de sus pasiones, la sanación.

Era extraño, pensaba a veces Lea, cómo alguien podía sentirse atraído por caras tan opuestas al mismo tiempo. Sabía que a su madre le gustaba formar parte de las batallas como un soldado más, pero siempre había sentido también inclinación por el proceso de curación que venía después. Maeve pensaba que ambos extremos acaban formando un ciclo infinito, y ella ahora mismo se encontraba más interesada en la etapa que definía como de reposo y tranquilidad. Una fase que le permitía pasar más tiempo en casa, con Rhys y con Lea, y también ver la comunidad en la que vivían de una forma diferente e interactuar en ella de una manera nueva.

Lea había sabido que su padre no se molestaría con su madre por tomar esa decisión, la cual implicaría que pasasen juntos menos tiempo y que su relación cambiase, porque Gwilym jamás se enfada con Maeve; Lea a veces pensaba que la adoraba a ella más que a Dannu. Sin embargo tampoco se esperaba que su decisión hubiera recibido una acogida tan abierta y alegre.

—Si es lo que tu madre desea, no voy a impedirselo. No solo porque probablemente hiciera que mis intestinos acabasen por suelo, sino porque simplemente sé que va a ser feliz —Gwilym se había encogido de hombros con una amplia sonrisa en su rostro y los ojos brillantes—. Si tu madre es feliz, yo soy feliz, Lea, haga lo que haga. Es parte de amar a alguien. Algún día lo entenderás.

Lea había pensando en esas palabras muchas veces. Ella amaba a sus padres, a su hermano pequeño, a sus amistades más cercanas, y la alegría la embargaba siempre que alguno de ellos era feliz y conseguía algo que quería, pero sabía que su padre había hablado de un amor diferente. Un amor que ella estaba segura de no haber experimentado nunca, o eso pensaba cuando veía a sus padres juntos.

—No tiene por qué permitirlo, en realidad —dijo Maeve sacándola de sus pensamientos—. Las chicas van a seguir entrenando con los hombres, o es

la intención.

Había terminado de cortar las judías sin que Lea se diera cuenta y estaba echándolas en una olla con agua caliente, acompañas de patatas y zanahorias ya preparadas. A espaldas de Maeve, sus dos hijos hicieron una mueca de desagrado.

—Esta tarde solamente iban a ver a las tropas.

—Pero va a quedarse aquí al menos cuatro días más. Es tiempo más que de sobra para que vea algo que lo impresione —añadió girándose para mirar a su hija. Los ojos grises de Maeve estaban cargados con una chispa traviesa que siempre provocaba una sonrisa en Lea.

Comprendiendo el significado de sus palabras, Lea se inclinó hacia delante y agarró el respaldo de la silla en la que se encontraba sentado su hermano.

— ¿Quieres que me meta en un lío, mamá?

—Es lo último que quiero, Lea —contestó Maeve con sinceridad, apartándose un mechón de cabello castaño que se había escapado de su larga trenza—. Pero algunos riesgos valen más la pena que otros —calló un momento antes de continuar, y su mirada se cargó con un sentimiento que hacía que el estómago de Lea se removiese de emoción—. Tú eres una persona que iría hasta el final por sus ideas y por lo que cree que es correcto, mal que me pese.

Lea se definía a sí misma como una mujer perseverante y paciente, pero si les preguntasen a sus padres, estos dirían que las palabras más apropiadas para definirla eran tozuda y cabezona.

—No me esperes para cenar —dijo antes de caminar hacia la puerta de la cocina y subir a buscar la espada en su habitación.

—No rompas nada —le advirtió su madre señalándola con una cuchara de madera de una forma muy similar a la que Rhys con su espada—. Ni mobiliario, ni huesos...

— ¿Y egos? —preguntó Lea con una sonrisa inocente en esta ocasión.

—No hay nada más peligroso que un hombre con el ego hecho pedazos, Lea —contestó Maeve. Esta vez, su tono era serio—. Sobre todo un fae de la nobleza.

Lea fue a replicar que no les tenía miedo a los hombres con el orgullo roto; ya había tenido que lidiar con más de uno, pero prefirió guardarse esos pensamientos para sí. Salió de la cocina con paso ágil, las palabras

de su madre muy presentes en su cabeza, mientras Rhys la apuntaba con su espada de madera y un gesto de dolor ante la traición de su hermana por haberlo dejado solo en su batalla con la cena.

Capítulo 5

Los feéricos eran criaturas profundamente conectadas con la naturaleza, pero los sidhe y los fae habían ido dejando de lado algunas tradiciones con el paso de los siglos. Los primeros porque se habían visto obligados a ello al quedar esclavizados bajo el yugo de los segundos tras la Gran Guerra Inmortal, y los fae porque lo habían elegido voluntariamente. Pensaban que eso los hacía superiores al resto de inmortales y los acercaba más a las figuras idealizadas de sus dioses, de quienes se creían sus hijos favoritos. Los dannan, sin embargo, eran la excepción dentro de los fae.

Una de las tradiciones que seguían conservando era la de celebrar cenas al aire libre con sus invitados. Normalmente esos banquetes solían incluir bailes alrededor de hogueras, música y cantidades ingentes de comida y bebida que no llegaban a consumirse y que en el mejor de los casos acababan siendo alimento de los animales domésticos. Para la comitiva real encabezada por el Hijo Predilecto, solo hubo una mesa larga de madera bien surtida de viandas y alcohol, pero no en exceso.

Lea no estaba invitada a esa cena, pero asistió igualmente sin que nadie la viera. Se coló discretamente en el edificio de dos plantas que hacía las veces de almacén de armas y de lugar de reuniones de su padre con sus guerreros más importantes y subió al segundo piso para tener una mejor visión de la velada. Sentada sobre la mesa de reuniones, con la espalda apoyada en la pared y su espada descansando a su lado, Lea cenó la carne asada con verdura envuelta en una tortilla de pan que había comprado en un pequeño restaurante cerca de la casa de sus padres. No tenía nada que envidiarle a la cena que los guerreros y los nobles estaban compartiendo en el patio trasero del edificio, y mucho menos a las judías que su madre había preparado. Masticó despacio y saboreó a conciencia sin perder de vista nada de lo que ocurría al otro lado de la ventana.

Cuando se acomodó entre las sombras de la habitación, Lea no podía distinguir las conversaciones que mantenían, pero esperaba que eso cambiase según la noche fuera avanzando y la bebida escaseando. Eligió con cuidado el lugar desde el que observaba, evitando que la luna la iluminase en algún momento de su paseo por el cielo estrellado. No había ido hasta allí con un plan trazado, pero estaba segura de que algo se le ocurriría.

La mesa estaba dividida en dos mitades enfrentadas de una manera muy poco discreta. Los dannan en un lado, dándole la espalda a Lea, y los nobles en el otro. Nadie ocupaba la cabecera de la mesa; Kendrick estaba sentado cara a cara con Gwilym en un extremo, y Brycen ocupaba el asiento a su derecha. Ninguno de los presentes iba armado, pero los dannan eran capaces de defenderse contra cualquiera con las manos desnudas, sobre todo contra unos fae que Lea estaba segura que fardaban

más que eran. Kendrick, sin embargo... Kendrick era otro cuento.

Por lo que sabía de él, Kendrick no era un Hijo Predilecto propenso a la violencia ni a muchas otras cosas que eran del gusto de los gobernantes de Elter. En el palacio de la Casa se producían fiestas ostentosas y salvajes con regularidad, y el Hijo Predilecto tomaba parte de ellas, por supuesto, pero Lea había escuchado que su actitud en ellas era casi... obligada, decían algunos. Como si no quisiera estar allí. Como si solo fuera un deber más que debía que cumplir, pero del que no disfrutaba. Lea no se había parado a darles demasiadas vueltas a esos comentarios, a pesar de que le habían parecido extraños, antinaturales, incluso. La hija del general dannan nunca había pensando demasiado en el hombre que gobernaba su Casa, pero había algo en él que comenzaba a despertar la curiosidad en ella.

La noche fue avanzando y la bebida fluyendo, pero para el disgusto de Lea, las voces no se alzaron lo suficiente como para que pudiera distinguir sus palabras. Tuvo que contentarse con observar desde la distancia, al amparo de las sombras, pero después de un rato descubrió que no le importaba. A veces, los feéricos mostraban más sin palabras que con ellas.

A Lea no le pasó desapercibido que Kendrick no se dirigía a nadie que no fuera su padre; por lo menos, no verbalmente. El Hijo Predilecto se sentaba muy recto en su silla y aunque sus ojos se desplazaban hacia quien estuviera hablando, él apenas intervenía, y si lo hacía, era para dirigirse a Gwilym. Desde donde se encontraba, Lea no podía ver la expresión de su padre, pero era capaz de discernir lo que pasaba por su cabeza solo con ver los movimientos de su espalda y sus hombros, la manera en la que sus músculos se tensaban bajo la chaqueta del uniforme de gala de la legión. Podía ver que cada vez que su rostro se giraba hacia Kendrick y se dirigía a él para hablar, su postura se relajaba.

La joven guerrera sabía que el Hijo Predilecto era del agrado de su padre, por decirlo de alguna manera. Gwilym había conocido al padre de Kendrick antes de que este naciera y había sido también su general durante apenas una década. Lo natural era que cuando un nuevo gobernante tomase el relevo del anterior se deshiciese de todos los consejeros y generales que este había tenido, pero Kendrick se había quedado con Gwilym por alguna razón que Lea no comprendía, aunque estaba agradecida por ello; ella no existiría de no haber sido.

Observó la escena que se desarrollaba en el patio iluminado por farolillos mágicos hasta que todos se levantaron de la mesa casi al unísono. Y durante todo ese tiempo, Lea no perdió de vista al Hijo Predilecto. Solo lo había visto una vez en su vida hasta esa mañana, cuando tenía cinco años, y el recuerdo de las circunstancias estaba difuso, pero el de la apariencia de Kendrick no. Había pensando que su memoria le fallaba al

rememorar el negro de sus ojos y que los retratos en los que aparecía representado exageraban el tono oscuro contra su piel clara, pero ese día se había dado cuenta de que no era así. Lea nunca había visto un color como el suyo, negro puro en el que no se distinguía la pupila, como dos pozos sin fondo o como la inmensidad de la bóveda del cielo en una noche sin luna ni estrellas. Cortantes como un puñal de ónice recién afilado. Aunque a decir verdad, todo en él era acerado. Y, a pesar de ello, condenadamente atractivo.

Lea se encontró admirando su hermoso rostro de manera inconsciente y se clavó las uñas en la piel sensible de las palmas de las manos. Kendrick era un maldito bloque de piedra bien tallado. Estaba segura de que tenía menos expresividad que el caño de la fuente de la villa palaciega, a pesar de no haber visto nunca una. Se preguntó si sería así siempre, en todos los ámbitos de su vida.

Acostarse con él debe de ser como follarse una estatua de mármol, pensó para sí mientras lo miraba comer con la espalda muy recta y los hombros cuadrados.

Los farolillos arrancaron un destello a su pelo platino y la luz proyectó una sombra en la línea de su mandíbula y en sus pómulos cuando se inclinó levemente hacia delante para llevarse el tenedor a la boca. Una estatua muy bonita, pero una estatua al fin y al cabo.

Ensimismada en sus pensamientos sobre el Hijo Predilecto, Lea se sobresaltó cuando su padre se levantó y el espacio delante de Kendrick quedó vacío. Quiso seguir la dirección en la que se movía su padre, por si entraba en el interior del cuartel, pero su mirada seguía prendida en Kendrick. Trataba de sacar algo en claro sobre él, intentando averiguar qué era lo que había debajo de aquella máscara inexpresiva y por qué todo el mundo hablaba de él como si fuera una rareza entre los Hijos Predilectos, y de pronto...

Kendrick levantó la mirada desde la copa que sostenía entre los dedos hacia donde se encontraba Lea. Fue un movimiento tan rápido, casi como un aleteo, que cogió a la joven dannan totalmente desprevenida. Su cuerpo quiso dar un salto en el sitio, pero sus músculos no se movieron, repentinamente tensos y doloridos.

Kendrick también se había quedado muy quieto, ignorando las palabras que su hermano estaba pronunciando a su lado. Lea quiso apartar la mirada de sus ojos negro que parecían estar mirándola a ella, observándola de una manera muy parecida a cómo la propia Lea había hecho con él. Solo que la joven guerrera estaba casi segura de no haberlo analizado como si se tratase de una presa. Porque así era como se sentía ella, una presa siendo observada por un cazador agazapado que todavía estaba decidiendo si le saltaba a la garganta directamente o si jugaba con

ella.

Una vocecilla en su cabeza le dijo que eso no era posible. No podía ser que la viera; estaba totalmente escondida entre el manto de la oscuridad de la estancia, alejada de la ventana lo suficiente como para que ni la luz de los farolillos ni la de la luna recortasen su silueta.

Cuando escuchó el siseo viperino en la penumbra, recordó de verdad a quién tenía delante. Quién la estaba mirando. Kendrick era el señor de la Sombra y la Niebla, el fae que las controlaba a su antojo y ellas respondían a él.

Lea alargó la mano hacia la espada cuando sintió algo deslizarse en la oscuridad a su lado. Quiso mirar, aunque sabía que lo más probable era que no llegase a discernir nada en esa negrura sólida; todavía no había superado la Turas Mara y sus sentidos feéricos no estaban del todo desarrollados. Además, de todas formas, tampoco podía apartar su mirada de la de Kendrick. La oscuridad de sus ojos la atraía y parecía querer engullirla, sumergirla en su interior y no dejarla salir jamás.

Lea sintió como algo se deslizaba sobre la mano que había extendido hacia su espada. Cómo subía por su brazo, por su hombro. Cómo se enredaba en su pelo con suavidad.

Lea quería moverse, pero no podía.

Fue angustiosamente consciente de cómo el poder floral y salvaje del Hijo Predilecto llenaba sus fosas nasales y su paladar. Vibraba a su alrededor como la cuerda de un arco después de haber disparado una flecha, antes de que esta llegase a su objetivo. Golpeaba su piel y todos sus sentidos con suave insistencia, de una manera a medio camino entre dolorosa y... excitante.

¿Nadie te ha dicho que espiar es de mala educación?

La voz sonó dentro de su cabeza, familiar y extraña al mismo tiempo. Familiar porque sabía a quién pertenecía, extraña porque nunca debería haber estado ahí. Sin embargo, no había sentido ningún pinchazo helado dentro de su cráneo antes de oírla...

Lo que se había enredado entre su melena negra volvió a moverse. Se escurrió por su espalda, sobre la tela de su chaqueta, hasta llegar a su cadera. Serpenteó por su muslo hasta llegar a la mano que reposaba sobre él. Cuando tocó su piel, Lea sintió cómo un escalofrío la recorría desde la base del cráneo, extendiéndose hacia abajo por su columna y dejando un reguero de fría humedad. Una exhalación escapó de los labios entreabiertos de Lea y se condensó delante de ella, dejando una tenue nubecilla de color pálido. Una parte muy recóndita de su cerebro le dijo

que eso no era normal; las noches cada vez eran más largas y frías, pero el verano todavía no había terminado.

A Lea no le importó lo que decía esa voz que sonaba como la suya. En su cabeza solo había espacio para los ojos negros que no se separaban de los suyos, para lo que quiera que estuviera tocándole la mano con una piel escamosa y fresca, para el poder que vibraba a su alrededor...

La unión entre las miradas azul cobalto y negro azabache se interrumpió repentinamente.

Lea parpadeó desconcertada. Tardó en volver a enfocar la vista y descubrir que el poder que la había rodeado había desaparecido, a pesar de que aun podía notar su rastro en el aire.

Su padre había vuelto a la mesa y volvía a ocupar el lugar delante de Kendrick. En el breve lapso de tiempo en el que sus miradas se habían desconectado, el gobernante de la Casa de la Sombra y la Niebla se había llevado la copa a los labios y volvía a tener su atención fijada en Gwilym como antes de que este se levantase de la mesa. Indiferente y frío, como si no hubiera ocurrido absolutamente nada fuera de lo normal.

Lea se rodeó las piernas con los brazos. Sentía pequeños escalofríos recorriendo su cuerpo de arriba abajo y de abajo arriba, y sus extremidades temblaban. No de una manera desagradable, sino todo lo contrario. Esas sacudidas electrizantes no eran desconocidas, ya las había experimentado antes, en más de una ocasión, y a pesar de lo que su cuerpo le decía, su cabeza se negaba a relacionarlas con...

Apretó más las piernas contra su pecho y levantó la mirada de nuevo hacia la mesa en la que la comida ya había desaparecido y sobre la que la luz de los farolillos se había atenuado. Kendrick no había vuelto a dirigir su mirada hacia donde se encontraba. Tenía la vista perdida en alguna de las vetas de la madera de la mesa y desde donde se encontraba, Lea habría jurado que una de sus cejas estaba levemente más arqueada que antes y que las comisuras de sus labios estaban estiradas hacia arriba de una manera casi imperceptible. Ese tipo de movimientos, cuando se producían en un elemento que se había creído inalterable, eran más fáciles de detectar.

Lea se quedó en esa postura largo rato después de que los asistentes a la cena de forzada cortesía se levantaran y los farolillos se apagasen. Las piernas todavía le temblaban cuando consiguió ponerse en pie y caminar hasta la salida del cuartel. Después de traspasar la puerta principal, se quedó muy quieta al escuchar voces cercanas. Sopesó rápidamente la posibilidad de volver a meterse dentro del edificio, pero la desechó al ver dos sombras alargadas moviéndose hacia ella. Un movimiento repentino sería más llamativo que una silueta completamente inmóvil entre las

sombras. O lo sería para cualquiera que no las controlase.

Kendrick y Brycen aparecieron en su campo de visión por la derecha. Los dos fae iban hablando en un tono demasiado bajo como para que ella pudiese escucharlos. Tras ellos aparecieron a unos cuantos pasos de distancia tres de los acompañantes de la comitiva que no eran aristócratas, por lo que Lea podía deducir de sus ropajes. Soldados, supuso. Esos dos no habían estado presentes en la mesa durante la cena, pero Lea pudo imaginarse que no se habrían encontrado lejos a pesar de que ella no los hubiera detectado, algo que se reprochó silenciosamente.

Lea aguardó con todos los músculos de su cuerpo cargados de dolorosa expectación hasta que Kendrick y Brycen se separaron. Dos soldados siguieron el mismo camino que el Hijo Predilecto y el restante a su hermano.

La joven dannan se quedó mirando alternativamente ambas direcciones, desconcertada. ¿De verdad el gobernante de la Sombra y la Niebla y su hermano pequeño, quien sería el segundo fae con más poder de la Cada, necesitaban escolta?

A pesar de la confusión, Lea no pudo evitar sentir un pequeño chispazo de orgullo ante la idea de que se sintiesen inseguros entre los dannan. Ellos, nobles y superiores, demasiado buenos y pretenciosos como para pedir ayuda a un ejército que permitía que las mujeres se entrenasen como iguales...

Los ojos de Lea se agrandaron de pronto. Una sonrisa estiró sus labios y la luna henchida iluminó sus dientes. Cualquiera que la conociera sabría que el brillo que había aparecido en su rostro significaba que había tenido una idea, y no de cualquier tipo. Una arriesgada que no solo podría terminar mal, sino terriblemente fatal.

No perdió el tiempo y puso rumbo hacia la casa en la que Kendrick se alojaría durante su estancia en Llanrhidian, el territorio de los dannan. Todos los fae que habían llegado esa mañana se alojarían en casas inhabitadas en ese momento, separadas las unas de las otras por precaución; la unión hacía la fuerza, esa era una lección que los dannan sabían muy bien. La de Kendrick se encontraba a las afueras de la pequeña ciudad, cerca de la linde del bosque. Lea le había dicho a su padre que tratándose del Hijo Predilecto lo más sensato sería que ocupase la que se situaba más cerca del corazón de la urbe, donde estaría mejor vigilado. La respuesta de Gwilym había sido que de todos los nobles que se alojarían entre ellos durante esos días, el que menos le preocupaba era Kendrick. La casa que Lea había propuesto se le había asignado a Brycen.

Dio un rodeo y observó la construcción desde la distancia. Pequeña y de una sola planta, las luces en su interior estaban apagadas. Las siluetas de

los soldados se recortaban contra la pared de ladrillo gracias a la luz de luna, sus espaldas rectas, pero con evidentes signos de cansancio, y sus espadas enfundadas en las caderas.

Lea sopesó la situación. Tenía que atacar desde el lateral derecho. Si iba de frente, la verían demasiado pronto y harían ruido, alertando al Hijo Predilecto. Si fuera a matarlos, todo sería extremadamente fácil, pero no era eso lo que quería.

Después de considerar su estrategia meticulosamente, Lea se movió entre las sombras que proyectaban las ramas bajas de los árboles. Al amparo de la oscuridad, se desplazó agachada y con la capucha de la chaqueta sobre su cabeza, la espada enfundada, y los andares livianos y elegantes de un felino. Se acercó todo lo que pudo a los soldados sin que la vieran o la olieran. El corazón le martilleaba en el pecho por la excitación, pero sus emociones estaban bien guardadas dentro de ella. No estaba luchando en equipo con el resto de los soldados, sino que esta era una misión que debía realizar ella sola. Por su propio interés y por el de todas sus compañeras.

Se agazapó con los ojos clavados en las dos figuras altas y relajadas de los guardias. Sus manos descansaban de manera casual sobre las empuñaduras de sus espadas, demasiado laxas como para que pudieran agarrarlas como era debido y desenvainarlas a tiempo ante un ataque sorpresa. No iba a ser su victoria más impresionante ni demostraría todas sus habilidades, pero no tenía nada mejor.

Lea dio un último paso hacia delante, el haz de luz de luna ahora muy cerca de ella. Los guardias estaban muy cerca de ella. Podía escuchar sus respiraciones pesadas e incluso casi sentir el calor de sus cuerpos. Los observó unos últimos instantes en esa posición arriesgada, sin miedo. Lea confiaba en sus capacidades, sabía lo que se le daba bien y una de ellas era observar sin ser vista. Moverse entre las sombras con discreción, invisible.

Lea se relamió los labios antes de saltar. Se encaramó a la espalda del guardia más cercano, pasando un brazo alrededor de su cuello con la fuerza suficiente como para quitarle la respiración y evitar que gritase. El segundo, cogido también por sorpresa, tardó el tiempo suficiente en reaccionar como para que Lea basculase el cuerpo hacia atrás y hacia la derecha, propinándole una patada en la garganta al fae que hizo que se quedase sin aliento y soltase un gemido lastimero que sonó demasiado estrepitoso en la quietud de la noche.

Con el peso de su cuerpo, Lea consiguió que el guardia al que todavía estaba encaramada cayese de espaldas. Le dio un golpe en la nuez de la garganta para silenciarlo antes de ocuparse del siguiente, que comenzaba a reponerse del ataque inicial. Lea le asestó un golpe con el canto de la

mano en un lateral de la garganta, donde sabía que había una vena que si dejaba de suministrar riego sanguíneo al cerebro se podía perder el conocimiento. No fue suficiente.

El soldado se tambaleó hacia atrás, todavía consciente, así que Lea volvió a atacar. Esta vez, fue a por la cabeza. Primero asestó un codazo en las cosillas para que el fae, que le sacaba más de una cabeza de altura, se doblase. Luego, un golpe fuerte en la sien, pero no lo suficiente como para romper la piel y hacer sangre. El guardia cayó hacia atrás, su cabeza chocó con violencia contra el suelo y se ladeó, pero Lea sabía que no estaba muerto. Se aseguró de que su pecho subiera y bajase antes de volver a ocuparse del primer soldado, que había conseguido reponerse del ataque. Demasiado pronto.

Lea notó cómo unos brazos fuertes la rodeaban y un breve destello de alarma subió por su espalda hasta su cerebro. La pelea con el guerrero que yacía en el suelo había durado más de lo que ella había planeado. El guardia que la sujetaba trató de reducirla, haciéndole doblar las rodillas con un puntapié en las pantorrillas, y lo consiguió. Pero ese gesto hizo que su mandíbula quedase al alcance de Lea. Echó la cabeza hacia atrás con fuerza y golpeó la boca del soldado. Su capucha voló hacia atrás, revelando parte de su melena oscura recogida en una trenza y el perfil de su rostro. El impacto fue tan duro que Lea no escuchó el gruñido de dolor del guardia, sino que solo sintió el dolor lacerante en el interior de su cráneo, aunque no permitió que la distrajesen. Se deshizo del agarre y giró hasta quedar tras su atacante, que se había llevado las manos a la boca, de la que caía un hilo de sangre oscura.

Lea rodeó su cuello una vez más con los brazos, apretando más fuerte, conteniéndose solo lo necesario para no matarlo. Apretó y apretó sin hacer caso de los golpes desesperados que le lanzaba, concentrada en el pulso y la respiración forzada que sentía a través de la piel de su oponente. Hasta que ambas constantes vitales aminoraron y el cuerpo del guardia quedó laxo entre sus brazos. Lea lo soltó con rapidez para evitar seguir apretando y que se le fuera la mano.

La joven guerrera alternó la mirada entre ambos cuerpos desfallecidos con la respiración pesada y el cuerpo agradablemente dolorido. Las pulsaciones excitadas bombeaban sangre a sus extremidades y le urgían a seguir con esa actividad que le producía tanto placer, pero ella cerró los puños y dejó que las punciones lacerantes en las palmas de sus manos la sacasen del trance en el que seguía.

Todos los feéricos amaban la lucha y la violencia. Lea no era una excepción. No entendía las guerras ni las grandes batallas en las que lo único que se conseguía era dejar un reguero de destrucción que afectaba a quienes incluso no querían formar parte de ellas y llenaba los egos de

los gobernantes de las Casas. Pero nunca le decía que no a una pelea.

Sus padres solían decirle que su corta edad se veía reflejada en el hecho de que todavía no sabía elegir sus luchas, sobre todo las que no implicaban violencia. Mirando los cuerpos tendidos de los guardias, a Lea le asaltaron las dudas. Puede que hubiera ido demasiado lejos. Su intención era ayudar a los suyos, pero atacar de una manera tan descarada a los guardias del Hijo Predilecto... ¿Qué haría cuando se despertasen? ¿Se lo tomarían como una clara amenaza?

Claro que lo harían. Había atacado a los guardias del señor de la Casa y los había dejado inconscientes, a uno de ellos sangrando incluso. En plena noche y al amparo de la oscuridad, como una traidora.

Lo había estropeado todo. Todos los años de tensa paz, frío desprecio e indiferencia entre la familia que gobernaba la Casa y el pueblo dannan se habían ido al garete porque ella no sabía pararse a pensar dos veces en sus actos.

Retrocedió un paso. La bilis comenzó a quemarle la garganta a medida que subía desde su estómago. Las ganas de vomitar y de salir corriendo que sentía en ese momento eran...

—Bastante impresionante.

Lea se giró en redondo con la velocidad que caracterizaba a los feéricos. Sus ojos fueron a parar a la figura que se apoyaba contra la puerta de madera de la modesta casa, con los brazos cruzados sobre el pecho. Cubierto por las sombras del alero del tejano, Lea no podía ver con claridad la expresión de Kendrick. Se llevó la mano instintivamente a la empuñadura de la espada, pero la apartó con rapidez. No quería que la tomase por algo que no era; más de lo que seguramente ya hubiera hecho.

Lea aguardó, esperando algún tipo de reproche por parte del Hijo Predilecto. No en forma de palabras quizás, pero por lo menos algún tipo de intimidación empleando su poder, alguna advertencia. Algo similar a lo que había experimentado mientras espiaba la cena entre la comitiva de mobles y de guerreros dannan, aunque no estaba segura de que volver a sentir aquello fuera ningún castigo.

Pero nada de eso llegó. Kendrick seguía observándola muy quieto desde las sombras. Él era el que aguardaba.

Cuando habló, la voz de Lea no sonó trémula como había esperando.

— ¿Seguís pensando que las mujeres no podemos formar parte del

ejército?

—Yo nunca dije eso —contestó Kendrick con su habitual tono pausado.

Lea frunció el ceño, tratando de distinguir la expresión del Hijo Predilecto. Pero él seguía siendo poco más que una figura oscura recortada contra la pared encalada, con los brazos y los tobillos cruzados en una actitud que Lea no estaba segura de si transmitía indiferencia o protección hacia sí mismo.

—Entonces, ¿por qué no nos permitís participar?

Kendrick siguió inmóvil. Lea no era ni siquiera capaz de distinguir si su pecho subía y bajaba.

Cuando empezaba a pensar que ya no obtendría respuesta, Lea dio un respingo en el sitio al ver que la figura oscura se separaba de la pared con fluidez.

—Entra, antes de que venga alguien y vea lo que has hecho.

El pánico volvió a recorrer la espalda de Lea. Miró a su alrededor, buscando algún posible testigo de su osadía, además del Hijo Predilecto. Dudaba que nadie fuera a acercarse a esa parte de la ciudad en plena noche, estando tan cerca del bosque que la rodeaba y teniendo en cuenta las criaturas que por allí merodeaban una vez el sol se ocultaba. Además, pocos se atreverían a dejarse caer por allí con la presencia del Hijo Predilecto, aunque fuera por curiosidad... Pero a veces la curiosidad era un sentimiento más dominante que la sensatez.

Lea interrumpió su examen cuando una luz apareció a la derecha en su campo visual. Kendrick había abierto la puerta y había encendido la luz. Ahora que podía verlo con más claridad, Lea se fijó que no llevaba puesta la ropa elegante y formal con la que había llegado ni con la que había cenado. En los hombros de la túnica corta que llevaba no había ningún escudo y sus pantalones no estaban ceñidos a sus piernas, sino que eran holgados. Su cabello no estaba perfectamente peinado y colocado como antes, aunque tampoco estaba revuelto ni enredado como si hubiera estado durmiendo. Por la experiencia propia de Lea, el pelo podía cobrar vida propia mientras uno dormía y podía hacer lo que deseaba para que al llegar el amanecer su portador tuviera un aspecto esperpéntico. Pero Kendrick no se veía ridículo. Aun con el pelo descolocado, el Hijo Predilecto seguía viéndose poderoso, a pesar de que le daba un aspecto cansado. Puede que incluso más joven.

Kendrick aguantó en silencio el examen de Lea, con una mano en la manilla de la puerta. Ella podía notar cómo él la examinaba también, y cuando su mirada se encontró con la de Kendrick, Lea parpadeó para

evitar que sus ojos negros la engullesen como había hecho escasas horas antes. Ese gesto sirvió para recordarle dónde se encontraba y lo que estaba ocurriendo. El Hijo Predilecto de la Casa de la Sombra y la Niebla estaba delante de ella, sosteniéndole la puerta de su alojamiento, invitándola a entrar.

Lea abrió la boca dubitativa, pero no salió ninguna palabra de ella.

—No voy a hacerte daño —dijo Kendrick finalmente, haciendo un gesto con la barbilla hacia los soldados caídos—. Tal vez el que debería estar asustado soy yo.

Lea dudó un último momento antes de caminar hacia la puerta abierta. Kendrick se apartó hacia un lado para dejarla pasar. La joven guerrera terminó de quitarse la capucha, casi completamente caída sobre sus hombros, para poder contemplar mejor la estancia. El alojamiento que le habían asignado a Kendrick no era una casa propiamente dicha, sino que más bien se trataba de una habitación amplia y ordenada con un baño anexo. La versión grande y limpia de una habitación de posada, pensó.

En la ciudad había disponibles construcciones deshabitadas mejor equipadas y con más comodidades, pero estaban reservadas a mercaderes comunes y viajeros a los que la noche los cogía en Llanrhidian. Para los invitados de la nobleza, el alojamiento era ese. Sencillo y mínimo, pues ya estaban demasiado acostumbrados a las opulencias de palacio, decían los dannan.

Además, alojarlos en un lugar más pomposo implicaría recordarles que ellos creían encontrarse por encima de esa pequeña nación guerrera que no servía obedientemente a nadie que no fuera su diosa. Los dannan no estaban dispuestos a eso. Preferirían iniciar una guerra abierta contra la Casa antes que admitir en voz alta que eran un punto más en el mapa de su territorio, siervos de un fae que decían ser uno de los hijos predilectos de Padre y Madre.

Un chasquido sonó a su espalda y ella se giró para encontrarse con la puerta cerrada y a Kendrick reclinado de nuevo contra la madera de la entrada. Sus músculos se tensaron por instinto al verse encerrada, pero se forzó a relajarlos. No estaba en peligro. O eso quería pensar.

—Así que eso es lo que podéis hacer las mujeres dannan —dijo moviendo la cabeza hacia la puerta que tenía a sus espaldas.

Una punzada de orgullo aguijoneó el pecho de Lea. Se contuvo de esbozar una sonrisa, pero se irguió todo lo que su estatura le permitía y alzó la barbilla. Se encogió de hombros en un gesto que pretendía ser casual.

—Cualquier mujer puede llegar a hacerlo si se la entrena como es debido.

Lea no estaba allí solo para interceder por las mujeres de su pueblo, sino por cualquiera que quisiera instruirse como guerrera y tomar parte en una guerra. La tarea que pretendía llevar a cabo era imponente y tal vez ella no fuera la más idónea para actuar como representante de los intereses de las mujeres de la Casa, pensó entonces. Alguien como su madre u otra mujer más experimentada y que hubiera lidiado con más situaciones de ese estilo, que conociera más el mundo y supiera mejor cómo desenvolverse en él, serían portavoces más adecuadas. Lea era joven y demasiado apasionada, inexperta, como dirían sus padres, y de nuevo se había dejado llevar por sus primeros impulsos.

No sabía todavía cómo lidiar con muchas situaciones que requiriesen palabras serenas y diplomáticas en lugar de golpes fuertes y certeros, pero estaba aprendiendo. Puede que el Hijo Predilecto no fuera la mejor opción como primer experimento, pero ahora ya no había vuelta atrás.

Kendrick no respondió al instante. Pareció sopesar sus palabras seriamente antes de volver a hablar.

— ¿Cómo has conseguido acercarte tanto sin que te descubrieran?

Lea escogió sus palabras con cuidado, estudiando al Hijo Predilecto. No parecía molesto por el atrevimiento de la joven guerrera, sino sinceramente interesado por ella. Bueno, todo el interés que podía presentar una estatua tallada como él, por supuesto.

—Me han enseñado a moverme con sigilo, pero también sé pasar desapercibida cuando quiero. Sé moverme en las sombras —añadió después de una pausa vacilante.

Sabía que Kendrick podía tomarse esas palabras como una provocación; la segunda aquella noche. Pero el Hijo Predilecto sonrió.

El gesto cogió a Lea desprevenida. No fue un simple movimiento tirante de sus labios, sino una sonrisa sincera. Con los dientes escondidos tras los labios y no demasiado alargada, pero había llegado a sus ojos negros y los había iluminado con diversión.

Lea se adelantó y fue la que hizo la siguiente pregunta, recordando la figura oscura que la había observado mientras ella permanecía entre los cuerpos inconscientes de los soldados.

— ¿Cómo supisteis que estaba fuera?

Kendrick volvió a tomarse su tiempo para contestarle. Lea estaba empezando a pensar que era una irritante costumbre típica entre los fae

de la aristocracia.

—Las sombras me lo dijeron —respondió él, su sonrisa alargándose un poco más.

Lea no se sorprendió. El recuerdo de lo que había ocurrido en el cuartel mientras el Hijo Predilecto y los demás presentes cenaban era una prueba de sus palabras. Kendrick la había percibido entonces, estaba segura. Se lo había demostrado... Se estremeció ante el recuerdo. Y Kendrick lo vio. La expresión de su rostro le dijo que sabía lo que había pasado por su cabeza aunque no estuviera dentro de ella... o eso creía.

Lea abrió la boca para hablar y llenar el silencio que se había instalado entre ellos, pero Kendrick se le adelantó.

— ¿Qué tenías pensado hacer después de dejar fuera de combate a mis guardias? ¿Mostrármelo?

Lea cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro. Dicho en voz alta sonaba... ridículo, puede que fuera la palabra adecuada. O por lo menos, no tan impresionante como se lo había imaginado. De nuevo, otra prueba de su falta de experiencia.

—Sí —contestó finalmente—. Por eso estaba con mi padre esta mañana cuando llegasteis, para mostraros que las mujeres somos tan capaces de luchar como los hombres. Sobre todo las mujeres dannan, porque se nos entrena desde niñas, igual que a los muchachos —reiteró.

Para sorpresa de Lea, Kendrick apartó la mirada. La dirigió a la espada que colgaba de sus caderas y la desplazó desde la empuñadura hasta la punta. Lea movió los dedos instintivamente hasta la empuñadura, pero no los cerró a su alrededor.

No terminaba de comprender qué era lo que resultaba tan difícil de entender. Para ella era algo tremendamente natural, pelear al lado de los demás jóvenes guerreros con los que se había criado desde de niña. Había demostrado una y otra vez que estaba a su altura, que podía ser una más en el campo de batalla. No comprendía dónde estaba el problema que tenían muchos hombres para entender que una mujer podía hacer eso y más. Que podía hacer todo lo que se propusiera.

Dejó que Kendrick la observase, sopesando sus palabras, hasta que una vez más, el silencio se le hizo demasiado pesado.

—No habéis contestado a mi pregunta. La que os hice antes de entrar aquí.

Kendrick volvió a dirigir su mirada hacia ella. Sus ojos negros volvían a ser opacos, el brillo divertido completamente desvanecido. Sus cejas se habían juntado levemente y una pequeña arruga apareció entre ellas.

—Voy a contarte un secreto, Aileana —dijo acomodando la espalda contra la puerta tras él, con las manos en los bolsillos del pantalón—. Que sea el Hijo Predilecto de la Casa no quiere decir que pueda hacer todo lo que desee.

La sorpresa de Lea al escucharlo pronunciar su nombre, descubrir que era conocedor de él, quedó eclipsada por la revelación que le hizo.

—Vos no respondéis ante nadie —dijo automáticamente—; solo ante los dioses.

Kendrick dejó escapar una exhalación. Sus hombros cayeron y el gesto hizo que se viera agotado. Lea reparó en las marcas de color violáceo debajo de sus ojos y que no había visto por la mañana.

—Esa es la teoría —contestó Kendrick—. La realidad muy diferente.

— ¿Cuál es esa realidad?

Kendrick volvió a fruncir el ceño, pero esta vez no había contrariedad en su rostro, sino diversión otra vez.

—Eres muy atrevida.

Lea se encogió de hombros.

—Estoy en mi casa. Tengo derecho a preguntar.

El gobernante de su casa alzó una ceja. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba y sus ojos volvieron a iluminarse.

—Yo soy tu Hijo Predilecto.

Lea le respondió con un gesto gemelo al suyo.

— ¿Es una amenaza?

Kendrick negó con la cabeza.

—Es un recordatorio —respondió, su voz ligera como una capa de escarcha sobre un charco—. ¿Y lo tuyo?

Lea tardó un instante en comprender a qué se refería.

—Solo es un recordatorio —respondió con un tono ligero.

Algo titiló en los ojos del Hijo Predilecto. Puede que simplemente fuera un efecto de las luces del techo, pero Lea prefirió pensar que era porque su audacia lo divertía.

Parpadeó al darse cuenta de lo extraño que era eso. Lea no había ido allí para ser un entretenimiento. Se encontraba delante del Hijo Predilecto para reclamar lo que ya debería pertenecerle, pero a veces, mientras hablaba con él, dudaba de si era a Kendrick a quién tenía que reclamárselo. Durante breves momentos, se olvidaba de que quién estaba delante de ella no era un fae cualquiera, sino el gobernante de una casa.

— ¿Esa realidad de la que hablabais antes todavía impide que reconsideréis permitir a las mujeres luchar al lado de los hombres después de lo que habéis visto? —preguntó siguiendo el hilo de sus pensamientos.

El gesto de Kendrick cambió. Pudo ver como su expresión se cerraba y en ese momento, Lea se dio cuenta de que Kendrick no era la estatua que ella había creído esa mañana. Por lo menos, no constantemente. Lea era inexperta, pero observadora, y estaba comenzando a ver un patrón en los sutiles cambios de expresión del señor de la Sombra y la Niebla.

Unos golpes suaves en la puerta cortaron la contestación de Kendrick.

— ¿Mi señor?

Sin haberlos escuchado hablar, Lea supo que se trataba de uno de los guardias a los que había reducido.

Métete en el baño.

Lea escuchó la voz de Kendrick con total claridad dentro de su cabeza, de una manera similar y al mismo tiempo diferente a cómo sonaba cuando hablaba en alto.

La guerrera no tardó en reaccionar y obedecer. Se movió con pasos rápidos y silenciosos hacia la puerta que había a la izquierda de la cama y se metió en el pequeño cuartito sin proferir ni el más mínimo sonido. No encendió la luz. Pegó la oreja a la puerta para poder escuchar, con cuidado de que la punta de su espada no chocase contra la madera.

— ¿Ocurre algo? —escuchó decir al Hijo Predilecto.

Su tono volvía a ser pausado y plano, y Lea volvió a notar la diferencia

entre los matices del señor de la Casa.

—Solo estábamos comprobando que todo estuviera en orden, mi señor
—respondió con docilidad la voz del otro soldado.

— ¿Por qué?

La tonalidad de Kendrick, incluso desde donde se encontraba Lea, se sentía como una caricia fría y escurridiza como la piel de un reptil. Uno con dientes acanalados y cargados de veneno.

—Nosotros... nos han atacado...

El soldado bajó demasiado como para que Lea pudiera escuchar lo que decía. Las palabras de Kendrick la sacaron de dudas.

— ¿O eso pensáis?

—No, es decir... —había un leve pero evidente temblor en la voz del guardia— Nos han atacado, mi señor.

—Apestáis a vino barato los dos —la ponzoña comenzó a correr por las palabras de Kendrick, aterciopelada y muy dulce—. Casi no os mantenéis en pie. ¿Estáis seguros de que no os habéis confundido el uno al otro con un intruso? —hubo un silencio en el que Lea no pudo distinguir nada— Largaos, no os necesito guardando mi puerta como perros. Tampoco es que seáis de mucha utilidad.

Otro breve silencio siguió las palabras del gobernante antes de que el soldado que había llamado a la puerta del alojamiento volviese a hablar.

—Vuestro hermano...

— ¿Es necesario que os recuerde quién es mi hermano y quién soy yo?

Incluso a través de la puerta cerrada y aunque las palabras no fueran dirigidas a ella, Lea sintió el poder que desprendían. Esta vez, no hubo sutileza en sus palabras, ni gélida tersura. Era él, el Hijo Predilecto, en estado puro y haciendo evidente su condición de vástago elegido de los dioses. La esencia floral cosquilleó en su nariz y vibró sobre su piel. Su cuerpo tuvo la misma reacción que hacía unas horas atrás, en el cuartel de los dannan. Apartó esas sensaciones de su mente y se centró en lo que ocurría al otro lado de la puerta.

Escuchó murmullos quedos de disculpa y el chasquido de la puerta principal al cerrarse. Aguardó hasta que Kendrick volvió a hablar.

—Puedes salir.

Lea se asomó cautelosamente antes de salir del baño y se encontró al Hijo Predilecto apoyado contra la mesa del escritorio que ocupaba gran parte de la pared occidental de la estancia, mirando a través de las pesadas cortinas que cubrían la ventana. Observando cómo los guardias se alejaban, se imaginó Lea.

—No estaban borrachos —dijo cerrando la puerta del baño tras ella.

—No, pero sí que olían a vino —contestó Kendrick. Lea no había reparado en ese detalle cuando los asaltó—. Hay que saber jugar con las palabras y con los detalles, no solo con las espadas.

La joven sintió sus palabras como una bofetada. Un recordatorio de su inexperiencia. Apartó la mirada y cerró los puños, tratando de contener los sentimientos que empezaban a bullir bajo su piel.

—No pretendía ser un comentario despectivo —escuchó decir a Kendrick—. Solo era un consejo.

Lea levantó la cabeza. Sus ojos se toparon repentinamente con los del Hijo Predilecto, pero se negó a flaquear ante su oscura mirada.

—No os metáis en mi cabeza —siseó.

Kendrick frunció el ceño como si esta vez lo hubiera golpeado a él. Puede que no se hubiera esperado el dejo de fría advertencia en las palabras de Lea, una joven guerrera de un pueblo sometido contra su voluntad y bajo sus órdenes, pero ella no había podido evitarlo. La idea de que la libertad de sus pensamientos se viera también comprometida hacía que la sangre hirviese en su interior y que su cuerpo le urgiera a mover las manos hacia la espada, ponerse en movimiento. Atacar a la amenaza.

El gesto de Kendrick se suavizó antes de hablar.

—No me hace falta meterme en tu cabeza para saber lo que estás pensando —ahora, el que apartó la mirada fue Kendrick, pero solo durante un instante. Un gesto de vacilación que a Lea le resultó extraño e impropio viniendo de alguien como él—. Piensas en un tono muy alto —añadió con una entonación más baja que antes—. Aunque ni siquiera hace falta escuchar tus pensamientos para saber lo que está pasando dentro de su cabeza; eres tremendamente expresiva.

Lea se quedó muy quieta. Sabía que era cierto, en parte porque nacía de manera natural de ella y porque nadie le había enseñado que sus emociones fueran una debilidad que tuviera que ocultar. Sin embargo,

desconocía...

—No tienes ni idea de lo que transmites hacia afuera, ¿verdad, Aileana?
—preguntó el Hijo Predilecto.

El estremecimiento que le producía el hecho de que de nuevo hubiera adivinado sus pensamientos se vio eclipsado por escuchar su nombre pronunciado de sus labios. Otra vez.

— ¿Sabéis mi nombre?

Esa pequeña rugosidad volvió a aparecer entre las cejas de Kendrick.

—Claro que sé tu nombre.

Lea negó con la cabeza, desconcertada.

—Si apenas me mirasteis.

Kendrick se separó del escritorio y dio un paso hacia ella. Había una sonrisa muy pequeña bailando en sus labios y en sus ojos.

—No podía quedarme mirando embobado a la hija de uno de mis generales por mucho que fuera lo que desease hacer —dijo muy despacio—. Puede que tu padre me tenga cierto aprecio, si se le puede llamar así, pero si hubiera leído mis pensamientos en ese momento, lo más probable es que me hubiese cortado allí mismo las pelotas.

Lea abrió la boca para replicar, pero volvió a cerrarla. No estaba preparada para escuchar eso de su Hijo Predilecto.

Repasó su encuentro aquella mañana, tratando de buscar alguna señal que indicase algún tipo de interés, pero no la encontró. Sus ojos habían pasado por encima de ella como si no fuera más que un objeto de decoración. Lo que había ocurrido durante la cena... Aun después de escuchar esas palabras, Lea no terminaba de conectar todos los hilos. No podía ser...

—No...

—No todo el mundo es un libro abierto como tú, Aileana.

La manera en la que Kendrick pronunció su nombre, despacio y con claridad, con su voz pausada y poderosa, hizo que Lea cerrase los ojos un instante antes de replicar.

—No tenéis ni idea de lo pasa dentro de mi cabeza, mi señor. Podéis ver dentro de ella lo que queráis, podréis escuchar mis ruidosos pensamientos

pero, ¿tenéis idea de cómo interpretarlos?

Kendrick se echó hacia atrás sin moverse del sitio.

—No —reconoció casi a regañadientes—. Todos no. ¿Sabes cómo funciona mi poder? —preguntó tras una pausa. Al no obtener respuesta, continuó hablando— No escucho palabras cuando una persona está pensando, sino ruido. Aprender a interpretarlo lleva tiempo y ese sonido no es igual de una persona a otra; siempre hay matices —Lea todavía se encontraba procesando la información que acababa de descubrir, imaginándose lo que Kendrick le había descrito, cuando él continuó—. Pero sí hay algunos que son universales, sobre todo los que nacen de las emociones más primarias.

El cuerpo de Lea comenzó a doler por razones muy diferentes y a la vez similares. Por la tensión que le producía saber que Kendrick sabía lo que había pensando sobre él, por saber que sus pensamientos habían sido descubiertos. Y también porque esos pensamientos, esa curiosidad, volvieron a ella, a su cuerpo.

Kendrick dio un paso más hacia Lea antes de hablar en un tono más bajo y sensual.

— ¿Qué crees que diría tu padre si supiera los pensamientos que tienes con respecto a tu Hijo Predilecto? Todos ellos.

Lea tragó saliva para deshacer el nudo de su garganta y poder contestar.

—Tal vez con algunos estuviera de acuerdo.

— ¿Y con los que tienen que ver con mi expresividad en la cama? ¿Qué crees diría sobre los pensamientos de su hija?

Lea se dio cuenta de lo cerca que estaba Kendrick de ella. No sabía de en qué momento había ocurrido, pero ahora tenía al Hijo Predilecto apenas a dos pasos. Puede que ella también hubiera caminado hacia él a medida que la conversación avanzaba, atraída como una flor al sol.

Lea no contestó a sus últimas preguntas. Por lo menos, no con palabras. Observó a Kendrick por debajo de las pestañas, consciente de repente de lo alto que era comparado con ella; Lea apenas le llegaba a la altura del pecho. Kendrick estaba inclinado hacia delante, una postura muy diferente a la que ella estaba acostumbrada a ver en él, siempre con la espalda recta y rígida, sus hombros cuadrados ocupando todo el espacio posible. Lea sintió su corazón acelerarse y su sangre vibrar en sus venas; Kendrick, el Hijo Predilecto, no se inclinaba de esa manera ni de ninguna

otra ante nada ni ante nadie que no fueran sus dioses.

La joven guerrera dejó atrás la vacilación que sentía y dio un último paso. Se puso de puntillas y sus labios se encontraron con los de Kendrick. Una parte de ella pensaba que sería como besar una estatua, que sus labios estarían duros y estarían tensos, pero nada más lejos de la realidad. Los labios de Kendrick fueron tiernos y suaves, y cuando su boca se abrió para compartir su aliento con el de Lea, este fue cálido, no como la niebla que se alimentaba de su poder.

Los primeros movimientos fueron inseguros, hasta que ambos encontraron el ritmo al que moverse. Lea trató de no pensar, de abandonarse a las sensaciones que la recorrían por dentro, naciendo en su estómago, entre sus piernas, dejándose llevar por la calidez de aquella boca sobre la suya, olvidando que pertenecía al Hijo Predilecto de su Casa. Pero le era imposible; el hormigueo que comenzaba a ganar fuerza y le instaba a tocarlo respondía a lo que Kendrick era, al poder que notaba agitarse por debajo de la tela que separaba sus cuerpos.

Necesitaba estar más cerca de él.

Lea le rodeó el cuello con los brazos y sus cuerpos se tocaron por fin a través de la ropa. Kendrick hizo lo propio, rodeándole la cintura a la vez que intensificaba el beso que compartían. Lea ensortijó sus dedos con las hebras de platino de su pelo al mismo tiempo que Kendrick recorría su espalda con sus manos anchas y de dedos finos, bajándolas y subiéndolas, haciendo que la sangre acelerase su carrera y que Lea sintiese como empezaba a hervir dentro de ella.

Cuando sus labios por fin se separaron, Lea notó el aliento de Kendrick sobre su boca, acelerado.

— ¿Hay alguna habilidad más que quieras enseñarme, Aileana?

Ella apenas tardó en contestar a su pregunta. No vaciló cuando bajó las manos por su pecho, por su estómago sorprendentemente duro, hasta que encontró la cinturilla de su pantalón. Sus dedos recorrieron la tela que tapaba la evidencia de su excitación. Sonrió cuando sintió el estremecimiento de los músculos bajo su tacto.

—Creo que más que mostraros yo mis habilidades, es hora de que me saquéis vos de dudas.

Kendrick sonrió. Una sonrisa amplia que aunque no llegó a enseñar sus dientes le mostró a Lea lo que había detrás. Un reto y una promesa.

Guió a Lea hasta la cama y terminó la tarea que ella había comenzado. Se bajó el pantalón sin premura y dejó que Lea lo contemplase antes de

colocar una mano bajo su barbilla para volver a besarla, con intensidad, pero con menos prisa. Ella apenas había terminado de procesar lo que el Hijo Predilecto le había mostrado de su cuerpo cuando notó que unas manos tiraban de ella hacia abajo, haciendo una presión suave sobre sus hombros para que se arrodillase.

Y Lea lo hizo. La habían educado para no arrodillarse ante nada ni nadie que no fueran los dioses superiores, y ella lo había cumplido, en parte porque nunca antes había querido hacerlo. Hasta ahora.

Se puso de rodillas delante del señor de la Casa, que se había sentado al borde de la cama, y lo miró mientras rodeaba su miembro con una mano. Kendrick dejó escapar una exhalación. Se reclinó hacia atrás, pero sus ojos no se separaron de los de ella. Lea pensó que nunca antes se los había visto tan negros como en ese momento.

Movió la mano por toda su longitud con cuidado, apretando lo justo para no hacerle daño. No perdió de vista a Kendrick, que tampoco se perdía nada de lo que ella hacía. Su pecho subía y bajaba por debajo de la túnica, su respiración escapaba por sus labios entreabiertos y sus músculos se estremecían con el contacto de la mano que lo rodeaba. Sus ojos estaban velados de placer y deseo, de urgencia y hambre.

Con una sonrisa en los labios, Lea le rodeó el pene con la boca. El sonido que escapó de la garganta de Kendrick arrulló su sangre de la misma manera que el poder que desprendía su cuerpo. Se movió sobre él alternando la boca y la mano, cambiando de ritmo de improviso, pero con precaución. Estaba concentrada en su tarea, pero no se perdía detalle del cuerpo de Kendrick porque en eso consistía dar placer a otro; en las manos surcadas de venas que se agarraban al borde de la cama con fuerza antes de que una de ella pasase a estar reposando en la nuca de Lea, acompañando el ritmo de su boca, en su respiración cálida y pesada, en sus ojos entrecerrados y en los sonidos quedos de deleite que salían de su garganta.

Cuando Lea volvió a separar la boca de él, Kendrick colocó ambas manos en sus mejillas y la besó. Un beso más profundo que los anteriores, más intenso, que dejó a Lea sin aliento. Solo lo interrumpió para quitarse la túnica holgada que cubría su torso. Lea apenas tuvo tiempo de apreciar la piel blanca que cubría los músculos del cuerpo de Kendrick. Se levantó e hizo que ella se alzase con él. Sus dedos fueron primero a por su cinturón, desatándolo y apartándolo junto con la espada a un lado. Luego continuó con su ropa. Las manos de Kendrick se movían con rapidez y destreza, deshaciendo lazadas y separando la ropa de la piel caliente y sensible, al mismo tiempo que sus labios recorrían su cuello y su mandíbula, rozándola con los dientes. Lea lo dejó hacer, con las manos apoyadas sobre su pecho para no caerse. Lo ayudó cuando sus dedos se entretuvieron demasiado con su pantalón. Se desató las botas con dedos

temblorosos y terminó de quitarse sola los últimos retazos de tela que tapada su cuerpo y se alzó delante del Hijo Predilecto.

La frescura de la noche de finales de verano mordisqueó su cuerpo desnudo de una manera que le recordó a la oscuridad acariciándola horas atrás, mientras ella espiaba escondida. Esta vez, Kendrick no la contempló a través de una ventana, y aunque podía sentir el poder del Hijo Predilecto sobre su piel, ahora no fueron sombras etéreas lo que tocó a Lea, sino dedos firmes y labios húmedos.

— ¿Tienes idea de lo preciosa que eres, Aileana?

Lea no contestó, aunque le hubiera gustado responder con una afirmación sarcástica. Sabía perfectamente que era bonita; se lo habían dicho muchas veces y ella se miraba al espejo todas las mañanas mientras se arreglaba meticulosamente su larga cascada de ondas negras, de la que se sentía particularmente orgullosa. Ondas negras como la tinta que esa mañana había recogido en una trenza que ahora estaba siendo desecha por unos dedos de los que asomaban hilillos negros de sombra.

Cuando terminó, Kendrick hizo que se tumbase en la cama, empujándola con suavidad. Se tomó un momento para mirarla antes de cubrir el cuerpo de Lea con el suyo, un lapso de tiempo que ella también aprovechó para mirarlo a él. Podía imaginarse que Kendrick habría recibido formación como guerrero, pero no se esperaba que su piel delinease de una manera tan marcada los músculos duros que tenía debajo. Aun así, su cuerpo era menos fornido que el de cualquier guerrero con el que Lea se hubiera acostado antes, pero era más largo y esbelto, y a ella le pareció más bello incluso.

Las piernas de Lea se separaron más cuando Kendrick se arrodilló entre ellas y apoyó su peso sobre los antebrazos a los lados de la joven guerrera. Sus bocas volvieron a encontrarse y sus cuerpos por fin se tocaron sin ningún impedimento. Piel contra piel.

Lea acarició su pecho cubierto de vello claro y lo siguió con una mano, bajando por su vientre, mientras con la otra le rodeaba la nuca para mantenerse su boca pegada a la ella. Pero antes de que pudiera volver a tocarlo, Kendrick separó sus manos de él, su boca liberó de la suya y bajó.

Lea pensaba que no era ninguna inexperta en la cama, pero cuando Kendrick comenzó a explorarla con labios y manos descubrió que en realidad le quedaba mucho por aprender y por experimentar. Sobre todo, en lo que implicaba el placer que otro le podía proporcionar. Se sorprendió con lo sensible que era su cuerpo en lugares desconocidos para ella, pero

quería que Kendrick llegase a una zona especialmente delicada.

Empujó sus hombros hacia abajo, deseando que su boca dejase de entretenerse en su vientre a pesar de lo placero que le resultaba, pero Kendrick se separó de ella. Lea fue a protestar, y entonces él hizo que se diera la vuelta y se quedase tumbada boca abajo. Kendrick apartó su cortina de pelo a un lado antes de repetir el mismo camino que había hecho con ella tumbada sobre su espalda. Depositó besos húmedos en su cuello, sus hombros y en su columna con una parsimonia casi desquiciante para Lea, que no dejaba de moverse debajo de él, buscando el contacto de su piel.

Kendrick la acarició con las manos completamente abiertas desde la cara interna de sus rodillas hasta sus hombros, presionando con suavidad, dejando que sintiera las durezas de sus dedos. Durezas que el entrenamiento como guerrero y como Hijo Predilecto había dejado en sus manos. Y también, permitiendo que notase lo que había debajo de su piel. Lo que hacía que sobre su cabeza reposase una corona de gemas negras y azules y sobre sus hombros el peso de una nación.

Lea jadeó, abrumada por las sensaciones, sintiendo que el aire que llegaba a sus pulmones no era suficiente. Era extraño, al mismo tiempo que increíblemente placentero. Como un golpeteo muy suave sobre su piel y sus nervios sensibles, una canción entonada en un tono bajo y ronco que despertaba en Lea su propio poder de feérica y lo llevaba a la superficie de su piel. Allí se encontraba con el de Kendrick y ambos chocaban.

Abrumada por el placer de su tacto, de las caricias de sus dedos y sus labios, y de los suaves mordiscos sobre su cuerpo tembloroso, dejó que volviera a darle la vuelta y la besase. Pudo notar el sabor de su propio cuerpo en la boca de Kendrick antes de que volviera a bajar por su cuerpo. Lamió la piel entre sus pechos y acarició los pezones sensibles con los pulgares, trazando círculos lentamente, antes de descender de nuevo dejando un rastro de besos desde su estómago hasta donde su vello púbico comenzaba. Y ahí, Kendrick volvió a detenerse.

Lea entrelazó los dedos entre su pelo y tiró de él para que siguiera bajando, pero Kendrick no cedió.

—Dime lo que quieres —murmuró contra su piel. Lea alzó las caderas para que su boca la tocara, pero Kendrick se echó hacia atrás. Pudo notar la sonrisa en sus palabras a pesar de no verle el rostro cuando volvió a hablar—. Dímelo con palabras.

Lea soltó un gemido de protesta.

—Quiero vuestra boca.

—Vas a tener que ser un poco más específica, Aileana.

Lea pensó que todo terminaría si volvía a pronunciar su nombre se aquella manera.

—Quiero que me lamáis y... —se mordió el labio antes de continuar— quiero tener vuestros dedos dentro de mí.

Y Kendrick la complació. La primera pasada de su lengua sobre el manojito de nervios entre sus piernas hizo que Lea se estremeciese y arquease la espalda con un gemido. Kendrick repitió la acción, agarrando los muslos de Lea para mantenerla en el sitio. Se movía con lentitud, arriba y abajo, y también a los lados. Sus largos dedos no tardaron en acompañar el movimiento de su lengua sobre ella.

Kendrick hizo lo que Lea le había pedido con voz entrecortada tomándose su tiempo, deteniéndose cuando ella se acercaba demasiado al borde del placer irreversible. Percibir la sonrisa en los labios del señor de la Casa contra su piel, sus cabellos suaves entre sus dedos y la magia de los dioses que emanaba de su cuerpo elevaba el placer a un nivel desconocido para ella.

Se detuvo cuando Lea se encontraba en una de esas situaciones extremas, demasiado cerca del precipicio, sacando los dedos despacio de su interior y depositando un beso sobre su vientre antes de subir y colocarse a su altura.

— ¿No vais a preguntarme si estoy protegida? —le preguntó sin aliento cuando sus rostros estuvieron enfrentados.

—Yo lo estoy —se limitó a contestar Kendrick, y para regocijo de Lea, con la misma respiración entrecortada.

El cerebro de Lea apenas fue capaz de procesar la información que acababa de descubrir. Nunca se había topado con un hombre que tomase un tónico anticonceptivo, aunque sabía que también existían brebajes específicos para ellos. No le dio demasiadas vueltas; ella también se tomaba el suyo de manera religiosa todas las mañanas.

Kendrick pegó sus caderas a las de Lea, pero no se movió más. Su mirada buscó la de la joven, una última pregunta brillando en sus ojos negros. Por toda respuesta, ella deslizó un dedo por su pecho, arañándolo con la uña y dejando una fina línea pálida a su paso, hasta que llegó al lugar donde sus cuerpos debían unirse como uno. Se acarició a sí misma, consciente de que Kendrick no perdía detalle de lo que hacía. Deseaba hacerlo esperar agónicamente cómo él había hecho con ella, pero se dio

cuenta de que no se encontraba en condiciones de jugar a ese juego y salir vencedora.

Rodeó su pene con los dedos y lo guió al lugar exacto donde encajaría. Contemplándolo entre sus piernas, preparado para ella, Lea no pudo evitar pensar que tal vez los dioses no solo lo habían bendecido con el poder de las sombras y la niebla, sino con otros atributos más interesantes incluso; la risa del Hijo Predilecto vibrando contra su cuerpo le hizo saber que ese pensamiento había sonado demasiado alto dentro de su cabeza. Kendrick empujó un poco, con los dedos de Lea todavía a su alrededor, introduciendo solamente la punta rosada. Sus ojos se alzaron de la unión de sus cuerpos y se clavaron en los de ella. No los apartó mientras se hundía en su interior.

Los ojos de Lea se cerraron, su cabeza se echó hacia atrás y su espalda se arqueó a medida que Kendrick se deslizaba dentro de ella. Despacio, demasiado despacio.

Kendrick se detuvo un instante, dejando que su cuerpo se adaptase a él, antes de salir con la misma cadencia y volver a hundirse en ella con un jadeo. Lea clavó las uñas en sus hombros cuando descubrió que la primera vez no había llegado a penetrarla todo lo que podía.

—Mírame —lo escuchó decir cerca de ella, sintiendo su aliento sobre su piel sensible—. ¿No tenías curiosidad por saber cómo era mi cara cuando follaba? Mírame, Aileana.

Su tono autoritario no admitía réplica. Lea luchó por hacer lo que pedía. Sus ojos de color cobalto se toparon con los de Kendrick, más oscuros de lo que los recordaba. Su pelo rubio caía húmedo y enredado sobre su frente. Un gemido escapó de su boca, mezcla de impresión y de deseo por lo que vio en la negrura de sus ojos antes de que comenzase a moverse de verdad. Las embestidas eran profundas, pero demasiado lentas, y cada vez que Lea movía las caderas para intentar conseguir más fricción y un ritmo más rápido, Kendrick se detenía.

— ¿Tienes prisa? —preguntó, y cuando la única respuesta que consiguió fue el movimiento de las caderas de Lea hacia las suyas, Kendrick se separó más de ella, a punto de salir de su interior— Contéstame, Aileana.

—Sí —replicó ella con voz agónica y urgente—. Quiero... Lo quiero. Por favor.

Lea notó cómo él se tensaba a su alrededor y dentro de ella, cómo se quedaba muy quieto. Algo se revolvió dentro de sus irises, algo que Lea no llegó a reconocer. El poder dejó de vibrar bajo las manos de Lea allí donde tocaba a Kendrick. Algo en su postura, en su mirada y en la tensión de su cuerpo le recordó a un animal preparado para un ataque, pero no

para darlo. Sino para recibirlo.

Lea alargó la mano hacia su semblante, acariciando su mejilla y la pequeña arruga que había aparecido entre sus cejas, pero apenas lo había tocado cuando Kendrick se apartó. Se inclinó para coger uno de los cojines que todavía no había abandonado la cama y lo colocó debajo de la pelvis de Lea, alzando así sus caderas. La tomó de uno de sus muslos y le indicó que lo levantase, colocando la doblez de la rodilla sobre la cara interna de su codo.

Sus ojos negros le preguntaron si estaba segura de lo que pedía. La mirada azul de Lea le respondió que sí.

Con un suspiro de resignación (o liberación), Kendrick volvió a moverse. Su ritmo aumentó de una manera casi dolorosa. Ella dejó escapar un grito a medio camino entre el placer, el dolor y la sorpresa. Él dejó escapar un gemido quedo de su garganta, cerrando los puños sobre la tela de las sábanas, haciendo que esta protestase. Lea trató de moverse con él, de seguir su ritmo, al mismo tiempo que no perdía detalle de Kendrick; de su rostro, de su expresión mientras entraba y salía de ella, pero el placer se volvió rápidamente demasiado abrumador y los cabellos rubios de Kendrick caían sobre su frente, ocultándole la visión de sus ojos. No estaba segura de si solo gemía o si también gritaba. Ni siquiera sabía si era ella sola la que gimoteaba. Kendrick tenía boca entreabierta, pero Lea solo podía escuchar el latido de su corazón en los oídos. La sensibilidad y el placer no solo se encontraban en el lugar en el que Kendrick entraba y salía de ella, sino en todo su cuerpo; desde la punta de los pies hasta el cuero cabelludo, cada fibra nerviosa igual de excitada.

Cuando los pequeños hilillos de sombra aparecieron en sus dedos, emanando de la piel sudada de los hombros de Kendrick, Lea no se asustó. Dejó que bajasen por sus brazos, su cuello, toda ella y que fueran a donde quisieran. Era una sensación extraña, pensó lejanamente, inquietante en cierto modo, pero de la manera en la que lo es la inmensidad del cielo estrellado en una noche despejada. Inquietante, sorprendente y estimulante, aunque Lea no llegó a pensar todas esas palabras. Su mente ya encontraba demasiado lejos.

Lea se precipitó al placer sin retorno momentos antes que Kendrick se hundiera por última vez dentro de ella y se dejase ir con gemido ronco, arrastrado por las oleadas de placer de la joven.

Se quedó un momento tendido sobre ella, apenas apoyado en sus antebrazos para no aplastarla, pero a ella no le habría importado. Necesitaba aquella proximidad, sentir su contacto, los restos de poder y de placer (de placer y poder) que todavía notaba en él. Por eso cuando Kendrick se separó de ella y salió de su interior para tumbarse a su lado, Lea tembló de una manera desagradable. Aproximó su cuerpo desnudo al

de Kendrick, buscando su calor. Él pasó el brazo por debajo de sus hombros y jugueteó con los dedos entre las hebras de su melena revuelta.

— ¿He resuelto tus dudas? —preguntó con voz ronca tras un largo rato en silencio, las respiraciones de ambos más relajadas y sus latidos más serenos. Pero lo que habían hecho en aquella cama todavía flotaba en el ambiente.

Lea sintió que sus labios se estiraban.

—No estoy segura. Creo que necesitaría otra prueba.

La risa sincera del Hijo Predilecto reverberó a su lado, haciendo que se estremeciese.

—Pues no va a poder ser esta noche —dijo acariciando su hombro desnudo con las yemas de los dedos—. Pronto saldrá el sol; el cielo tiene el color de tus ojos.

Lea se giró hacia la ventana que había a sus espaldas y comprobó que Kendrick tenía razón. El trozo de firmamento que las ramas de los árboles dejaban ver tenía un color azul oscuro intenso.

—Puedes lavarte en el baño antes de irte.

Las palabras de Kendrick fueron como sumergirse en un lago helado. Se había terminado. Habían follado, él le había mostrado lo que ella quería ver y él había obtenido de ella lo que deseaba; una noche entretenida. Lo que quedaba en su cuerpo y en su mente del placer y el gozo se esfumaron por completo.

Usando la melena para esconder su cara, Lea se sentó en la cama haciendo una mueca de dolor.

— ¿Quieres marcharte ya?

Se giró hacia Kendrick, extrañada.

—Esta amaneciendo y dijisteis...

—Dije que yo no iba a demostrarte nada más —la cortó con suavidad—, porque no tenemos tiempo —mientras hablaba, su brazo se extendía sobre el vientre de Lea y la devolvía a la cama—. Nada relacionado con mi expresividad, quiero decir. Pero me gustaría seguir explorando más la tuya —susurró contra su pelo cuando la espalda de ella tocó las

sábanas.

Y eso fue lo que hizo, mientras el sol todavía no terminaba de ganar su batalla con la noche.

Se apoyó en un antebrazo mientras con la mano libre acariciaba el cuerpo de Lea en su camino hasta la encrucijada de sus piernas, que se separaron para permitirle el paso a sus dedos. El calor volvió a llenarla, y las sombras volvieron a lamerla y arrullarla. Kendrick no perdió detalle de su rostro y de su cuerpo mientras volvía a llevarla al orgasmo.

Capítulo 6

— ¿Puedo haceros una pregunta?

Kendrick giró el cuello para mirarla, con una de sus cejas rubias perfectamente enarcada y una sonrisa bailando en su boca.

—Vas a hacerla de todas formas —dijo jugando con su pelo—. De una manera u otra.

Lea refunfuñó y se quedó callada. Se revolvió a su lado, pero no separó su cuerpo desnudo del de Kendrick.

Había vuelto a encontrarse con el Hijo Predilecto la noche siguiente y esta había transcurrido de una manera similar a la primera, solo que esta vez no tuvo que dejar inconsciente a nadie. Kendrick había abierto la puerta antes de que ella saliese del amparo de las sombras de las ramas y la había invitado a entrar con un gesto.

La paciencia que Kendrick se tomaba para recorrer su cuerpo antes de enterrarse en ella le resultaba extraña, pero ni mucho menos molesta. Estaba acostumbrada a los encuentros rápidos donde el placer se alcanzaba de manera apresurada, para luego terminar de la misma manera. Con el señor de la Casa la celeridad no tenía cabida en la cama, por lo menos no en los dos encuentros que habían tenido hasta el momento.

Kendrick esperó pacientemente a que continuase mientras trazaba dibujos en la piel de su hombro, enredando más su melena.

— ¿No tenéis ninguna candidata a consorte esperándoos en palacio?
—preguntó finalmente Lea sin evitar su mirada.

— ¿Estás buscando alguna razón para sentir remordimientos de esto?
—preguntó Kendrick lanzando una mirada significativa a su cuerpo desnudo— No tienes por qué venir si no quieres...

—No —se apresuró Lea a contestar—, es solo que no quiero ser el entretenimiento del señor de la casa mientras este se encuentra lejos de palacio.

Las cejas de Kendrick se juntaron levemente.

—No lo eres —aguardó un momento antes de continuar—. No hay nadie esperándome en palacio.

Lea siguió mirándolo con interés. Sabía que los momentos que seguían a la intimidad física eran favorables para las conversaciones más personales. Una buena situación para seguir entrenando sus habilidades con las palabras.

— ¿No va siendo hora de que os caséis?

— ¿Y tú? —contraatacó él en el mismo tono.

—Soy muy joven —replicó Lea encogiéndose de hombros—. Ni siquiera he pasado todavía por la Turas Mara.

— ¿Y piensas formar parte de un ejército que va a ir a la guerra sin haber alcanzado la inmortalidad plena?

Lea ya había discutido con sus padres sobre la temeridad de entrar en combate en una batalla sin haber realizado la travesía que le conferiría la inmortalidad como feérica. Su cuerpo sería menos ágil, sus sentidos estarían menos desarrollados, y sus heridas sanarían más despacio y se encontraría más débil. Pero a ella no le interesaba hablar de sus decisiones. Prefería hurgar un poco más en el misterio que envolvía al hombre que tenía tendido a su lado.

— ¿Siempre sois tan sutil esquivando las preguntas que os hacen?

—No, normalmente suele dárseme mejor —se quedó callado un largo rato en el que Lea no dejó de mirarlo inquisitivamente, hasta que finalmente contestó con voz ligera—. No he encontrado a la adecuada.

— ¿Ni siquiera para tener un descendiente que perpetúe vuestra línea de sangre?

Kendrick dejó escapar una risa sin gracia.

— ¿Te estás ofreciendo voluntaria, Aileana?

—No —contestó ella con rapidez; demasiada. Una sombra nubló el semblante de Kendrick y su expresión se cerró de una manera conocida. Lea se encogió de hombros para tratar de restarle importancia a su negativa—. Es solo que me parece extraño; los Hijo Predilectos suelen apresurarse en elegir a un consorte con quién tener hijos cuando toman el poder, o simplemente... —hizo un gesto vago con la mano— dejan que ocurra con cualquiera.

Kendrick se quedó callado, sus ojos perdidos en algún punto en el hombro de Lea y en sus dedos entrelazados en el cabello negro azabache. Ella, a pesar de no tener la capacidad de entrar en su cabeza de la misma

manera que él, podía imaginarse en lo que estaba pensando.

El anterior Hijo Predilecto de la Casa y padre de Kendrick, Eanraig, había muerto tres siglos antes de que Lea naciera, pero sabía que había sido un hombre... complicado. Algunos lo habrían definido como cruel y sanguinario, pero el general de los dannan prefería la primera de las características para definirlo. Gwilym nunca había entrado en detalles delante de Lea sobre cómo había sido Eanraig, pero siempre le había dicho que por muy frío e inflexible que pudiera parecer Kendrick, debían de estar agradecidos por el trato que les daba a pueblos minoritarios como ellos. Lea tampoco había preguntado nada más, pero sí se había enterado de detalles de la vida personal del fallecido Hijo Predilecto. Nunca se había casado con nadie; Kendrick, Brycen y su hermana pequeña Anice habían nacido de la unión con una mujer de la aristocracia y había mantenido bastantes relaciones extra matrimoniales. Y cuando los feéricos se referían a bastantes... bueno, Lea tampoco había parado a pensar demasiado en ello, pero podía imaginárselo.

Nadie había dudado nunca que Kendrick se convertiría en Hijo Predilecto a la muerte de su padre, a pesar de que había más posibles herederos a parte de él y sus hermanos directos, aunque ninguno oficial. Pero estaban ahí, ahora como una alternativa si Kendrick moría sin descendencia. Si el poder de los dioses los elegía a ellos, por supuesto. No era habitual, pero a veces la magia especial que corría por las venas del Hijo Predilecto no era heredada por el primogénito o la primogénita, sino por algún hermano o incluso primo. De hecho, por alguna razón desconocida pero muy especulada, el poder de los dioses no solía escoger a mujeres.

—No quiero compartir algo así con cualquiera —dijo finalmente—. No querría que mis hijos se criasen viendo que sus padres tienen una relación vacía de sentimientos y que solo comparten la cama para asegurarse de que su línea de sangre perdurará en el tiempo como los elegidos de los dioses.

Lea no dijo nada. Podía imaginarse lo que sentía aunque ella nunca lo hubiera experimentado; el ejemplo que tenía en sus padres era totalmente el contrario a lo que Kendrick había dicho. Maeve y Gwilym se habían casado siendo muy jóvenes, incluso en términos inmortales, y cada vez que Lea se fijaba, algo en su interior se retorció de emoción, una mezcla entre ternura y anhelo. Su hermano pequeño había sido una sorpresa, y aunque Rhys había llegado al mundo en un momento en el que la guerra con el Viento y la Tormenta ya empezaba a ensombrecer el futuro, sin duda era un niño deseado y querido. No había sido una obligación ni un deber.

—Te has quedado muy callada —dijo Kendrick a su lado tirando con

suavidad de un mechón de pelo.

—No me esperaba esa respuesta —contestó ella con sinceridad.

El silencio llenó la estancia, aunque no de una manera desagradable.

Lea se perdió en sus pensamientos, en la sorpresa que le producía descubrir que Kendrick pensase de esa forma. Sabía que los dirigentes podían tener fisuras en las corazas que los recubrían de cara al exterior porque lo había visto de primera mano en su hogar, pero la figura del gobernante de la Casa era diferente para ella. Los hijos de los dioses, hechos a su imagen y semejanza y poseedores de sus extraordinarias capacidades podían sentir, por supuesto, con más intensidad incluso que los feéricos comunes, sobre todo los sentimientos que estaban vinculados a las emociones más primarias. Para Lea, el deseo de afecto no entraba en ese saco.

La voz de Kendrick interrumpió sus pensamientos justo cuando el cielo comenzaba a teñirse de azul oscuro.

—A veces a los hijos predilectos también nos gusta tener el cariño de nuestros padres.

Capítulo 7

Lea no estaba segura de si dolor era la palabra apropiada para definir cómo sentía su cuerpo después de cinco días sin entrenarse.

Había un hormigueo debajo de su piel que la molestaba y la ponía nerviosa, una inquietud que ni los largos paseos por las mañanas hasta las costas escarpadas al norte del territorio de los dannan ni el sexo nocturno con Kendrick podían apaciguar. Necesitaba una excitación diferente, un tipo de movimiento distinto. Por eso esa mañana se había puesto el traje de combate, una indumentaria hecha de cuero y acero, ligera y resistente al mismo tiempo, y se había encaminado a los campos de entrenamiento con paso firme.

La explanada en la que los dannan entrenaban estaba compuesta por más de veinte recintos delimitados en forma de círculos en los que los guerreros ya formados y aquellos que querían llegar a entrar en combate algún día se ejercitaban casi a diario. Nadie que no hubiera superado todos y cada uno de ellos podía llamarse a sí mismo guerrero o guerrera dannan. Lea había conseguido ese honor apenas tres meses atrás.

Cuando llegó, los campos bullían de actividad a pesar de que el sol había salido hacía apenas una hora. Lea reparó primero en la figura alta y de cabello negro de su padre, dando instrucciones a cinco guerreros jóvenes situados cerca de uno de los círculos más temidos. En ese, Lea había estado a punto de perder un brazo o de acabar con las tripas por el suelo en más de una ocasión. Las varas erizadas de cuchillas cortantes salían del interior de la tarima de madera a través de trampillas ocultas, de manera totalmente aleatoria y repentina, mientras el suelo se movía bajo los pies a un lado y a otro. El planteamiento del ejercicio era fácil; salir de allí entero sin derramar sangre. Superarlo era otra historia.

Sus ojos no tardaron en fijarse en el grupo de figuras que destacaban del resto por ir elegantemente vestidas y encontrarse separadas del resto. La comitiva real, con su Hijo Predilecto en el medio, observaban lo que acontecía frente a ellos con rostro inexpresivo, como si no tuvieran delante a la fracción más poderosa de su ejército.

Más demostraciones, comprendió Lea. Como si no pudieran, o más bien no quisieran, creerse que los dannan eran su mejor arma.

Lea dio un respingo cuando escuchó una voz que no era la suya hablando dentro de su cabeza.

¿Vas a formar parte hoy de los entrenamientos?

Kendrick le daba la espalda. Brycen estaba levemente inclinado hacia él y la guerrera pudo ver el movimiento de su mandíbula al hablar. Lea hizo una mueca de manera inconsciente aunque Kendrick no pudiera verla.

No estoy segura.

¿Por qué?

Lea vaciló.

Las chicas tienen dudas. Si aparezco en los círculos, seré la única mujer presente.

¿Eso te supone un problema?

Se tomó su tiempo para contestar, sopesando sus palabras y reflexionando al mismo tiempo sobre ellas. Se agachó para jugar con los cordones de sus botas y que no pareciese que se había quedado allí plantada como una tonta.

Es complicado. Mi padre no me ha dicho que no pueda participar y no creo que a los hombres les parezca mal que me presente aquí... Pero saben que no es el momento de hacer ninguna escena que pueda resultar ofensiva para sus majestades reales añadió en un tono ácido, aunque sin reproche. Nadie quiere problemas con una guerra cerca.

Si nadie te lo ha prohibido directamente, no veo donde está el problema contestó Kendrick tras una pausa. Creo recordar que me dijiste que tenías una demostración pendiente.

Y yo que me la negasteis replicó Lea resoplando en voz alta.

Un entrenamiento inocente no es lo mismo que una exhibición oficial, aunque puede revelar lo mismo.

Lea estaba segura de que podía percibir su sonrisa aunque no la estuviera viendo.

—Estás pensando en montar una escena, ¿verdad?

Levantó la cabeza, siguiendo las botas y las piernas que habían aparecido demasiado cerca de ella. Sonrió cuando se topó a Deian mirándola con un gesto divertido.

—Claro que no —contestó irguiéndose—. Solo he venido a entrenar. Al que no le guste, que no mire —dijo bajando la voz y haciendo un gesto con la cabeza hacia donde se encontraban Kendrick y su noble compañía—. ¿O es

que ahora también lo tenemos prohibido?

Deian no contestó, pero rio el comentario en bajo. Si hubieran estado los dos solos, su risa no habría sido tan disimulada, y probablemente él también hubiera hecho un comentario del mismo estilo. Pero Deian era así, temeroso de los reproches y las represalias, siempre midiendo sus palabras dependiendo de quién estuviera delante. A pesar de que era su amigo y de que en otro tiempo había sido más que eso, aquella actitud precavida irritaba a Lea hasta el punto de hacerla rechinar los dientes dolorosamente.

En ocasiones la joven no estaba segura de si calificarlo como cauteloso o rastrero.

— ¿Quieres ser mi compañero? —preguntó después de volver a dirigir su mirada a los círculos llenos de actividad y a la comitiva real.

—No voy a dejar que me patees el culo delante de sus altezas reales
—contestó Deian haciendo un gesto con la cabeza hacia Kendrick y el resto de invitados.

Se había dado cuenta de lo que Lea se proponía, por supuesto. Había estado presente la mañana en la que Kendrick había llegado y aunque no habían hablado directamente del tema, sabía que a Lea la había crispado no poder cumplir su cometido. Esa era otra de sus características que más la irritaban; lo observador que era, sobre todo con ella. O mejor dicho, la manera en la que daba por sentado lo que la joven sentía o pensaba.

—No esperaba menos —dijo de todas formas.

Deian le hizo un gesto hacia una de las áreas entrenadas para practicar en parejas o grupos y Lea asintió. Estaba un poco alejada de aquellos que quería que se fijasen en ella, pero si daba un buen espectáculo, eso no importaría. Una lluvia de estrellas fugaces no pasa desapercibida para nadie, por muy lejanos que se encuentren los cometas.

Caminó un paso por detrás de Deian, mirándolo por el rabillo del ojo. Hacía tiempo que el recuerdo de lo que habían vivido juntos no la asaltaba, pero mientras caminaban en dirección al lugar de entrenamiento, todo volvió a su memoria como un fogonazo.

Su amistad infantil e inocente había pasado a otro plano cuando descubrieron que sus cuerpos empezaban a tener otras necesidades desconocidas. Y lo que hicieron, fue explorarlas juntos. Durante más de un año, Lea y Deian estuvieron compartiendo momentos de intimidad física de una manera muy parecida a la que ella compartía ahora con

Kendrick desde hacía tres noches.

No tan parecida, pensó Lea mirando el perfil Deian recortado a la luz del sol, su cabello casi negro formando un halo oscuro a su alrededor. Deian era un libro abierto; las páginas podían pasarse con facilidad, de adelante a atrás y de atrás adelante, leerlo una y otra vez, una historia que curiosamente cambiaba dependiendo de quien la leyera. Porque Deian adaptaba esa historia a su lector.

Lea había aprendido que esos ajustes los hacía todo mundo, ella incluida. Pero su amigo de la infancia lo hacía de una manera extremadamente meticulosa con el fin de complacer a los demás de una forma zalamera. Lea había estado delante en más de una ocasión cuando Deian empleaba aquellos giros de historia en su narrativa; así había aprendido a reducir el gesto espontáneo de poner los ojos en blanco. Ese tipo de cosas habían hecho que la joven hubiera puesto distancia con él, aunque nunca habían dejado de ser amigos. Tampoco había ayudado el hecho de que Deian hubiera comenzado a exigir un compromiso por parte de Lea que no estaba segura de querer afrontar. No con él.

Con Kendrick, la información llegaba en forma de párrafos sueltos que Lea estaba tratando de juntar para darles un sentido. Lo estaba consiguiendo, o eso pensaba. De una manera muy superficial todavía, pero al menos le había servido para darse cuenta de que Kendrick no era solo el Hijo Predilecto. Un figura estoica hecha de piedra dura con los sentimientos tan contenidos que se había olvidado incluso de que existían.

Kendrick era... Lea no podía ponerle nombre a lo que era, pero sí a lo que no. Aceptaba lo poco que Kendrick le contaba mientras estaban tendidos en la cama, antes de que el amanecer comenzase a teñir el cielo de violeta y tuvieran que separarse. Puede que fuera inocencia lo que la hiciera pensar así, pero hasta el momento no había tenido razones para dudar de él.

Apartó esos pensamientos desviando la mirada del perfil de su amigo cuando llegaron a la tarima sobre la que practicarían. Deian desenvainó su espada con un movimiento eficiente y elegante, un arma más grande que la de Lea y con la hoja decorada con un diseño de una luna en sus cuatro fases rodeada de llamas hambrientas. Como todos los dannan, sus pertrechos de lucha estaban decorados con alguna referencia a su diosa y a su linaje. Lea tenía un diseño idéntico en su propia espada.

— ¿Primera sangre? —preguntó posicionando sus pies en el suelo.

—Eso es demasiado fácil —contestó Lea haciendo lo propio—. El que primero pida la rendición, mejor.

Deian asintió, su gesto repentinamente serio. Lea giró las muñecas para desentumecerlas, observado a su oponente.

La desventaja de practicar con el guerrero que tenía delante era lo predecible que se había vuelto a lo largo de los años. Por eso, Lea fue la primera en lanzar una estocada. Deian la esquivó sin problemas, moviéndose en la dirección que Lea esperaba, y el baile comenzó.

Los primeros movimientos fueron sencillos y familiares, un mero calentamiento para lo que vendría a continuación. Lea comenzó a golpear con más fuerza, deslizándose sobre el terreno con la agilidad felina que la caracterizaba. Como una sombra mientras el sol se esconde, decían algunos. Rápida y sigilosa, avanzaba sin que nadie se diera cuenta de la velocidad a la que lo hacía.

Deian no la esquivaba. No porque no pudiera, sino porque le habían enseñado que los dannan no huían de los golpes. Los encajaban para poder devolverlos con al menos la misma fuerza. Deian trataba de hacer esto último, pero Lea apenas le daba margen. Ella sabía que aquella forma de pelear era la que mejor se le daba. Desatada, sin filtros. Para Lea, moverse de aquella manera era igual de natural que respirar.

Tenía técnica, la había desarrollado desde que era una niña y sus brazos habían sido capaces de sostener un arma sin esfuerzo. No soltaba golpes a diestro y siniestro, sino que actuaba según lo hiciera su oponente, hasta que era ella la que marcaba el ritmo de la danza. Para poder ganarla.

La primera sangre fue para ella.

Su filo rozó el estómago de Deian, que soltó un siseo de dolor. Lea le enseñó la espada manchada de sangre. Sabía que ese gesto lo irritaría. Eso era lo que buscaba.

Deian apretó los dientes y arremetió contra ella. Lea aguantó la tormenta de estocadas con destreza hasta que los brazos empezaron a dolerle. Se apartó de su trayectoria, pero Deian la siguió. Casi la cogió por sorpresa moviéndose en la misma dirección que ella y lanzando una estocada que se clavó en su hombro. Un siseo de dolor escapó de entre sus dientes apretados, pero no flaqueó ni se apartó.

Detuvo unos cuantos ataques más, dejando que fuera Deian quien llevase el ritmo. O permitiendo que lo creyese. Lea se agachó hasta casi rozar el suelo con las rodillas cuando una estocada se dirigió al centro de su pecho. Barrió con una de sus piernas el suelo, tratando de llevarse por delante a Deian con el gesto, pero él saltó y la esquivó, como ella esperaba que hiciera. Lea rodó por el suelo con una rapidez pasmosa, la suficiente para quedar tras él cuando sus pies volvieron a tocar el suelo. No podía verlo desde donde se encontraba, pero la guerrera pudo percibir

su rabia en la postura de cuerpo al darse cuenta de que había cometido un error que ella había calculado a la perfección.

Lea volvió a alzarse con agilidad y antes de que Deian pudiera darse la vuelta, le soltó una patada detrás de las rodillas. El guerrero protestó, pero no cayó al suelo. No le había dado con la fuerza suficiente. No quería que aquello terminase todavía. Aun tenía más habilidades que demostrar.

La cólera en sus ojos verdosos de Deain solo sirvió para excitar más a la guerrera.

Siguieron moviéndose él uno alrededor del otro, lanzando estocadas a los puntos vulnerables que su contrincante dejaba desprotegidos. Algunas eran certeras, otras no. Hasta que llegó un momento en el que la sangre que resbalaba por la hoja de Lea era más abundante que en la de Deian. Los movimientos de este comenzaron a volverse más lentos, y sus envites, aunque eran abundantes, dejaron de producirse con la misma fuerza.

—No me dejes ganar —jadeó Lea cuando consiguió hacerle otra brecha a Deian en el traje.

—No te estoy dejando ganar —replicó su contrincante en el mismo tono.

Lea seguía moviéndose sobre la madera oscura salpicada de manchas rojas líquidas, hipnotizada. Su cuerpo había echado tanto de menos aquello... Sudaba y sus músculos comenzaban a doler, pero era una sensación inmensamente placentera. Liberadora. Lo que quiera que hubiera dentro de ella y la instaba a buscar la violencia y la sangre rugía en su interior de gozo. Una criatura extraña y salvaje que habitaba en el interior de todos los feéricos. Un ser de aquel mundo, creado a partir de los deseos de las deidades que vivían allende los cielos.

Lea no se dio cuenta de que tenía a Deian tirado a sus pies, con la espada lejos de su mano, hasta que su voz llegó a ella.

— ¡Lea, para!

Parpadeó. Había adquirido esa costumbre años atrás para deshacerse del trance en el que entraba cuando luchaba, para no hacerle daño a su compañera o compañero de entrenamiento. Lo que quiera que despertase dentro de ella durante una pelea volvió al lugar del que había salido, emitiendo un siseo de contrariedad.

La sangre de su contrincante, su visión y su olor, hacían que la suya propia todavía canturrease en sus oídos, tarareando una canción de guerra y violencia, pero Lea no le prestó atención. Extendió la mano y ayudó a Deian a levantarse. Su amigo tenía muchos defectos, pero por lo

menos no era de los que se negaban a que una mujer lo ayudase.

Deain abrió la boca para decirle algo cuando estuvo en pie, pero su mirada se desvió por encima del hombro de Lea. Ella se giró despacio, el corazón encabritado golpeando con fuerza en su interior. Inspiró con fuerza cuando se topó a todos los presentes que se encontraban a la vista girados hacia ellos. Mirándolos.

Todos.

Lea dirigió su atención a una pequeña fracción de ellos. Aquellos que nunca antes se habían dejado caer por los círculos de entrenamiento de los dannan. Los intrusos de su tierra.

Esbozó una sonrisa amplia y llena de dientes, encantadora y desafiante al mismo tiempo. Cruzó los tobillos e hizo una genuflexión muy profunda, con los brazos extendidos a los lados. Pero no bajó la cabeza. Miró directamente hacia la comitiva real mientras hacía ese gesto provocativo. Cuando volvió a alzarse y sus ojos se cruzaron con los de Kendrick, la sonrisa se le congeló en el rostro.

El Hijo Predilecto no tenía su habitual gesto calmado colocado como una máscara teatral. Sus cejas estaban más juntas de lo habitual, la arruga que Lea ya conocía profundamente marcada entre ellas. Su mandíbula estaba tan apretada que Lea sospechaba que se encontraba al límite de partirse algún diente. Y sus ojos... la negrura de sus irises parecía haber aumentado tanto que se comía el blanco de alrededor. Las sombras bailaban sobre sus hombros y entre sus dedos como zarcillos vivos.

Las sombras, que durante sus veladas juntos salían a su encuentro para jugar con ella, para complacerla, ahora le dieron miedo.

Lea se dio la vuelta con las piernas temblorosas y la espada agarrada con fuerza entre los dedos, sintiendo todas las miradas clavadas en su espalda mientras abandonaba los campos de entrenamiento.

Capítulo 8

Lea dudó durante un largo rato sobre si acercarse hasta el alojamiento del Hijo Predilecto. Una parte de ella le decía no lo hiciera, no después de lo que había ocurrido esa mañana. Pero era la última noche que Kendrick pasaría entre los dannan. No tenía ni idea de cuándo volvería a verlo. Ni siquiera sabía si después de lo que había hecho esa mañana él querría verla a ella.

Puede que lo hubiera interpretado mal cuando hablaron antes de que ella hiciera su demostración. Puede que se hubiera equivocado y en realidad hubiera estado jugando con ella todo ese tiempo. Tal vez deseaba que alguna chiquilla impresionable y demasiado idealista como ella cayese en sus encantos para que cometiera una falta como la de aquella mañana y dar por zanjado todo el asunto de las mujeres en el ejército con una negativa rotunda ante su desafío. Era tan ingenua, tan inexperta...

Lea barajó mil y una posibilidades mientras sus pasos la guiaban de manera automática hacia la casa de una sola estancia en la que había pasado las tres noches anteriores. Se detuvieron cuando la vio con claridad, las luces encendidas similares a luciérnagas en verano.

Observó la vivienda indecisa durante un rato que a ella le pareció una eternidad, hasta que sintió un cosquilleo en la piel. Aun desde donde se encontraba, pudo notar el poder de Kendrick cuando atravesó la puerta cerrada convertido en sombra.

La impresión despejó las dudas de su mente durante un breve instante, siendo sustituidas por la admiración. Sabía que poseía aquella capacidad, pero nunca la había visto en acción. El cuerpo de Kendrick se había convertido en una amalgama de sombras y humo con una forma vagamente similar a su figura. Se escurrió entre las juntas de madera de la puerta y una vez en el exterior, los ribetes brumosos se juntaron, entrelazándose entre sí como un nido de serpientes, para dar lugar al Hijo Predilecto que ella conocía. O que creía conocer.

Los ojos de Kendrick la encontraron con facilidad. Ambos intercambiaron una mirada en la que Lea no pudo descifrar nada y que él interrumpió para girarse y abrir la puerta a sus espaldas. Las piernas de Lea tardaron en ponerse en movimiento.

No lo miró cuando pasó a su lado.

— ¿Estáis enfadado? —preguntó después de que Kendrick cerrase la puerta tras ella.

— ¿Por qué tendría que estar enfadado? —preguntó Kendrick a su vez. Su tono era ligero y calmado, y su postura relajada.

—Por la manera en la que me mirasteis cuando terminé con Deian.

Kendrick dio un paso hacia ella. Lea inclinó su cuerpo hacia él de manera inconsciente.

—No podía dejar que los demás notasen lo que pensaba, Aileana —Kendrick colocó las manos sobre su cintura mientras hablaba. La pausa que hizo antes de continuar fue angustiosa para Lea—. No podía dejar que supieran que me parecías un ser extraordinario, que entiendo el porqué de que muchos hombres se nieguen a ver a una mujer luchando a su lado, y que no lo comparto —apartó un mechón de cabello del rostro estupefacto de Lea. El roce de sus dedos, las sombras que se asomaban en ellos, hicieron que la joven guerrera se estremeciese—. Y que también me hacía sentir esto.

Kendrick cogió una de las manos que Lea había apoyado en su pecho y la bajó hasta su entrepierna. Ella se mordió el labio al notar la evidencia de su excitación. Su cuerpo reaccionó como un reflejo del de Kendrick.

Entre la sorpresa de lo que Lea había encontrado en el cuerpo de Kendrick, surgió en su mente un pensamiento que ronroneaba con fuerza. Y el Hijo Predilecto, por supuesto, supo que era lo que estaba pensando la joven guerrera.

—A mí sí me excita, Aileana —murmuró Kendrick con los labios pegados a su oreja, como si le estuviera contando un secreto de la Casa—. Me excita muchísimo verlo, y sentirlo.

Lea cerró los ojos y se recreó en sus palabras. En la sociedad en la que ella se había criado, separada de la frivolidad que impregnaba el resto de la Casa, nunca había dudado de que los hombres pudieran asumir que una mujer podía enfrentarse a ellos y salir vencedora. Pero también sabía que preferían que eso no ocurriera.

A Lea nadie le había dicho que se veía extraordinaria o hermosa cuando luchaba. Ni siquiera se había parado a pensar en ello. Las mujeres tomaban lecciones de defensa y lucha, sí, pero aquella forma de violencia tan desataba y sucia siempre había estado asociada a los hombres. Era lo que los hacía atractivos, pensaban muchas de las mujeres con las Lea había hablado sobre el asunto. No a las mujeres; las hacía fuertes, independientes. Pero no atractivas.

Lea sintió cómo se le cerraba la garganta en un nudo apretado que apenas le dejaba respirar. Sin importarle la falta de aire que notaba en su pecho, se puso de puntillas y besó a Kendrick. Él la estrechó con más

fuerza e intensificó su beso, abriéndole la boca.

—Móntame —susurró Kendrick contra sus labios con la respiración acelerada—. Ponte encima de mí y móntame.

Lea tardó en reaccionar. Cuando sus manos se dirigieron hacia las ropas del Hijo Predilecto para despojarlo de ellas, las de él ya estaban en movimiento. Dejó que la desnudase antes de empujarlo con suavidad para que se sentase sobre la cama. Kendrick palmeó uno de los muslos desnudos de la joven para que lo levantase, colocándolo sobre el colchón. Dejándola expuesta para él. Lea apoyó las manos sobre sus hombros para poder mantener el equilibrio mientras él la lamía, pero cuando sintió que sus piernas no aguantarían su cuerpo tembloroso mucho más, hizo que se tumbase de espaldas.

Esta vez, la que se tomó su tiempo fue Lea. Pasó una mano por su longitud, lo acarició sin prisa, con los dedos, con la lengua, y lo chupó mientras ella se tocaba a sí mismo con la mano libre, entre las piernas. Cuando notó que las caderas de Kendrick comenzaban a moverse con más fuerza e insistencia, Lea separó su boca de él y se movió para quedar encima. No dejaron de mirarse mientras ella bajaba y él se adentraba en su interior. Lea permaneció inmóvil durante un momento mientras se acostumbraba a aquella postura y a la manera en la que la llena. Kendrick acariciaba sus caderas, trazando círculos con los dedos. Lea pensó que se asemejaban a los círculos que se trazaban sobre la tierra antes de realizar un ritual en honor a los dioses.

Sus primeros movimientos fueron lentos, tentativos, pero no tardaron en coger ritmo, atrevidos y sensuales al mismo tiempo. Perdida en el vaivén del movimiento, en las manos de Kendrick sobre ella y en las sombras que la acariciaban y que ya no la asustaban, una palabra escapó de sus labios.

—Kendrick.

Los dedos de Kendrick se cerraron con más fuerza sobre su carne. Lea se quedó muy quieta y abrió más los ojos. No lo miraba a la cara, sino a su pecho. A cualquier lugar menos a sus ojos.

Llamar al Hijo Predilecto por su nombre sin pertenecer a un rango elevado de la nobleza o sin que él directamente hubiera dicho que le estaba permitido hacerlo era una falta de respeto. Porque lo rebaja al nivel al que Lea pertenecía.

Una de las manos que sujetaban sus caderas subió hasta su cuello y la obligó a levantar la barbilla. Lea no quería, pero al final se encontró con

sus ojos oscuros.

—Dilo —le pidió con su característica voz firme, pero en esta ocasión, más pesada y ronca. Más temblorosa por el placer y la excitación.

Lea abrió la boca vacilante, pero de ella no salió nada.

Dilo.

—Kendrick —pronunció finalmente en un suspiro.

Él se movió debajo de ella, volviendo a reactivar su placer.

—Otra vez.

Lea hizo lo que le pedía, primero con vacilación, y luego con más seguridad. Lo repitió una y otra vez al compás de sus caderas. Lo repitió cuando los dedos de él la llevaron hasta el final mientras terminaba dentro de ella, llenándola y deshaciéndola. Moviós los labios aun cuando de su boca no salía nada porque se había quedado sin aliento, abrumada y extasiada, precipitándose a otra dimensión.

Se tumbó sobre su pecho con la vibración del placer recorriéndola todavía, y allí se quedó aun después de que se convirtiera en un eco lejano que había dejado una sensación de calma en su cuerpo. Kendrick le rodeó la cintura con un brazo, y con la mano libre comenzó a acariciar su melena.

Lea suspiró con deleite. Era increíble, pensaba, como un gesto tan sencillo podía hacer sentir tanto. De pronto, recordó que ese movimiento de los dedos de Kendrick entre su pelo tenía las horas contadas. No quiso mirar por la ventana y ver de qué color estaba el cielo. No abrió los ojos, y ni siquiera se movió para taparse a pesar de que notaba el aire de la habitación frío sobre su piel desnuda.

—No sabes cuándo vas a volver, ¿verdad?

— ¿Aun no me he ido y tú ya me estás echando?

—Mañana por la mañana te irás —dijo ella a regañadientes. Las palabras parecieron enfriar aun más la estancia.

—No —contestó él. Lea entreabrió los ojos, insegura de haber escuchado bien—. Vamos a quedarnos diez días más. Para considerar la opción de que las mujeres podáis participar en la guerra —apuntó mientras deshacía un pequeño nudo con cuidado—. La demostración que diste fue bastante persuasiva.

Lea separó la mejilla del pecho de Kendrick y lo miró.

— ¿Es en serio?

—Sí, pero no es una confirmación definitiva, Aileana —advirtió—. A mí nunca ha habido que convencerme, pero ahora a los demás les has dado razones para replanteárselo.

Un nuevo calor se extendió dentro de Lea. Uno que la derretió por dentro e hizo que sus labios se estirasen con egocéntrica satisfacción.

Suspiró y volvió a acomodarse sobre el pecho del gobernante, cerrando los ojos y respirando su olor, el de él y el suyo propio, entremezclados en la piel desnuda y en las sábanas de la cama. Tres días se le habían hecho muy cortos, y en aquel momento supo que diez más también iban a saberle a poco.

—Kendrick.

Él detuvo el trabajo de entretejer sus cabellos negros con los dedos, aguardando a que continuase. Cuando se dio cuenta de que ella no iba a seguir hablando, que solamente estaba probando de nuevo como le sabía su nombre en los labios, una pequeña culebra negra hecha de humo le dio un mordisco suave a Lea en el hombro.

Capítulo 9

A Lea siempre le había gustado el mar, pero nunca lo había visto tan de cerca. Siempre lo había admirado desde lo alto de los acantilados al norte de Llanrhidian, contemplando cómo las olas lamían la roca oscura con caricias que en ocasiones eran dulces, y en otras furiosas. En la capital de la Casa, el mar podía contemplarse desde una playa ancha y de arena clara que se extendía de un extremo a otro de la costa de la ciudad, pero Lea había preferido quedarse en el paseo de piedra, con los brazos apoyados a la baranda de hierro pintada de negro. Le encantaba el mar, pero también le daba miedo. Siempre le había parecido un ente caprichoso.

Fue el primer lugar que visitó después de dejar sus cosas en el apartamento de sus padres la tarde que llegó a la ciudad principal de la Casa. Nunca antes había estado allí, y aunque pasar unos días en aquel lugar para aprovisionarse de útiles de pintura que por la inminente guerra escaseaban en su tierra y aprovechar para ver la capital no era una excusa del todo falsa, lo cierto es que Lea había ido hasta allí para toparse con alguien al que llevaba seis semanas sin ver.

Kendrick le había dicho que trataría de avisarla con discreción cuando fuera a visitar Llanrhidian, pero las únicas noticias que habían llegado hasta Lea sobre él tenían que ver con el abastecimiento para la guerra con el Viento y el Tormenta y la formación de los soldados. Nada de ninguna visita. Podía entender que estaría ocupado organizando todo lo necesario para lo que se avecinaba, y seis semanas tampoco era tanto tiempo... Pero a ella se le habían hecho eternas. Lo echaba de menos más incluso de lo que se había imaginado. Todo. No solo la intimidad física, sino los momentos en los que Kendrick dejaba de ser un bloque de hielo cincelado y se derretía para dejarle ver lo que había en su interior. Lo que había debajo de la corona y de las sombras que la tocaban mientras hacían el amor.

No le había dicho nada de que iría hasta la capital. Quería darle una sorpresa, y esperaba que agradable.

El primer día en la ciudad lo aprovechó para pasear, conocer el núcleo central de la Sombra y la Niebla, y comprar lo que necesitaba para seguir pintando y dibujando durante una larga temporada sin necesidad de preocuparse por que se le acabasen colores, los lienzos o los cuadernos de dibujo. A Lea le gustaba el arte de la espada tanto como el de los pinceles y los carboncillos.

Después de sustituir las ropas que había traído puestas, consideradas más masculinas por el hecho de tratarse de un pantalón cómodo y una camisa de tela gruesa, por un vestido blanco de lana que tapaba sus botas y la

daga que llevaba escondida en una de ellas, se puso una capa negra y larga que se arrastraba silenciosa con sus pasos, y salió a descubrir la ciudad. Callejeó hasta bien entrada la tarde, con sus grandes ojos azules bien abiertos, sin poder disimular que no era una ciudadana más de la ciudad. Cuando se topaba con los ojos de algún transeúnte por la calle mirándola tanto de manera apreciativa como curiosa, se preguntaba si se daban cuenta de que era una dannan.

Lea era una fae, pero no como los que la rodeaban allí en las calles limpias, perfectamente empedradas y llenas de vida de la capital. O eso le habían dicho siempre. No solo por el hecho de que su cultura fuera diferente, sino porque había algo en los dannan que no los hacía del todo iguales a los fae. Algo muy complicado de explicar y en lo que Lea no se había parado a pensar demasiado hasta aquel día, rodeada de supuestos fae de verdad. Había escuchado que los demás feéricos decían que había algo en su poder que sabía y olía diferente al resto de los fae, pero nunca había llegado a saber de qué se trataba exactamente. Lea sospechaba que tenía que ver con el hecho de que ellos le rezasen a otra diosa además de Padre y Madre. Los dannan no negaban la supremacía de estos dos sobre los demás dioses, pues nadie se atrevía a arriesgarse a cuestionarlos o renegar de ellos, ni de sus deseos, o a poner a prueba cuanto los querían; solo había que ver lo que había ocurrido con los sidhe. Simplemente consideraban que contaban con la protección extra de una diosa menor que un día había bajado la mirada desde Tír na nÓg, la tierra en la que habitaban todas las deidades feéricas, y se había fijado en los fae que vivían en un pequeño pedazo de tierra fértil al lado del mar embravecido.

Lea trató de testar la teoría sobre el poder de dannan haciendo vibrar lo poco que poseía en su interior mientras no superase la Turas Mara. Puede que la mujer que le vendió las verduras con las que se haría la cena esa noche notase algo extraño en su esencia cuando la tocó para intercambiar las monedas. Tal vez el hombre de la tienda en la que compró los tubos de pintura se la quedase mirando una fracción de segundo más de lo que se consideraba educado, escaneándola con sus ojos y su tenue poder. No estaba segura de si el hecho de que su mirada se hubiera cruzado con la de uno de los artistas callejeros que ofrecían espectáculos por las calles fuera la causa de que el comediante hubiera estado a punto de quemarse con una de sus antorchas incendiadas. Lea quería pensar que parte de aquellas reacciones se debían a la curiosa combinación de pelo negro azabache y ojos de color azul cobalto. Sobre todo cuando vio a un trío de fae vestidos con el uniforme negro de la guardia real.

Lea se subió discretamente la capucha de la capa para que tapase sus rasgos. No los había visto en la comitiva que había acompañado a Kendrick en su visita a Llanrhidian, pero su padre era un general del ejército. Se darían cuenta de que los rasgos de Lea eran idénticos a los de Gwilym y podían hacer preguntas incómodas, aunque ella no tuviera realmente nada que ocultar. Solo el motivo real de su visita, claro. Y a ella

no se le daba demasiado bien mentir.

Cuando los guardias pasaron por su lado sin dedicarle más que una breve mirada, Lea se preguntó si Kendrick estaría allí. Algo al fondo de su cabeza le dijo que de ser así lo notaría. Su cuerpo lo sabría, porque podría percibir las sombras del Hijo Predilecto. Lea se recriminó a sí misma ese pensamiento tan presuntuoso antes de seguir caminando.

Lo único que chafó su excursión por la capital fue encontrarse con un mercado de sidhe. Se encontraban en una plazoleta pequeña, divididos en grupos por edades. Exhibidos para ser comprados por sus hermanos, fae de la nobleza o señores que podían permitirse el lujo de tenerlos a su servicio, aunque en realidad los costes de su mantenimiento no solían ser muy elevados. Solo lo justo para que durasen el tiempo necesario para conseguir el beneficio de lo que se hubiera pagado por ellos.

No se acercó demasiado al pequeño grupo de feéricos mayores con cadenas rodeando sus muñecas, pero no le hizo falta para reparar en el estado en el que se encontraba. Sucios de lo que parecían sangre y tierra, algunos fae bien vestidos daban vueltas alrededor de ellos con miradas analíticas, pero sin ocultar su profundo desprecio. Las miradas de los sidhe no eran más comedidas, pero estaban cargadas de una honda tristeza que hizo que a Lea se le cerrase el estómago.

Sintió frío al verlos con sus ropas finas y desastradas allí en medio de la calle. Las pesadas cadenas que rodeaban sus muñecas le arrancaron una mueca de disgusto dentro de la protección de su capucha. Su corazón dolió como si lo hubieran encerrado en un puño muy apretado cuando vio uno de los niños más pequeños ser separado de la que parecía su hermana mayor. Sus costillas se cerraron con fuerza en su pecho cuando se dio cuenta de la situación en la probablemente se encontraría ella si la Gran Guerra Inmortal hubiera terminado de una manera diferente. Puede que incluso ni hubiera llegado a existir; aunque viendo lo que les había ocurrido a los perdedores de esa contienda, Lea no estaba segura de cuál era la peor alternativa.

Treinta años después, cuando aquellas criaturas desapareciesen de Elter, Lea se sentiría secretamente complacida por ello. Aquellos seres de colmillos largos transmitían una esencia que la disgustaba de manera natural, pero no por ello pensaba que se merecían el destino que les había tocado. Solo esperaba que las consecuencias de los actos de sus antepasados no repercutiesen en quienes como ella jamás habían puesto la mano encima en un sidhe, si es que estos decidían tomar represalias por lo vivido durante siglos.

La joven guerrera no era una necia, pero si lo suficientemente inocente como para pensar que quienes habían sido testigos de aquellas barbaridades y no habían hecho nada por evitarlas no tendrían que pagar

por ellas.

El viento de principios de otoño traía consigo una lluvia fina que estaba empezando a humedecer el cabello de Lea cuando se separó por fin de la baranda pintada y apartó la mirada del mar que tenía un color similar al de sus ojos, tal vez más gris y tormentoso. Protegió sus compras bajo la tela gruesa de su manto y regreso con pasos rápidos y ágiles al apartamento.

Sus padres habían decidido comprar aquella vivienda mucho antes de que ella naciera, poco después de casarse y cuando la presencia de su padre era requerida con frecuencia en el palacio de la Casa. La mayoría de generales y comandantes importantes solían vivir en alguna de las lujosas casas que conformaban la villa palaciega, pero su padre había renunciado a ese privilegio. Lea podía imaginarse el por qué. Al día siguiente llegó el momento de verlo por sí misma.

Había transportes con ruedas y propulsados por motor que seguía carreteras especialmente hechas para ellos y que llegaban hasta la villa palaciega, llevando tanto productos como feéricos que fueran a desempeñar allí algún tipo de labor, pero Lea optó por ir caminando. Había barajado la posibilidad de alquilar uno de aquellos grandes y majestuosos animales conocidos como caballos, prácticamente idénticos a los kelpies pero infinitamente más hermosos y dóciles, y que los feéricos habían traído a Elter siglos atrás desde el mundo de arriba, pero descartó la opción rápidamente. Aquellos animales la fascinaban, pero nunca había montado en uno y no estaba segura de que su primera experiencia fuera a ser satisfactoria sin nadie que la guiase. Así que se puso a caminar con la ropa cómoda y oscura con la que había llegado el día anterior, la espada golpeando sus piernas de una manera reconfortantemente familiar y la capa negra protegiéndola de la llovizna y de posibles miradas indiscretas en los caminos oscuros. No le preocupaba demasiado que algo la atacase durante el trayecto; los feéricos, sobre todo los que vivían de una manera más salvaje en los bosques, preferían la actividad nocturna, así que en ese momento estaría descansado.

Caminó durante poco más de dos horas sobre tierra mojada y hojarasca de olor dulzón hasta que tuvo ante sí la visión de los altos muros de piedra que rodeaban la villa palaciega. Lea no podía ver nada de lo que escondía tras ellos. Sopesó la posibilidad de escalarlos, ayudándose de las enredaderas y los bloques de piedra con irregularidades, pero la descartó. Si la cogían colándose de aquella manera, ni siquiera su padre podría salvarla de un castigo que probablemente terminase en muerte.

Bordeó la fortificación, oculta entre los árboles, moviéndose por la penumbra que las ramas semi desnudas proyectaban sobre el suelo. El corazón le dio un pequeño vuelco cuando se topó con la enorme verja negra que daba acceso a la villa. Sus barrotes largos y gruesos le

recordaron a las rejas de una celda. El escudo de la Casa, lacado en negro y azul, presidía la entrada, así como dos guardias situados a ambos lados de las puertas hechas de barras de metal, armados y supervisando la entrada o salida de la villa.

En ese momento estaban pendientes del ir y venir de un grupo grande y variopinto de fae que transportaban al interior de la muralla un cargamento de... flores. Lea frunció el ceño, mirando los ramos, centros de mesa, jarrones decorados y guirnaldas, todas de colores oscuros, negro y azul en su mayoría. Tardó un momento en buscarle una explicación; faltaban diez días para la noche de Samhain. Las flores servirían para decorar tanto el palacio como las casas de los nobles que allí vivían. Por la apariencia de los centros y los jarrones, puede que también fuera para alguna fiesta. Todo tenía que estar perfecto para la llegada del nuevo año entre los feéricos, especialmente en aquel lugar opulento y presuntuoso.

Lea aguardó a que la decoración floral, guardaba en uno de los vagones del vehículo con ruedas que lo había llevado hasta allí, quedase desatendida y los guardias desviasen la mirada tan solo un breve instante para poder salir de las sombras. Se limpió las botas contra el tronco de un árbol, corrió con sigilo hacia los centros y agarró con seguridad uno de ellos antes de caminar hacia la verja de la misma manera.

Los guardias apenas dedicaron una mirada la figura de baja estatura y cubierta de negro que se deslizó entre ellos llevando un jarrón con claveles azules.

Lea caminó con seguridad, como si supiera exactamente a dónde se dirigía y no estuviera siguiendo al grupo que por delante de ella dejaba un olor floral a su paso, pero manteniendo una distancia prudencial para que no se fijasen demasiado en ella. Tuvo que poner todo su esfuerzo en no perderlos de vista mientras miraba embobada las enormes y lujosas mansiones de piedra que dejaba a ambos lados durante su avance. Parecían castillos en miniatura, algunos de ellos con pequeños torreones, jardines bien cuidados en los que podría haberse entrenado un regimiento bien surtido y los colores de la Casa presentes de alguna manera en las fachadas o los jardines; en los marcos, en las flores plantadas, incluso alguna bandera.

Lea trastabilló cuando delante de ella apareció otra verja, tan grande como la anterior, pero con el escudo de la Casa más grande y esta vez, en lugar de estar hecho de hierro como el primero, por el brillo que desprendía se dio cuenta de que estaba hecho de ónice y cobalto auténticos. Talladas con cuidado y maestría, la serpiente y la flor de cardo parecían estar vivas. Por detrás de la verja se extendía un largo sendero de piedra que cruzaba un manto de césped bien cuidado y de un verde saludable, rodeado de estatuas y árboles. El sendero terminaba en la

construcción más imponente que Lea hubiera visto jamás.

El palacio de la Sombra y la Niebla era en cierto modo sencillo. El edificio principal, rectangular y de tres pisos, estaba franqueado por dos torres redondeadas a cada lado. Los tejados eran de pizarra negra y aunque los alfeizares de las ventanas tenían florituras aristadas decorándolos, Lea no distinguió ningún diseño recargado y llamativo desde donde se encontraba. Solo el escudo colocado encima de la puerta principal, mucho más grande que los dos anteriores que había visto, hecho de vidrio coloreado y formando un rosetón gigantesco, podría considerarse ostentoso. La piedra estaba oscurecida por la lluvia y el paso del tiempo, había musgo y enredaderas subiendo por la superficie rocosa, pero en lugar de darle un aspecto abandonado y decadente, solo lo hacía más imponente; los palacios de los Hijos Predilectos habían sido construidos muchos siglos atrás, luego del final de la Gran Guerra Inmortal, y todavía seguían en pie, con el esplendor propio de las construcciones de otro tiempo. Allí, el poder de Kendrick vibraba con más intensidad que en ningún otro lugar, al compás de un latido. Porque aquel era el corazón de la Casa de la Sombra y la Niebla.

Cuando Lea consiguió que sus piernas volvieran a ponerse en movimiento, la comitiva floral que caminaba delante de ella casi había desaparecido de su vista en el interior del palacio. Lea apresuró el paso, con los claveles moviéndose precariamente en el jarrón.

No había nadie custodiando la puerta cuando la atravesó, pero se quedó parada igualmente. La luz mortecina que se filtraba a través de la vidriera sobre su cabeza proyectaba una amalgama de tonos negros y azules sobre el amplio pasillo del recibidor. Un pasillo desde cuya pared derecha los Hijos Predilectos de la Casa observaban a todo aquel que se internase en el palacio, a modo de recibimiento. Lea dudó un instante antes de comenzar a caminar sobre la alfombra de color azul oscuro y pasar por delante de los retratos.

Dejó vagar su mirada de un gobernante al siguiente sin pararse demasiado a sostenerle la mirada a ninguno de ellos. Aunque solo fueran pinturas, Lea tenía la sensación de que había algo vivo en ellos; probablemente fuera el poder de la Casa. La Sombra y la Niebla nunca había tenido a una mujer al frente de su gobierno, siempre habían sido hombres y siempre el hijo primogénito del anterior gobernante. Todos con los mismos rostros tallados en piedra, todos con los mismos ojos de color negro infinito. Lo único que variaba eran algunos matices en sus rasgos y sus tonalidades de cabello.

Lea se detuvo cuando tuvo el retrato de Kendrick delante. Estaba exactamente igual que la primera vez que lo vio cuando era una niña de tres años y que cuando volvió a encontrarse con él más de un mes atrás; calculadamente inexpresivo, serio, y con el poder de la Casa brillando

silenciosamente en sus ojos. La joven admiró internamente la capacidad del artista para conseguir capturar ese detalle tan sutil y poderoso al mismo tiempo. Pensó en todo lo que sabía de él ahora cómo había cambiado su percepción antes de seguir caminando en dirección a las voces que hablaban sobre la colocación apropiada los centros florales para una fiesta que tendría lugar esa noche.

Lea no llegó a entrar en el que suponía que sería el salón donde se encontraba el trono; podía sentir que Kendrick no se encontraba allí. Su instinto le decía que subiera por un ancho tramo de escaleras de piedra que había al final del pasillo y eso fue lo que hizo, después de dejar el centro floral sobre un aparador y recolocarse la capucha sobre la cabeza.

Sus pasos no emitieron el más mínimo ruido y su capa ondeó silenciosamente tras ella mientras saltaba con ligereza de un escalón al siguiente. Se agachó rápidamente detrás de una estatua cuando llegó al rellano y escuchó un cuchicheo de voces femeninas cerca de ella. Pasaron cerca, pero no lo suficiente como para que Lea pudiera escuchar sobre qué hablaban. Eran dos, y las vio descender por las escaleras dejando tras de sí el murmullo de sus faldas y el repiqueteo de sus zapatos de tacón. Tal vez si se hubiera vestido de una manera parecida pasaría más desapercibida y no tendría que andar escondiéndose como una ladrona, pero esa ropa le impediría usar las armas que llevaba encima. O escapar por una ventana, si la situación lo requiera.

Decidió explorar aquel piso antes de continuar con el siguiente. Las paredes estaban decoradas con tapices y cuadros, ninguno de ellos representando a algún fae en concreto. Casi todas las representaciones eran de escenas bélicas. La batalla final de la Gran Guerra Inmortal, se imaginó Lea, la contienda que les había dado a los Maira el poder que poseían actualmente. En un tapiz, la joven creyó ver representaba la escena de un pacto de alianza entre la Sombra y la Niebla y el Agua y el Cristal que había tenido lugar después de que Kendrick llegase al poder; una alianza delicada entre las dos Casas del norte de Elter que no serviría de mucho con la próxima guerra que encaraba la que se encontraba más al sur. Solo los proveerían con armamento, pero no con soldados ni ningún otro recurso; ni siquiera refugio para los ciudadanos feéricos que no fueran a tomar parte en las batallas. Lea se preguntaba el por qué de aquellas escenas en ese piso cuando escuchó los murmullos que provenían de una de las puertas cerradas.

Se quedó muy quieta, con los músculos tensos por si tenía que saltar para esconderse tras un tapiz. Aguzó el oído para escuchar mejor, basculando el cuerpo en dirección al sonido. Entonces, comprendió. En aquel piso era donde se llevaban a cabo reuniones relacionadas con el gobierno del territorio; guerras, pactos, alianzas, matrimonios con intereses políticos... Kendrick no se encontraba en aquella sala; no lo había escuchado hablar, pero por la manera en la que percibía su poder, lo sabía. Continuó

caminando y poniendo la oreja de cuando en cuando. Nada de lo que escuchó le interesaba particularmente. Enterarse de primera mano sobre algo que fuera a pasar con respecto a la guerra con el Viento y la Tormenta era interesante, pero ella estaba allí para...

Se detuvo. El poder que impregnaba el lugar como una pátina de polvo, invisible pero presente, se había intensificado. Trató de buscar de qué sala venía cuando escuchó el chasquido de una puerta al abrirse cerca de ella y una voz conocida que se intensificaba. El corazón le dio un vuelco, pero sus ojos buscaron rápidamente un lugar en el que ocultarse.

Se deslizó tras un tapiz oscuro que representaba una escena de guerra cruenta en tonos borgoña, azul y plata con sigilo, procurando que sus botas no asomasen por debajo. La voz de Brycen llegó hasta ella con claridad, pero el latido desbocado de su corazón no le dejaba discernir sus palabras. Trató de apaciguarlo. Con la fuerza con la que golpeaba su pecho, estaba segura de que si el hermano del Hijo Predilecto escuchaba con la suficiente atención podría oírlo. O peor aún, olerla.

Entonces, escuchó la voz de Kendrick. No sus palabras, solo su voz. Y el corazón de Lea, aunque siguió latiendo desbocado, se relajó. Sus músculos se destensaron y sintió que sus pulmones se llenaban con un aire que no sabía que le faltaba.

Escuchó pasos que se alejaban. Se asomó con cuidado para ver por detrás del tapiz y vislumbró la figura de Brycen alejándose por el pasillo por el que ella había venido. No le dedicó ni una mirada por encima del hombro. Lea miró la puerta, que había vuelto a cerrarse sin que ella lo escuchase.

Tragó saliva, volvió a echar una mirada cautelosa a su alrededor y salió de detrás del tapiz. Cuando tuvo la pesada puerta de roble delante de ella, dudó. Había ido hasta allí de manera totalmente impulsiva. Puede que no quisiera verla, tal vez estaba demasiado atareado... Puede que lo hubiera malinterpretado de nuevo. Ella era tan cría, tan inexperta. Tan impresionable.

Con el corazón volviendo a golpear con fuerza dentro de ella, se echó la capucha hacia atrás y tocó la puerta con los nudillos. Esta se abrió pasados unos instantes en los que Lea no hizo más que preguntarse si debía dar la vuelta y esconderse tras el tapiz de nuevo. Pero de repente, allí estaba Kendrick.

Alto, bien vestido aunque con algunos de botones de la camisa que llevaba por debajo de la chaqueta bordada con el escudo de la Casa en los hombros desabrochados, el pelo perfectamente peinado y su rostro serio.

Las cejas de Kendrick se juntaron cuando su mirada cayó en ella. Lea

esbozó una sonrisa llena de dientes que apenas ocultaba su vacilación.

—Hola —dijo con la voz levemente temblorosa.

Kendrick no contestó. Miró a un lado y a otro del pasillo cuando sus ojos se separaron por fin de ella y luego la agarró del brazo para arrastrarla dentro de la estancia.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó cuando cerró la puerta tras ella.

Lea se encogió de hombros.

—Me apetecía ver la capital y pasar unos días por aquí —respondió, su voz sin temblor en esta ocasión, pero las dudas todavía no la habían abandonado—. Nunca antes la había visto, ni tampoco el palacio —se encogió de hombros—. Pasaba por aquí por curiosidad y pensé en darte una sorpresa. ¿Te molesta?

Kendrick no contestó al momento. Se la quedó mirando con intensidad, mirándola de hito en hito. Su rostro ligeramente coloreado, sus grandes ojos azules inseguros, sus ropas con restos de la caminata hasta la villa y la empuñadura de la espada que asomaba debajo del manto negro. Cuando sus ojos negros volvieron a su rostro, la dureza afilada que había en ellos ya había desaparecido.

Sus hombros cayeron y se pasó la mano por el pelo, despeinándose un poco.

— ¿Tienes idea del lío en el que te meterías si te descubren colándote en el palacio como una ladrona? —dijo finalmente, un ligero tono de reproche tiñendo sus palabras— Y no solo a ti, sino a toda tu gente, Aileana.

No, no lo había pensado demasiado. Sabía lo que podía ocurrir si la descubrían, a ella y a los suyos, pero le había dado igual. O, por lo menos, no le había importado lo suficiente como para dar marcha atrás.

—Sí, lo sé, pero sabía que no iban a cogerme —contestó—. Ya te lo dije, se me da bien moverme entre las sombras —añadió dando un paso hacia él—, y este sitio está plagado de ellas.

Lea apartó la mirada de él e hizo un barrido visual de la estancia de manera significativa, sin fijarse particularmente en nada.

Kendrick negó suavemente con la cabeza.

—Moverte entre las sombras de tu hogar es muy diferente a hacerlo en

este lugar.

La desaprobación y la condescendencia de sus palabras hicieron que Lea se retirase hacia atrás.

—Si quieres que me vaya solo tienes que decírmelo, Kendrick.

La arruga entre las cejas del Hijo Predilecto se hizo un poco más profunda. Dudó, abriendo la boca y volviendo a cerrarla, un gesto que Lea nunca había visto antes. Lo había visto dudar, sí, pero no de una manera tan evidente.

—No quiero que te vayas, Aileana —dijo Kendrick en voz baja. Caminó hacia ella, recortando la distancia que los separaba; en más de un sentido—. Me... alegre de que estés aquí.

Lea sintió como sus labios se estiraban despacio. El alivio destensó su cuerpo y sus pies se movieron, haciendo desaparecer por completo la distancia que la separaba de Kendrick. Los brazos de él se abrieron y ella se acurrucó entre ellos, como había hecho todas las noches durante más de una semana.

—Yo también te echaba de menos, Ken.

La risa del señor de la Casa reverberó debajo de su mejilla. Había comenzado a usar ese diminutivo en broma tres días antes de que él se marchara de Llanrhidian; todos los nombres de los dannan podían abreviarse de alguna manera que sus más allegados o sus compañeros de batalla empleaban con más frecuencia que sus nombres completos. Lea no le había explicado eso a Kendrick, simplemente le había dicho que, por el lugar en el que ella se había criado, se le hacía raro que no tuviera uno.

Se quedaron así un buen rato, o eso le pareció a Lea. Respirando juntos, embebiéndose del olor del otro, del compás de su respiración. Lea se dejaba arrullar por las sombras que susurraban bajo la piel de Kendrick. Él jugueteaba con su pelo mientras que con la otra mano le acariciaba la cintura. Todo era tan deliciosamente familiar...

Cuando Lea se separó por fin de él, se puso de puntillas para darle un beso en los labios. A ambos les hubiera gustado que fuera largo y pasional, pero ella, con su confianza restaurada, tenía otros planes. Se separó de sus brazos, dejando atrás el calor de su cuerpo, y se fijó de verdad en la estancia esta vez.

Amplia, sencilla y majestuosa, como todo en el palacio. Como el propio Kendrick. Lea reparó en el tapiz que había frente a la puerta y que ocupaba gran parte de la pared, encima de una chimenea apagada. No había una escena de guerra, pero el contexto era el de un tiempo oscuro y

lejano en el que los fae y los sidhe todavía luchaban como iguales. En ella se podía ver la figura de un hombre de cabello claro arrodillado, con una espada reposando en sus manos abiertas y con la cabeza baja en señal de sumisión. Una luz blanquecina lo iluminaba. Estaba rodeado por sombras alargadas, similares a serpientes, y niebla espesa que se curvaba a su alrededor como si estuviera viva. Debajo de las rodillas del hombre, podían verse flores de color azul oscuro, destacando entre los tonos oscuros del resto de la escena. El primer Hijo Predilecto de la Sombra y la Niebla recibiendo sus poderes. El primer Maira elegido.

Lea apartó la mirada del tapiz y la desvió al amplio escritorio lleno de papeles perfectamente ordenados que había ante un gran ventanal.

— ¿Qué estás haciendo? Si puedo preguntar —añadió rápidamente.

—Organizar una guerra en caso de que las negociaciones con el Viento y la Tormenta no lleven a ningún lado, que es lo más probable que ocurra.

Lea asintió, conocedora de la situación. Kendrick le había dicho que haría todo lo posible por evitar la guerra, algo que a Lea había pillado por sorpresa cuando se lo dijo.

—No quiero tener que mandar a nadie a la muerte por el capricho de un hombre que cree que tiene que demostrar algo a los suyos y que la mejor manera de hacerlo es masacrando gente inocente —le había confesado, tendido a su lado mientras enredaba los dedos en su pelo—. Gente que está bajo su protección, además de la mía.

—Mi padre dice que las guerras entre los Hijos Predilectos son inevitables —dijo Lea ahora, acercándose despacio hacia el escritorio, aguardando a que Kendrick la detuviera por si había algo que no debía ver—. Aunque uno de los dos no lo quiera, él otro hará lo que sea necesario para que ocurra.

—Tu padre sabe mucho sobre este tipo de riñas.

— ¿Por eso lo dejaste vivir cuando te convertiste en Hijo Predilecto?

Lea siempre había tenido curiosidad por ese hecho. ¿Por qué a su padre y a ningún otro?

Se giró para mirar a Kendrick, que se había quedado unos pasos detrás de ella.

—Lo dejé vivir porque sabía que era alguien con quien compartía una visión parecida de lo que es gobernar una nación.

—Tu padre estuvo a punto de matarlo en más de una ocasión por esas ideas, según me ha contado —replicó Lea sin acritud.

Su padre era el general de una de las legiones más poderosas de la Casa, puede que de todo Elter, le gustaba la acción, pero no anhelaba la guerra. Si de Gwilym dependiese, ninguno de los soldados a su cargo vería jamás un campo de batalla. Muchos le recriminaban esa visión, a pesar de que lo apreciaban como líder. ¿De qué servía todo el entrenamiento si no era para ponerlo en práctica contra un enemigo en la guerra?

—Lo sé —contestó Kendrick—. Nunca cedió ante las sugerencias de mi padre. Por eso siempre lo he querido a mi lado.

Eanraig y Kendrick eran muy similares y muy diferentes al mismo tiempo, o eso le había dicho su padre. Un reflejo en una superficie biselada. Rectos y pétreos, duros y cortantes. Uno había sumido a la Casa en tres guerra diferentes a lo largo de su corto reinado, el otro intentaba evitar la que sería la segunda en más de tres siglos como gobernante.

Lea miró los papeles que había sobre la mesa sin fijarse en lo que ponía en ellos. Pasó los dedos sobre la madera lacada y uno de los tinteros.

— ¿Solo haces... cosas aburridas que tienen que ver con la Casa en este lugar? —preguntó sin girarse.

—Para mí no son aburridas —escuchó tras ella. Notó también que Kendrick se había acercado—. Me gusta ser Hijo Predilecto... en cierto modo —añadió con una mueca en los labios, según pudo apreciar Lea por su tono—. Desearía que a veces fuera diferente, pero me gusta velar por el bienestar de los ciudadanos de la Casa. Pero si te refieres a papeleo, no.

Lea se encontraba valorando sus palabras y cuadrándolas con todo lo que sabía sobre su gobernante, cuando notó el cuerpo de Kendrick pegado al suyo. Colocó sus manos en la cintura de Lea y la aproximó más a él. Ella arqueó la espalda, notando un calor repentino dentro de ella, en su estómago y entre sus piernas. Rozó la evidencia de la excitación de Kendrick a través de la ropa y ese calor aumentó.

—No solo hago papeleo aquí dentro. ¿Quieres que te lo muestre?

Lea asintió con la cabeza. Sentía que la boca se le había secado de repente.

Kendrick subió las manos y acarició sus pechos a través de la camisa mientras la besaba en el cuello, en la mandíbula. Deshizo el nudo de su capa y esta quedó prendida entre sus cuerpos debido a su proximidad.

Una proximidad que Lea sentía que no era suficiente.

Se giró y sus labios volvieron a juntarse, esta vez con más pasión. Lea no se contuvo, y Kendrick tampoco. Ella dejó que le abriera la boca y la explorase como si nunca antes se hubieran besado. Los dedos de Kendrick fueron rápidos mientras la desnudaba, urgentes. Lea lo ayudó a soltar el cinturón con la espada, que cayó al suelo con un tintineo. La camisa, las botas y los pantalones la siguieron con rapidez, cayendo sobre la funda. Perdida en las caricias de los dedos y los labios de su señor, Lea apenas se dio cuenta de que la cogía por los muslos y la sentaba sobre el escritorio. La madera fría fue lo que la devolvió a la realidad.

Llevó las manos al botón de los pantalones de Kendrick, pero este ya los tenía abiertos y bajados lo justo para lo que vendría a continuación. Lea lo miró enarcando una ceja. Kendrick le dedicó una sonrisa ladeada antes de inclinarse para volver a besarla. Con sus labios en movimiento sobre los de ella, Lea notó como sus dedos la tocaban. Allí, en el lugar más sensible de su cuerpo. Arriba y abajo, humedeciéndola, tentando su entrada. Lea jadeó contra su boca, moviendo las caderas, buscando más fricción, más intensidad. Buscándolo a él en su interior. Cuando por fin los deslizó en su interior, Lea dejó escapar un gemido de liberación. Kendrick la correspondió de la misma manera y aumentando el ritmo de sus dedos dentro de ella.

Con la espalda arqueada, Kendrick tuvo mejor acceso al torso desnudo de Lea, a sus pechos. Rodeó con su cálida boca uno de pezones de Lea, lo mordió con suavidad, rozándolo con la lengua. Se tomó su tiempo, sin dejar de penetrarla con los dedos, para luego pasar a su otro pezón. Lea soltó un gemido de protesta cuando su mano libre le apretó el seno que había quedado desatendido. Si seguía así, todo terminaría antes de haberlo tenido dentro de ella de una manera que la llenase más...

Kendrick se separó. Sus manos y su boca la soltaron. Lea volvió a protestar sin palabras, pero él la tomó de las muñecas e hizo que apoyase las manos detrás de su espalda, apartado los papeles y desordenándolos. La tomó de las piernas e hizo que le rodease la cintura con ellas, levantando las caderas. Quedando en la posición perfecta para que Kendrick se guiase a su interior.

—No es la primera vez que haces esto, ¿verdad? —dijo Lea sin aliento después de que la penetrara.

—No, no es la primera vez que follo con alguien encima de este escritorio —respondió Kendrick, su respiración, para orgullo de Lea, levemente trabajosa—. Pero sí es la primera vez que una mujer me deja hacerle esto.

Kendrick llevó las manos a sus caderas y las sombras, como pequeños zarcillos, comenzaron a brotar de sus dedos. El sabor del poder de los dioses se extendió por la boca y la nariz de Lea, mientras los zarcillos subían por su vientre, sus costillas, sus pechos. Mientras Kendrick comenzaba a moverse dentro de ella despacio.

Lea apretó el agarre de sus piernas en torno a él, llevó la mano a los botones de su camisa para quitársela y poder tocar su piel, pero se detuvo. El hecho de que él estuviera completamente vestido mientras ella se encontraba totalmente desnuda tenía un punto muy excitante. Vulnerable, en cierto modo. Pero ella confiaba en él.

Lo besó con la misma intensidad con la que él entraba y salía de ella, con un ritmo duro y lento que poco a poco iba cogiendo velocidad. Cuando Kendrick consiguió separar sus labios de los de Lea, susurró contra ellos:

—Te he echado de menos, Aileana. Esto —dijo con una embestida más dura que le arrancó un gemido ronco a la joven—, a ti, lo que me haces sentir —pasó las manos por su espalda, dejando que sintiera su poder, antes de volver a tomarla de las caderas—. Todo.

Lea iba a contestarle diciéndole que ella también lo había echado de menos. No solo por lo que le hacía sentir cuando estaba dentro de ella, ni su poder sobre su piel, sino todo. Todo de él. Pero entonces la puerta de la estancia se abrió con un chasquido que rompió su burbuja de placer.

—Kendrick, los suministros de la décimo primera legión...

Kendrick dejó de moverse al instante, todavía dentro de Lea, que apretó la cara contra su pecho, escondiéndola tras la cortinilla negra y alborotada que era su pelo. Kendrick la estrechó contra sí, rodeándole la espalda con un brazo y con una mano tras su nuca.

La voz de Brycen sonó detrás de él, divertida y sensual.

— ¿Por qué no me avisaste de que teníamos un descanso?

—Lárgate, Brycen —replicó Kendrick en un tono que Lea nunca antes le había escuchado. Pausado, pero con una tranquilidad igual de fuerte que la escarcha de un charco en invierno.

La joven dannan escuchó pasos que se acercaban.

—Vamos, Kendrick...

— ¡Lárgate!

La voz de Kendrick rebotó en toda la estancia. Igual que su poder.

Lea sintió un estremecimiento recorriendo todo su cuerpo y apretó más el rostro contra la tela de su camisa. El corazón le palpitaba tan fuerte que estaba segura de que los dos Maira podían escucharla.

—Tranquilo, hermano —dijo Brycen cuando dejó de escucharse el eco de la voz de Kendrick. El pequeño de los hermanos soltó una risa baja, pero Lea creyó apreciar un temblor en su voz cuando habló—. No hace falta ponerse así por una diversión de un rato.

Más pasos, esta vez en la dirección contraria. La puerta se cerró y la sala volvió a sumirse en un silencio solo interrumpido por respiraciones pesadas y corazones desbocados.

Después de lo que a Lea le pareció una eternidad, Kendrick salió de ella con brusquedad, arrancándole una mueca de dolor, pero él no la vio. Se separó varios pasos dándole la espalda, recolocándose la ropa y volviendo a abrocharse el pantalón. Lea se quedó sentada en la mesa un momento, el frío repentino mordisqueando su piel desnuda. Se bajó del escritorio, notando el cuerpo entumecido, y recogió su camisa del suelo para taparse un poco. Su desnudez, de pronto, la incomodaba.

—Eso no me lo esperaba —murmuró finalmente.

Kendrick tardó un instante en contestar, probablemente leyendo lo que había dentro de la cabeza de Lea para poder interpretar su comentario.

— ¿Preferirías que se hubiera quedado?

— ¡No! —exclamó Lea sin poder contener una mueca de desagrado. La sola idea de que Brycen le pusiera la mano encima la repelía; lo que había conocido de él durante su estancia en Llanrhidian contribuía a ello— Es solo que me ha cogido por sorpresa. No me imaginaba que fueras de los que les gusta compartir durante el sexo.

Y menos con tu hermano añadió mentalmente, consciente de que Kendrick podía oírla.

—Tiene su punto interesante —concluyó él con un tono frío e impersonal, mirándola por fin.

Ni la entonación ni la dureza de su mirada hicieron que Lea se sobrecogiese.

—Entonces, ¿por qué le dijiste que se largase? No soy una cría en todos los

aspectos, Kendrick, ya lo sabes.

Ella dejó que determinados recuerdos salieran a la superficie para que él pudiera verlos. Recuerdos en los que él no estaba implicado, pero que tenían que ver con la vida íntima de Lea. Con las cosas que había hecho en una cama con más de un acompañante.

Kendrick enarcó una de sus cejas.

—No creo que eso te gustase con él, Aileana —replicó el Hijo Predilecto suavizando su tono.

Lea no le pidió que concretase más. Brycen era un ser que desprendía frialdad, pero no de la manera en la que el poder de Kendrick lo hacía. Lo de Brycen era el tipo de sensación gélida que produce el miedo al saberse observado, acechado. El frescor del poder de la Casa era como el de la bruma húmeda antes del comienzo de un nuevo día.

Lea apartó esos pensamientos de su mente antes de que Kendrick pudiera indagar demasiado en ellos y recogió su ropa para vestirse sin mediar palabra. Cuando dejó su manto negro sobre la mesa del escritorio para atarse el cinturón con la espada, sus ojos volaron al estropicio que ella y Kendrick habían dejado en la mesa. Esta vez, su mirada sí se detuvo a leer lo que ponían los papeles.

— ¿Seguís planteándoos la posibilidad de que las mujeres puedan formar parte del ejército?

Kendrick, que había ido hasta el ventanal para arreglarse el pelo desordenado, se giró hacia ella. Miró los papeles que Lea había leído antes de contestar.

—No. Actualmente ese tema está paralizado y dudo mucho que siga adelante. No hay el apoyo suficiente para ello —añadió, su mirada cruzándose por fin con la de Lea—. Lo siento.

Lea no dijo nada. No podía. Sentía un nudo oprimiendo su garganta y su estómago. Su demostración con Deian no había servido para nada, igual que todo lo que le había dicho sobre sus deseos de poder formar parte en la batalla como una más entre sus compañeros masculinos. No porque de verdad le interesase la guerra o porque la idea de matar feéricos en un campo de batalla la excitase como a otros, sino porque quería poder elegir hacerlo o no. No que se lo negasen sin darle la opción.

Él había intentado tirar adelante con aquel sueño, se dio cuenta mirando lo que ponía en los documentos. Había intentando que el deseo de Lea se hiciera realidad. No lo había conseguido. Y si el gobernante de la Casa no

había sido capaz...

—Deberías irte —escuchó decir a Kendrick. Lea tragó saliva intentando deshacerse del puño que rodeaba su garganta—. Yo tengo trabajo que hacer y tú no deberías de estar aquí; si te descubren podrías...

— ¿Sabes dónde está la casa de mis padres en la capital? —lo cortó ella sin miramientos, cogiendo la capa del escritorio con tanta brusquedad que casi tira un tintero. Cuando Kendrick asintió con la cabeza, prosiguió— Bien, pues si cuando estés libre de tus obligaciones todavía te apetece verme, allí estaré. Me quedaré aquí cinco días. Sin prórrogas.

Su comentario final no era una amenaza, a pesar de haber sonado como una. Solo era un comentario informativo, aunque puede que no del todo inocente. Lea le estaba dando a elegir.

—Hay una puerta detrás del tapiz que hay al final del pasillo —dijo Kendrick con suavidad sin apartar la mirada de ella—. Si sigues las escaleras, llegarás a los jardines que hay detrás del palacio. Sigue hasta el final y llegarás un cenador de piedra; hay una salida detrás de los setos. A esta hora no habrá nadie.

Lea asintió en silencio antes de ponerse la capa y marcharse igual que había llegado. Una sombra escurridiza en el hogar de las tinieblas y la bruma.

Capítulo 10

La joven guerrera entretuvo pintando el resto del día. Solamente se detuvo en la capital para comprar los ingredientes que necesitaba para hacer una salsa que su madre le había enseñado hacía poco. Una receta elaborada que llevaba tiempo y requería pelar y trocear un montón de cosas, pero eso era lo que necesitaba en aquel momento. Los trabajos manuales que requerían cierta concentración, como cocinar o pintar, la relajaban y la ayudaban a ordenar sus ideas. Normalmente. Aquel día parecía ser una excepción.

Cuando escuchó tres golpes firmes en la puerta de la entrada, el arrepentimiento por haber cocinado sopa y carne asada como para alimentar a todo un escuadrón dannan desapareció por un instante. Todavía no se le daba bien calcular las cantidades cuando tenía que cocinar para ella sola.

Antes de abrir la puerta ya sabía quién estaría al otro lado, pero no por ello su corazón latió con menos intensidad. Más bien, fue todo lo contrario. Y cuando lo tuvo delante, Lea sintió que la mezcla de emociones que la habían embargado mientras abandonaba el palacio volvían a asaltarla, pero esta vez más ordenadas. Más legibles.

—Que considerado por tu parte haber llamado a la puerta —dijo cuando la figura del Hijo Predilecto apareció ante ella.

Kendrick esbozó una sonrisa que hizo brillar tenuemente sus ojos negros. Lea tuvo la sensación de que se veía más cansado que por la mañana.

— ¿Esperabas que me colase como un ladrón? —dijo cuando la puerta del apartamento se cerró tras él.

—No, esa es mi especialidad. Tú eres más formal. ¿Has cenado? —preguntó tras un breve silencio en el que Lea se fijó mejor en él.

Llevaba la misma ropa que antes, pero menos arreglada. El cuello abierto de su camisa asomaba por encima de la chaqueta negra bordada de azul. Su cabello rubio platino estaba ligeramente despeinado, y Lea tuvo el presentimiento de que no se debía a la leve brisa que había ido cogiendo fuerza según avanzaba la tarde.

Kendrick negó con la cabeza, sus fosas nasales abriéndose y cerrándose discretamente, percibiendo el olor que llegaba de la cocina.

—Pues espero que te guste la sopa de remolacha —respondió Lea dirigiéndose a esa estancia—. Seguro que en palacio no se sirven platos

como este —comentó con sorna mirándolo por encima del hombro.

—No tengo mucha hambre.

Lea se detuvo. Se apoyó contra el marco de la puerta con las manos tras la espalda y lo miró detenidamente. Kendrick dejó que lo hiciera, con los hombros levemente caídos y las manos abiertas a los lados de su cuerpo. Ella habría jurado que las manchas oscuras que tenía bajo sus ojos no estaban por la mañana.

— ¿Ha ocurrido algo después de que yo me fuera?

—Brycen me ha preguntado con quién estaba cuando nos descubrió —contestó Kendrick—. No le he dicho que eras tú, obviamente —añadió cuando Lea puso los ojos en blanco.

Ella aguardó a que continuase, pero Kendrick no lo hizo. Sus ojos se perdieron en un punto a la altura de uno de sus hombros. En la melena atada en una trenza negra que caía hasta casi a la altura de su cintura y que contrastaba contra el sencillo jersey blanco que llevaba.

Cuando Lea se dio cuenta de que Kendrick no continuaría, preguntó:

—No es eso lo único que ha pasado, ¿verdad?

El Hijo Predilecto negó con la cabeza.

—No sé por dónde empezar, Aileana —susurró de manera casi imperceptible.

—Prueba por el principio.

—He vuelto a intentar convencer a Brycen y a los miembros del Consejo para que permitan que las mujeres formen parte del ejército —dijo tras una pausa en la que se pasó la mano por el pelo, despeinándolo más—, aunque solamente sea a las dannan, porque ya estáis entrenadas.

Lea volvió a quedarse callada. Cuando no obtuvo respuesta, le hizo una seña a Kendrick para que lo siguiera al interior de la cocina. Le indicó que se sentase y mientras servía un poco de sopa en dos cuencos, dijo de espaldas a él:

—No has conseguido convencerlos.

—No.

Lea no respondió. Solo se limitó a agarrar la cuchara de latón con más

fuerza, hasta que se le pusieron los dedos blancos.

—Ni siquiera soy el auténtico gobernante de mi Casa, Aileana —escuchó decir detrás de ella—. Soy la cabeza visible, por decirlo de alguna forma, pero detrás hay mucho más de lo que se ve.

Lea lo sabía. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que las cosas funcionaban de una manera muy distinta a como ella pensaba; los Hijos Predilectos eran figuras de poder autoritarias y nada ocurría en sus Casas sin su consentimiento definitivo, pero detrás de ellos había un entramado de aristócratas, generales y consejeros que dictaban qué era aceptable y qué no. Una red más resistente que la tela de una araña.

—No he conseguido convencerlos —prosiguió Kendrick—, así que he establecido una ley sin su apoyo. No es habitual, pero puede hacerse.

Lea se giró bruscamente con los dos cuencos en la mano. El contenido de uno de ellos desbordó un poco y unas gotas púrpuras cayeron sobre el suelo.

—Has dicho...

—Cuando no consigo lo que quiero de buenas maneras, siempre puedo recurrir a mi poder y a mi estatus —la cortó Kendrick con suavidad—. Son formas menos elegantes, pero a veces son necesarias.

— ¿Lo has hecho por mí, o porque de verdad piensas que las mujeres deberíamos tener ese derecho? —preguntó Lea después de dejar los cuencos con sopa sobre la mesa, todavía terminando de procesar lo que Kendrick le había dicho. Y lo que implicaba.

—Siempre he pensado que las mujeres deberían tener la oportunidad de unirse al ejército si así lo deseaban —dijo el Hijo Predilecto removiendo la comida con desgana—. Ya había conocido a algunas que me habían expresado su deseo de tener esa opción, pero nunca a ninguna tan... —levantó la mirada con una ceja enarcada y una sonrisa muy pequeña en sus labios— perseverante.

Lea hizo una mueca antes de sentarse delante de él.

—Tienes que salir más del palacio, Ken.

Se llevó la cuchara a la boca y probó la sopa, que resultó estar más buena de lo que había sospechado. Pero Lea apenas prestaba atención al sabor de la comida. Su mente seguía dando vueltas.

Por fin iba a poder elegir. Ella y todas las mujeres dannan. Puede que incluso aquella reforma acabase extendiéndose a todas las mujeres de la

Casa, o tal vez no, pero por lo menos era mejor que nada y lo más importante: era un comienzo. Si demostraban que podían luchar a la par de los hombres en la guerra contra el Viento y la Tormenta, quedaría demostrado que las mujeres también podían ejercer como soldados no solo en aquella, sino en cualquier otra situación futura en la que el ejército fuera necesario. Lea nunca había querido formar parte de las milicias de la Sombra y la Niebla de manera permanente, como una soldado de profesión, pero siempre había deseado proteger lo que era suyo. Su tierra, su hogar, su gente, su presente y su futuro.

—No tienes miedo de mi poder.

Lea no contestó al momento. Se quedó mirando los restos de caldo purpureo antes de alzar la mirada y dirigirse a Kendrick.

—No tengo miedo del poder que te concedieron los dioses. Nunca me ha dado miedo —añadió despacio, reconociéndoselo tanto a él como a sí misma. No, nunca le había dado miedo; más bien, lo que había sentido era curiosidad y cierta fascinación—. Pero antes sí te lo tenía como dirigente de la Casa. No me da miedo lo que hay dentro de ti, Kendrick —finalizó inclinándose hacia delante, queriendo aproximarse a él.

No, nunca habría definido lo que sentía hacia su poder como miedo. Respeto era una palabra más apropiada, además de atracción. La atracción por estar en contacto con el poder de los dioses que les habían dado la vida.

—A mí a veces sí —replicó el Hijo Predilecto dejando la cuchara dentro del cuento. Lea se sorprendió al descubrir que había comido toda la sopa que le había servido—. Es extraño —volvió a hablar, y ella se quedó muy quieta escuchando—. Es como tener a alguien más viviendo en tu interior. En ocasiones habla, sobre todo cuando estoy... muy al límite. Esta mañana —dijo clavando sus ojos de noche sin luna en Lea—, cuando Brycen entró en el despacho, lo sentí. Y tú también —una pequeña arruga apareció entre las cejas de Kendrick—. Y no tuviste miedo.

—No —contestó ella sin vacilar.

Lea notó cómo los músculos de Kendrick se tensaban bajo su ropa, aunque apenas se hubiera movido. Era un cambio muy sutil, pero ella estaba acostumbrada a verlo en los campos de entrenamiento o en la naturaleza. Un animal agazapado, esperando para saltar o que lo atacasen. Lea no cambió su postura; no sentía que fuera necesario.

—No estoy acostumbrado, Aileana. Nadie me había dejado hacerle esto nunca antes —una sombra alargada y con aspecto de pequeño oficio apareció junto al plato de Lea. Se enroscó alrededor de su muñeca, la frialdad de la oscuridad mordiéndole la piel allí donde la tocaba. Lea abrió

la mano y dejó que la serpiente hecha de humo se deslizara hasta su palma—. Y me da miedo.

Lea apartó la mirada de su mano y la dirigió hacia Kendrick frunciendo el ceño.

— ¿Por qué?

Él tenía la vista clavada en la serpiente, que se deslizaba suavemente entre los dedos de Lea como si se tratase de una cría juguetona. Una pequeña víbora que todavía está aprendiendo a controlar el veneno que suelta en cada mordisco.

—Porque tengo miedo de que no sea real.

—Sabes que es real, Kendrick. Puedes verlo dentro de mí.

Una sonrisa cansada apareció ahora en su rostro.

—La mente puede engañar, Aileana —dijo mirándola—. Ya me ha ocurrido antes.

Lea se estremeció cuando la serpiente se vaporizó entre sus dedos.

—Yo no sé mentir, Ken, para mi desgracia a veces —replicó ella—. Yo también tengo miedo de no saber leerte, ¿sabes? Tengo miedo de no saber interpretar lo que descubro de ti cuando no llevas la corona puesta.

Al principio había pensando en sus expresiones serias e indiferentes como máscaras, pero se había dado cuenta, poco antes de que Kendrick se marchase de Llanrhidian, que lo que el Hijo Predilecto empleaba para ocultar lo que de verdad sentía o deseaba no era una careta. Kendrick usaba las sombras que la corona de la Casa proyectaba sobre su rostro incluso aunque no la llevase puesta para esconderse.

—Lo sé —contestó él—. Ni siquiera yo sé interpretarme a mí mismo muchas veces.

—Creo que eso le pasa a todo el mundo —apuntó Lea, conciliadora.

—Es diferente —negó él—. No todo el mundo vive con una especie de dios irascible dentro de su cabeza.

Lea abrió la boca, pero volvió a cerrarla en el acto. Contempló la fina neblina negra que emanaba de la piel de las manos de Kendrick, como el humo de un pequeño fuego oculto en su interior. Lea tragó saliva antes de

hablar por fin.

—Muéstramelo.

—No.

La respuesta fue tajante, cortando el aire como la finta hecha por una espada. Y fría. Tan fría que hizo que Lea se estremeciese. Pero no lo suficiente como para ceder.

—No tengo miedo, Kendrick.

—Pero yo sí.

Lea cerró las manos y las convirtió en puños, sus uñas largas clavándose en la piel sensible de las manos. Dudó, pero finalmente se inclinó y salvando la distancia que la separaba de Kendrick, sus dedos tocaron la muñeca del Hijo Predilecto.

—No voy a irme. A no ser que tú me lo pidas.

Había tenido la oportunidad de dejar aquello atrás en varias ocasiones desde que había comenzado. Él se lo había recordado una y otra vez, cada noche que se encontraban, y la respuesta siempre había sido la misma.

—No puedo —dijo Kendrick.

Lea fue a insistir, pero lo que vio en los ojos de Kendrick la persuadió de hacerlo. Sus ojos negros estaban velados de tormenta.

—De acuerdo.

—Debería volver —dijo el Hijo Predilecto rompiendo el silencio espeso que se había instalado entre ellos después de que Lea cediera—. Hay una fiesta con motivo del final de año. Hoy y todas las noches hasta Samhain —se frotó un ojo, como si la simple idea de lo que acaba de decir lo embargara de cansancio—. Algunos celebran que vaya a haber una guerra después de tanto tiempo sin derramar sangre ni prender fuego a una Casa.

Lea asintió en silencio, de acuerdo con las palabras de Kendrick. Algunos habían esperado aquella guerra como la lluvia tras una sequía que había diezmado los campos; en este caso, los mermados habían sido ellos mismos, demasiado pequeños para contener los anhelos de sangre y destrucción que pugnaban en su interior.

Lea esperó a que Kendrick se levantara para hacer ella lo mismo y acompañarlo a la puerta, pero él no se movió. Se había quedado con la vista clavada en los restos de líquido oscuro de su plato, con las palmas

de las manos apoyadas sobre la mesa, como a medio camino de levantarse.

—Tú no quieres volver —dijo Lea con mucha suavidad.

Kendrick tragó saliva. Su garganta fue lo único que se movió en su cuerpo.

—Debería...

— ¿Y lo que quieres? —atajó ella, imaginándose el discurso cargado de responsabilidad que vendría— Eres el Hijo Predilecto de esta Casa y uno de los elegidos por los dioses para llevar su poder dentro de ti, Kendrick. En el fondo, sí puedes hacer lo que quieras...

—Tú no crees en Padre y Madre —cortó ahora él.

—Sí creo en ellos, como todos los dannan —replicó Lea—, pero no de una manera tan ferviente como el resto de los feéricos. Los respeto, y no les tengo miedo.

—Deberías —repitió él mirándola.

Lea se encogió de hombros.

—Hay muchas cosas que debería hacer y no hago pero, ¿qué se le va a hacer? —replicó con un tono ligero y jovial.

Kendrick se la quedó mirando con detenimiento, de una manera que hizo que Lea se sintiera incómoda y que se arrepintiera de lo que había dicho.

—Te envidio —dijo Kendrick, su voz poco más que un susurro.

Lea parpadeó, a punto de reírse de incredulidad. No iba a replicar que era ella quien lo envidiaba a él, pues no era así, pero jamás había pensado que hubiera nada que ella tuviera y que otros pudieran ansiar, aunque tampoco se quejaba de su vida. Siendo hija de quien era, siempre había tenido privilegios que otros no, tanto hombres como mujeres. Pero entonces, con Kendrick delante, lo vio. Ella nunca había tenido que responder ante nadie, solo en contadas ocasiones ante sus padres cuando era más chiquilla. Siempre había sido una criatura libre y salvaje. Porque lo había elegido. En ese sentido, ella sí había podido elegir.

Se pasó la lengua por los labios antes de volver a hablar.

— ¿Sabes lo que yo envidio? Las vistas que tienen los ciudadanos de esta ciudad por las noches —dijo con una sonrisa, el recuerdo de la ciudad con el manto de la noche sobre ella saliendo a la superficie—. ¿Vienes a verlas

conmigo?

Kendrick pareció dudar, pero finalmente se levantó y siguió a Lea hasta el salón. La joven no prestó atención a las miradas que le lanzó al lienzo que terminaba de secarse apoyado contra la pared ni a las hojas pintadas con carboncillo que había sobre la mesa, y abrió la ventana. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando el viento frío y con olor a mar le acarició las mejillas.

Abrió los ojos, inconsciente de que los había cerrado para disfrutar del tacto de la brisa otoñal, y los clavó en la ciudad a sus pies. El apartamento de sus padres se encontraba en las afueras, donde el terreno comenzaba a elevarse para formar las colinas que actuaban como barrera natural para cualquiera que quisiera llegar hasta allí por tierra. Al otro lado, el mar había tallado la roca dura y oscura con perseverancia, formando acantilados de aristas ya redondeadas y una playa amplia que Lea no se cansaba de mirar.

Los puntos de luz que salpicaban la ciudad parecían un reflejo de los que iluminaban el cielo despejado, como la superficie de un lago por debajo de la cual la vida se mueve de un lado a otro. Lea se había preguntado si su mundo sería eso para los dioses que vivían más allá de los cielos, en Tír na nÒg; una charca más en la que echar un vistazo de vez en cuando para ver si había ocurrido algo interesante, si sus habitantes se habían masacrado ya unos a otros al descubrir que lo que el pequeño ecosistema podía proporcionarles en conjunto no era suficiente.

—Pensé que preferirías las vistas desde los acantilados de Llanrhidian
—escuchó decir a Kendrick a su lado.

Perdida en la visión de la ciudad, ni siquiera se había dado cuenta de que sus hombros se rozaban.

—Y las prefiero, pero estas tampoco están nada mal. No hay nada parecido a esto en mi tierra —añadió contemplando los altos edificios que se erguían desafiantes hacia el firmamento.

El teatro, el mercado principal, los almacenes del puerto... No había ningún templo en el que rendir tributo a los dioses; las deidades de los feéricos no se veneraban entre cuatro paredes con un techo encima, en medio de una urbe, sino en la naturaleza, al aire libre. Los inmortales reservaban determinados lugares de culto para sus dioses, pero jamás a cubierto. Su divinidad era demasiado grande como para contenerla en una estancia, por amplia que fuera.

—En el palacio tampoco —contestó Kendrick, colocando una mano cálida en

la parte baja de la espalda de Lea.

El cuerpo de la joven se pegó al suyo, pasando los brazos alrededor de su cintura. Lea perdió de vista la ciudad cuando los labios de Kendrick se posaron en su coronilla y ella cerró los ojos. Sintió el poder de Kendrick, el que venía de los observadores de su pequeña charca allí, bajo el cielo salpicado de estrellas, revolverse bajo su piel. Una vibración baja y constante, como una nota sostenida. Aquel acorde que variaba según el estado de ánimo de Kendrick o de lo que él desease, componía una canción cuyo efecto iba directo a su sangre y al tuétano de sus huesos. Una canción salvaje y ancestral que despertaba algo dormido en su interior. La turbaba, pero...

—No tengo miedo —dijo Lea pegando más la mejilla al pecho de Kendrick, escuchando el latido de su corazón.

Él tardó en contestar, entretenido en los mechones que caía por la espalda de Lea y se escapaban de su trenza.

—Vas a tener que darme un poco de tu valentía, Aileana —susurró contra su pelo.

—Ser valiente no significa no tener miedo —replicó Lea—. Significa estar asustado y hacer frente a aquello que nos atemoriza.

Kendrick resopló sobre su melena.

—Tendrás que ayudarme con eso también —tragó saliva—. Si quieres.

Lea se separó para mirarlo. Su piel pálida parecía brillar con la luz de la luna y sus ojos negros reflejaban los puntos de luz de la ciudad. Parecían pequeñas ventanas a su interior. Lea estaba reflejada en ellos.

Se puso de puntillas y lo besó. Kendrick la rodeó con ambos brazos, pegándola más contra su cuerpo, y dejó que fuera Lea la que marcara el ritmo del beso. Era lento, pero no de una manera desquiciante, sino todo lo contrario. La sensación de calidez y humedad de la boca de Kendrick sobre la suya era agradable, relajante de una manera casi balsámica. Lea bajó las manos del pelo de Kendrick, dejando de alborotar sus hebras de color plata, y comenzó a desabotonar su chaqueta. Luego, la camisa. Él dejó que expusiera su piel a la frescura de la noche sin apartar apenas sus labios de los de ella.

Por primera vez, quien acabó encontrándose totalmente desnudo mientras la otra estaba vestida, fue Kendrick. Lea lo contempló, y él se lo permitió. Dejó que las sombras se asomasen y que su poder vibrase con más fuerza, respondiendo a las caricias de Lea sobre su pecho, su vientre y su espalda, sobre los besos que fue depositando allí donde lo tocaba con los

dedos.

Lea lo empujó con delicadeza para que se sentase en el sofá. Cuando Kendrick lo hizo, fue ella quien pasó a deshacerse de la ropa. Las prendas cayeron al suelo con un sonido amortiguado y Lea se quedó delante de él, siendo ella ahora la observada. Kendrick paseó su mirada de arriba abajo, pero cuando sus ojos negros se encontraron con de color cobalto de ella, ya no se movieron de ahí. La noche más oscura y el tímido comienzo del amanecer.

Lea se arrodilló delante de él igual que la primera vez; él separó las piernas para que ella tuviera más espacio y se pudiera colocar entre ellas. Lo rodeó con una mano y lo acarició despacio, sin perderlo de vista. Sin perderse ni un solo detalle de su rostro tremendamente expresivo para ella en ese momento, ahora que sabía leerlo. Se lo metió en la boca sin dejar de mirarlo, comenzó a mover su boca y su lengua alrededor de su miembro duro y suave, disfrutando de lo que le hacía, de cómo él comenzaba a deshacerse con su tacto. Sonrió cuando le apartó el pelo a un lado para poder ver mejor lo que le hacía y cómo se lo hacía.

Lea se tomó su tiempo antes de levantarse. Se sentó a horcajadas sobre él y lo guió a su interior, bajando con cuidado, las manos de Kendrick acariciando la piel de sus caderas. Comenzó a mover las caderas adelante y atrás despacio, pero sin timidez. Rodeó su cuello con los brazos y volvió a besarlo con la misma cadencia que hacía unos momentos, deteniéndose a sentirlo como nunca antes había hecho, saboreando todos los matices.

Sin miedo.

Kendrick, sin embargo, temblaba debajo de ella, y Lea sabía que no era por viento helado que entraba por la ventana abierta ni por el placer de sus movimientos. Sintió que algo dentro de ella crujía, se astillaba y se clavaba en su pecho.

—No tengo miedo —dijo con los labios pegados a su oreja para que no se perdiera ni una sola de las palabras—. No te tengo miedo. No tengo miedo de esto, de lo que hay en ti —declaró acariciando sus hombros, pasando los dedos por las volutas de oscuridad que rodeaban su piel—. Kendrick.

Él gimió y ella se separó para mirarlo. Había miedo en sus ojos, se dio cuenta Lea, miedo puro y angustioso. Supo lo que era porque nunca antes lo había visto allí, en su mirada. Solo habían pasado dos semanas juntos y apenas habían compartido unas cuantas horas robadas antes del amanecer, pero Lea estaba segura de haber visto en el semblante del Hijo Predilecto de la Sombra y la Niebla más emociones que ningún otro feérico en la Casa.

Lo besó despacio, con ternura y al mismo tiempo con pasión. Sintió que su corazón se aceleraba y sus mejillas se enrojecían escasos momentos antes de que sus ojos empezaran a humedecerse. Él clavó los dedos con más fuerza en su carne cuando eso ocurrió.

Lea repitió la misma letanía para Kendrick una y otra vez hasta que su cuerpo dejó de temblar de miedo y lo hizo de placer. Lo estrechó contra su cuerpo mientras se dejaba ir en su interior con un jadeo, con la cara escondida en su melena negra.

Tomó su rostro entre las manos y lo miró, a él, a sus ojos, a lo que había tras sus irises negros. Kendrick, desarmado y rendido, dejó que lo hiciera. Lea notó como la niebla se extendía en el interior de su cabeza como la bruma bajando de una montaña. Era fría y escurridiza; le recordó a la piel de una serpiente. En el interior de sus escamas brumosas, se reflejaban imágenes, estáticas o en movimiento. Escenas como las de los cuadros y los tapices que cubrían los pasillos del palacio. No eran las mismas, aquellas contaban la historia de los Maira; las que Kendrick le mostraba eran su propia historia. Como Maira y como Kendrick.

Lea sabía que no le estaba mostrando todo, pero no le importó. No podía pedirle que le enseñase siglos como gobernante en solo un instante, porque él todavía no estaba preparado para abrirse así a ella. Lea tampoco estaba segura de ser capaz de afrontar tanto de una manera tan. Pero al menos, era un paso más.

La niebla se retiró, sigilosa, y Lea volvió a enfocar la mirada en Kendrick. Sus ojos ya no mostraban miedo, sino resignación.

— ¿Lo aceptas? —susurró.

Lea asintió con la cabeza.

—No tengo miedo.

Kendrick dejó escapar un suspiro y la atrajo hacia sí. Apoyó su frente en la de ella y ambos compartieron aliento durante largo rato, hasta que él hizo que se bajase de su regazo y la llevó hasta la habitación, dónde le devolvió el placer y la paz que ella le había dado hasta el cielo se tiñó de azul cobalto.

Capítulo 11

Lea regresó de sus recuerdos con un parpadeo. Su vista se enfocó en la pared del cuarto detrás de Kendrick. La penumbra estaba comenzando a adquirir un tono azulado oscuro y ella no pudo contener la mueca que se formó en su boca ante lo que eso significaba.

Levantó la vista hacia Kendrick y, una vez más, lo descubrió mirándola.

— ¿En qué estás pensando? —le preguntó.

—En lo mismo que tú —respondió él. Lea no había sentido ningún pinchazo que le advirtiese de que se había colado en el interior de su cabeza para ver lo que había dentro de ella, pero el Hijo Predilecto no necesitaba hacer eso para saber lo que la joven guerrera pensaba. Ya no—. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes —prosiguió jugueteando con su pelo—. Ojalá... —vaciló, y Lea se tensó ante ese gesto tan poco habitual en él— ojalá hubiéramos tenido más tiempo —observó las hebras negras entrelazadas entre sus dedos de la misma manera en que las sombras se curvaban a su alrededor cuando las convocaba con su poder—. Me habría atrevido a decírselo a tu padre y le habría pedido permiso para hacer las cosas bien. Te habría cortejado como es debido.

Lea apartó el rostro para mirarlo mejor.

— ¿Pedirle permiso a mi padre para cortejarme?

—Si tú lo hubieras querido, por supuesto —replicó Kendrick con una sonrisa.

—No me arrepiento de cómo han sido las cosas —contestó Lea después de sopesar sus palabras—. Si todo hubiera sido diferente tal vez no estuviéramos aquí. Juntos.

—Creo que de una manera u otra tú y yo habrías acabado así, Aileana.

Lea enarcó una ceja negra de la misma manera que él hacía con las suyas rubias sin darse cuenta.

— ¿Creéis en el destino, mi señor?

—No. Puede que a los dioses no les gusten estas palabras, pero no, no creo en el destino. Tú eres... —Kendrick volvió a vacilar, y Lea sintió que el espacio para su corazón tras las costillas se hacía más pequeño— encajas conmigo de una manera que nadie antes había hecho. De la misma manera que yo contigo —ahuecó una mano en la mejilla de la dannan para enfatizar sus palabras—. Lo que creo, Aileana, es que los seres como

nosotros tarde o temprano acaban encontrándose, porque se atraen y se buscan. Cuando se encuentran por fin —añadió en un tono de voz tan bajo que ella apenas pudo escucharlo—, ya nada puede separarles. Nada que no sea la muerte o los dioses. Me gustaría gritarles a esos dioses y todos en esta Casa que yo te he encontrado a ti, Aileana Carys Fforddludw.

Lea se quedó callada largo rato, mirando la negrura infinita en los ojos de Kendrick, tratando de encontrar allí el sentido a las palabras que habían quedado suspendidas entre ellos. Cuando volvió a hablar, su voz fue apenas un susurro.

— ¿Me estás pidiendo que me case contigo?

El ceño de Kendrick se estremeció, pero no llegó a fruncirse ni a componer ninguna expresión concreta. Probablemente hubiera esperado alguna réplica sarcástica por parte de Lea, algo que hiciera referencia a su inusual muestra de romanticismo.

—Sí —contestó con voz firme.

Por toda respuesta, Lea dijo:

—Si ganamos la guerra y los dos salimos vivos, seré yo la que te pida matrimonio a ti, Kendrick.

Esta vez, el que se quedó muy quieto interpretando las palabras fue Kendrick. Lea le dedicó una sonrisa, amplia, sincera y enmarcada por unos labios carnosos. Una sonrisa que perduró a un cuando quedó cubierta por la boca de Kendrick.

—Deberías irte. El cielo tiene ya el color de tus ojos.

Lea miró por encima de su hombro, hacia la ventana que le confirmaba que las palabras de Kendrick eran ciertas. El firmamento presentaba un intenso tono azul oscuro, pero todavía podían verse las estrellas y la luna con claridad. No había rastro de colores rosados o cobrizos que anunciaran que el sol estaba a punto de dar comienzo a un nuevo día en Elter. Un día más cerca de la guerra.

Lea se giró de nuevo hacia Kendrick y lo atrajo más hacia ella, con las dos manos entrelazadas en su nuca. Lo besó y se movió hasta quedarse boca arriba, arrastrándolo consigo y haciendo que se tumbase sobre ella.

Capítulo 12

Cuatro días después de que Kendrick le pidiera matrimonio, Lea se encontraba preparándose en el que sería el escenario de una batalla inminente entre dos de las Casas de Elter. Rodeada de los suyos, con un arco preparado entre sus dedos, contempló cómo Kendrick avanzaba solo hacia el Hijo Predilecto de la Casa del Viento y la Tormenta.

Lea cambió el peso de una pierna a otra con nerviosismo, y la nieve sucia crujió bajo sus botas. Tres días atrás se había celebrado Yule allí, en Tierra de Nadie. El solsticio de invierno era una celebración familiar, un tiempo para estar con los más allegados, tanto con los que se compartía sangre como con quienes no. Ambas Casas habían decidido dejar la batalla en la que se decidiría el vencedor de la guerra para después de aquella festividad. Para muchos sería la última oportunidad de volver a estar con sus seres queridos y honrar a los dioses en una fecha señalada como aquella.

Maeve había venido con el pequeño Rhys de tres años. Al principio, su intención había sido pasar aquel día con su marido y su hija para luego regresar a la seguridad de su tierra, pero finalmente había decidido quedarse. Lea y Gwilym trataron de convencerla para que cambiase de opinión, argumentando que si a ellos les ocurría algo todavía quedaría alguien en la familia que se ocupase del niño.

—Rhys no va a quedarse solo —había sentenciado Maeve en un tono que no admitía réplica—. Los tres vamos a volver para cuidar de él cuando todo este juego de egos termine.

Kendrick se había referido a la guerra con la Casa situada más al sur en el continente de Elter de la misma manera. Una eterna batalla de egos que él y el actual Hijo Predilecto de Viento y Tormenta habían heredado de sus tatarabuelos. Una confrontación que había comenzado durante la celebración del Mabon muchos siglos atrás, en una reunión que los Hijos Predilectos celebraban en fechas señaladas como los solsticios y equinoccios para ellos honrar de manera especial a quienes los habían bendecido con su estatus. Según tenía entendido Lea, todo había comenzado por una partida de cartas. Sí, los señores fae jugaban a las cartas en aquellas reuniones tan destacadas, siempre y cuando no hubiera ningún conflicto importante que debatir, entre otras muchas cosas que Kendrick no había querido concretarle demasiado. Todo había comenzado porque uno había llamado tramposo al otro, los ánimos empezaron a caldearse cuando las acusaciones fueron más allá del plano recreativo y, bueno... en menos de una hora se había armado un conflicto que llevaba ardiendo como una brasa poco más de un milenio. Era una razón curiosa, cuanto menos estúpida, para entrar en guerra con otra Casa, sí, pero los feéricos eran

así. Nunca desperdiciaban la oportunidad de masacrar y destruir.

Lea se tensó cuando Kendrick se detuvo a la altura del Hijo Predilecto rival y comenzaron a hablar. Sabía que ninguno de los dos le haría nada al otro en ese momento, porque el juego no funcionaba así. Kendrick le había explicado que los conflictos como aquel no eran reales, sino un mero pasatiempo para los nobles y aristócratas, incluso para los gobernantes, más que para cualquier otro feérico ciudadano de las Casas.

Vistos desde donde se encontraba Lea, en la cima de una de las colinas que bordeaban uno de los valles más grandes de Tierra de Nadie, los ejércitos parecían las piezas de una partida de ajedrez. Aquel lugar ya había presenciado muchas batallas como la que iba a comenzar en escasos momentos. Las Casas necesitaban un territorio neutral en el que librar aquel tipo de contiendas en las que el objetivo no era obtener nuevos terrenos, minas o cualquier otro tipo de recurso que pudiera ser de interés, sino llevar a cabo una representación de hasta dónde podían llegar por un poco de diversión. Como un teatro, pensó Lea.

A los feéricos salvajes no les importaba que los fae usasen sus tierras como salón de funciones. De hecho, les encantaba, porque podían formar parte de la batalla de manera libre, a favor de un bando u otro, cambiando de lealtades en medio de la contienda, excepto aquellos que eran contratados previamente por las Casa, pero eran los menos.

Cuando vio que Kendrick se separaba del Hijo Predilecto rival, Ronald, Lea desclavó una flecha de las muchas que había dispuestas como arsenal en el suelo, además de las que llevaba en el carcaj que colgaba de su espalda.

— ¿Estás preparada? —escuchó decir a su madre, que se encontraba a su derecha.

—Llevo preparada dos años.

Maeve no contestó, solo se limitó a echar un vistazo de reojo.

—No bajas las colinas, ¿de acuerdo? —cuando no obtuvo respuesta, se giró hacia su hija— Por favor, Lea.

—Todos vamos a volver, mamá —replicó la joven abriendo y cerrando los dedos para desentumecerlos—. No podemos dejar a Rhys solo.

Su madre se quedó callada un momento, mirándola. Lea se negó a girarse hacia ella, en parte por enfado. Se había enterado en el último momento de que ella no estaría (previsiblemente) en el valle, junto con la mayoría de soldados, sino en la retaguardia, protegida. Porque aun no había pasado la Turas Mara y sin la inmortalidad completa, sus padres no

querían arriesgarse a que se encontrase en un lugar en el que lo más probable es que recibiera una herida que podría resultar mortal para alguien vulnerable como ella.

— ¿Sabes? Quiero muchísimo a tu padre —repuso Maeve mientras el Hijo Predilecto de su Casa volvía a reunirse con los suyos—, pero detesto que hayas heredado esa costumbre de no contar los planes que se cuecen en esa cabecita tuya.

—Llevas con él más de tres siglos —se limitó a decir Lea preparando una flecha, aunque seguramente no tuviera que usarla en breves—. Ya estás acostumbrada.

—Si para evitar que vayas ahí abajo tengo que dispararte a una pierna, lo haré —dijo su madre después de repetir el mismo gesto que ella.

—Lo sé.

Las dos se quedaron calladas, aguardando. No estaban solas en la colina. A su alrededor había hombres y mujeres en una situación parecida a la suya, fae que no habían alcanzado todavía la inmortalidad completa. Muchas eran jóvenes dannan como ella; pocas eran las que se encontraban abajo, en el valle. Kendrick había conseguido que por lo menos ellas pudieran participar en la aquella batalla final y si la prueba salía bien, conseguiría que el Consejo se replantease la idea de dejarlas alistarse en el ejército y ser soldados. Llegada la hora de la verdad, cuando se había hecho el anuncio oficial de que las mujeres dannan podrían formar parte de su legión en el tramo final de la guerra, Lea al principio se sorprendió con el escaso número de compañeras que se habían inscrito. Tenían miedo, por diferentes razones, y Lea las entendía. Temían que aquello no saliera bien y se las culpase de la derrota, principalmente, y también de sus familias; que se las criase como guerreras y se les dieran los recursos para poder defenderse no implicaba que en sus casas desearan que se convirtiesen en soldados, y menos al servicio de la Casa.

El tiempo pareció detenerse hasta que Kendrick y Ronald llegaron junto a sus respectivos ejércitos. Lea apenas consiguió ver desde la distancia como Kendrick levantaba el brazo para después volver a bajarlo repentinamente. A continuación, el final del juego dio comienzo.

Todo sucedía de una manera extraña a los pies de Lea. Los dos ejércitos colisionaron, negro y azul cobalto contra gris pizarra y blanco impoluto. Pronto el rojo se sumó a esos dos colores. El choque vino acompañado de un sonido que Lea conocida; el de el acero chocando contra el acero, cortando carne y músculo, pero amplificado de una manera casi ensordecedora. La galopada repentina de su corazón ante la visión de lo que estaba ocurriendo delante de ella hizo que le empezasen a pitarse los

oídos.

Tragó saliva y aguardó, preparada igual que las mujeres que la rodeaban, en completo silencio. Como ella, muchas nunca antes habían presenciado nada así. Se encontraban perdidas en el desarrollo de la acción, fascinadas por la danza salvaje que tenía lugar ante sus ojos, pero no lo suficiente como para no darse cuenta si un soldado del ejército contrario se acercaba demasiado.

Lea pensó que aquello no tenía nada de hermoso. Era excitante y dinámico, la visión de los cuerpos en movimiento parecían simular un baile salvaje y antiguo tenía algo que hacía que su sangre corriese más rápido dentro de ella y que a sus pulmones les faltase el aire, pero hermoso no era la palabra apropiada para definir la batalla. Los estandartes de las Casas sobresalían entre la maraña de cuerpos como las púas de un animal colérico, el olor que llegaba hasta ella era una mezcla nauseabunda entre sangre, sudor y otras cosas en las que Lea no quiso pensar. Los gritos, los rugidos, las consignas a favor del honor de una Casa u otra y las súplicas a los dioses también le revolvieron el estómago.

Kendrick era fácil de encontrar en medio de aquel caos. No llevaba una vestimenta especial que hiciera que destacase entre el resto de soldados, no le hacía falta. Su poder, junto con el de Ronald, impregnaba el aire de una manera casi sofocante. Ambos procedían de los dioses y aunque tenían regustos similares, Lea podía diferenciar el de Kendrick perfectamente. Sus ojos encontraron la cabeza rubia del Hijo Predilecto al frente del ejército, moviendo su espada con destreza, abriéndose paso entre los soldados enemigos empleando también los dones que Padre y Madre le habían concedido. Lea nunca lo había visto armado con anterioridad, así que se permitió recrearse con esa visión durante unos instantes antes de pasar a escanear el campo de batalla de nuevo.

Buscó a su padre con la mirada, vestido de negro y azul como todos los combatientes de la Sombra y la Niebla, pero con el escudo de los dannan bordado sobre los hombros, en lugar del de la Casa; este último lo llevaba cosido en el pecho. Su vista de feérica era aguda, pero no lo suficiente al no haber pasado por la Turas Mara.

Lea apretó los dientes, la preocupación cerrando su garganta y apresando su estómago. Los músculos de los brazos estaban empezando a agarrotársele. Deseaba que alguno de los soldados de la Casa rival se acercase lo suficiente como para tener una excusa para lanzar la flecha que llevaba largo rato preparada en su arco, a pesar de que sabía que eso significaría que la batalla no marchaba bien para Sombra y Niebla.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, la guerrera que tenía a su lado dejó escapar la flecha que sujetaba. El silbido del proyectil al ser

disparado provocó un extraño estremecimiento en Lea.

La joven miró a su alrededor con un gesto de disculpa.

—Lo siento. Yo...

Pero antes de que pudiera continuar, otra flecha salió disparada. Todas se giraron al unísono hacia la joven que había dejado escapar el último proyectil. Maisie, una joven con la que Lea siempre había tenido buena relación y con la que se había entrenado desde que eran muy niñas. Si Maeve había conseguido que alguien desarrollase una destreza con las espadas gemelas similar a la suya, esa era Maisie.

—Nos han dejado venir para demostrar algo y lo único que estamos haciendo es quedarnos en la retaguardia como unas cobardes —dijo cuando tuvo la atención de todas puestas en ella.

Los ojos verdes de la joven guerrera se clavaron en los de Lea. Sabía que compartía las mismas ideas, ella era quien había hecho más ruido para conseguir que se encontrasen allí, aunque no sabía hasta que punto. Ahora, volvía a buscar su voz.

Maeve interceptó la mirada entre las dos.

—Lea...

—Es cierto —cortó a su madre—. Nos están dando la oportunidad y la estamos desaprovechando aquí arriba.

—Estáis protegiendo vuestras vidas, que son más frágiles —Lea rechinó los dientes al escuchar la entonación con la que su madre pronunciaba aquella palabra— que las de quienes están ahí abajo.

—Con el debido respeto, mi señora —intervino Maisie, usando el apelativo de honor que Maeve se había ganado no por ser la mujer del general, sino por méritos propios entre las gentes de su pueblo—, se supone que hemos venido aquí a defender el honor de la Casa, y que morir en el intento es algo que hará que los dioses nos vean dignas de entrar en Mag Mell. Aunque nos quedemos en las colinas, podemos morir hoy, y no querría que Dannu me negase el descanso a su lado porque tuve miedo de la muerte.

Lea vio a su madre y a las demás mujeres que ya habían pasado la Turas Mara dudaban ante aquellas palabras. Aguardó, en tensión, a que el silencioso intercambio de palabras terminase. Los chicos también estaban atentos, conscientes de que lo que sus mayores decidiesen también les

afectaría a ellos.

En medio del silencio de la colina, un estruendo los sacó a todos de la tensa calma. Lea se giró y puso los ojos en blanco cuando encontró lo que había causado el fuerte ruido. Una criatura enorme, similar a un oso pero hecho de viento furioso en lugar de pelo y truenos en lugar de venas, avanzaba entre las primeras filas del ejército de la Sombra y la Niebla. Un elemental nacido del poder de Ronald.

Lea no se había dado cuenta de que el cielo comenzaba a oscurecerse. Una noche forzada por las grandes nubes de tormenta que avanzaban por el cielo como carros de batalla. Ronald se había cansado del juego de las espadas; quería algo más, subir de nivel. Estaba tentado a Kendrick, entendió Lea. Quería medirse con él de una vez. Los hijos de los dioses, enfrentados.

Escuchó un gruñido de repulsa cerca de ella y se topó con Maisie a su lado. Se había acercado para ver mejor al elemental. Las dos jóvenes se miraron, conscientes de lo que aquello significaba. Se comunicaron en silencio; las palabras no eran necesarias para lo que querían decirse la una a la otra. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba de una manera muy sutil y sus ojos brillaron.

Lea y Maisie salieron corriendo al mismo tiempo colina abajo, con los arcos todavía entre sus manos y sus botas hundiéndose con fuerza sobre la nieve que todavía se mantenía blanca. No tardaron en cambiarlo por sus armas favoritas; las espadas grabadas con la luna en sus cuatro fases y las llamas furiosas. No se detuvieron en ningún momento, ni siquiera vacilaron.

— ¡LEA!

Esperó escuchar el sonido silbante de una flecha al ser disparada y dirigirse hacia ella, aguardó el dolor. Pero este no llegó. Y ella siguió corriendo espada en mano.

Meterse en el interior del ejército combatiendo fue como sumergirse bajo una ola gigantesca. Lea era de baja estatura para ser una fae, por lo que los soldados, más altos que ella y vestidos con las armaduras que protegían sus cuerpos y que hacían que se vieran más grandes, parecían una masa oscura que se cernía sobre ella y la engullía. Pero Lea dejó que ocurriese.

Miró a su alrededor, con la espada lista, buscando a un enemigo de la Casa contraria al que atacar. Sus ojos se toparon con los de Maisie, que llevaba las espadas gemelas preparadas. La mirada verde de su compañera estaba llena de... temor. Lea se vio reflejada en sus ojos y supo que ella se veía de la misma manera. Dos chiquillas asustadas

porque habían conseguido lo que querían y deseaban hacerlo bien. Pero ambas sonrieron.

El gesto risueño de Lea fue el primero en desaparecer cuando detrás de Maisie apareció un wulver. Un ser con la apariencia de un fae masculino hasta la mitad del pecho, vestido con una armadura gris y blanca llena de suciedad, y un rostro de lobo colérico y de ojos encendidos de hombros hacia arriba.

Lea gritó una advertencia justo a tiempo para que Maisie se alejase del alcance de la criatura, que llevaba una espada corta en una de sus manazas. A pesar de lo voluminoso que era, el wulver se movía con gracia. Lea y Maisie pudieron comprobarlo cuando arremetió contra ellas por segunda vez. Pasó entre ellas como una avalancha, llevándose los golpes de las hojas de las dos dannan, que apenas abrieron un par de tajos leves sobre su piel dura. En primer momento, Lea pensó que había sido un ataque estúpido, impulsivo y descontrolado, hasta que vio que Maisie se llevaba la mano al vientre. Luego, se fijó en su piel clara manchada de carmesí.

Lea no tuvo tiempo de ir hacia ella. El wulver volvía a atacar, esta vez hacia la hija del general de los dannan. Unos dientes largos como cuchillas fue lo último que vio Lea antes de que su cuerpo chocase con el del wulver y saliera volando por los aires.

Impactó contra el suelo con todo el peso de su cuerpo. Sus huesos se estremecieron hasta el tuétano y Lea soltó un gruñido de protesta cuando intentó levantarse. Apoyó las manos en el suelo resbaladizo de nieve, barro y... sangre. Muchísima sangre. Y... vísceras. Lea levantó la mirada y se topó con un cadáver. Por su tamaño, Lea supo que no era un fae, pero no pudo distinguir mucho más a parte de un par de alas cristalinas rotas entre la masa de carne hecha pedazos. No tuvo tiempo.

Un pie golpeó sus costillas e hizo que quedase tumbada de espaldas. Sus huesos volvieron a doler, pero no soltó la espada. El wulver, un feérico salvaje que había sido contratado por el Viento y la Tormenta para aquel enfrentamiento, la miraba desde arriba. Sus dientes asomaban por encima de los labios de su hocico lobuno. Sus ojos ambarinos parecían arder. Su nariz negra y húmeda temblaba, porque la estaba oliendo. A Lea sintió que la sangre se le helaba en las venas. Iba a descubrir que no era plenamente inmortal todavía...

El wulver sonrió. Lea atacó.

Golpeó una de las rodillas del feérico con toda la fuerza que pudo, pero él apenas se inmutó. El wulver fue a propinarle otra patada, esta vez en la mano con la que Lea sujetaba la espada, pero ella ya estaba en movimiento. Rotó sobre la nieve y las vísceras, manchándose con ellas,

pero no le importó lo más mínimo. No quería que las suyas acabasen de la misma manera, fuera de su cuerpo y desperdigadas por el suelo.

Se puso en pie con agilidad, pero el wulver ya estaba sobre ella. Rodeó su cuerpo desde atrás, las uñas largas y negras se clavaron en el hombro de Lea. Ella echó la cabeza hacia atrás y consiguió golpear el hocico húmedo del soldado a sueldo, que soltó un gruñido en su oreja. Lea repitió el gesto al notar que los dedos del wulver se aflojaban ligeramente, pero ahora, él fue más rápido. Se apartó de la trayectoria de la cabeza de Lea, un movimiento que dejó su cuello expuesto.

Lea sintió la risa del wulver en su espalda. Fue consciente del error que había cometido instantes antes de sentir los dientes afilados traspasar la coraza de cuero de su hombro y clavarse en la piel sensible que había debajo.

No supo si gritó. Puede que el dolor áspero que sentía dentro de su garganta significase sí. Lo que supo con seguridad, fue que el rugido del wulver cuando separó su boca dentada de ella casi la deja sorda.

Lea se giró cuando su captor la soltó y se lo encontró tratando de sacarse las flechas que sobresalían de su espalda. Tres, de madera negra y plumas azules. Lea buscó detrás del wulver.

Maisie estaba arrodillada en el suelo, con un arco entre sus manos. Tenía los pantalones y parte de la tela de su chaqueta manchados con un líquido oscuro. Había gotas rojas en el suelo a su alrededor, pero aun así, le dedicó una sonrisa cansada a Lea. Está trató de devolverle el gesto, pero no pudo. El poder de los dioses, que había impregnado el aire a su alrededor desde que la batalla había comenzado, estalló a su alrededor. El pulso de poder fue tan fuerte que estuvo a punto de tirarla al suelo. Apenas pudo contener la arcada que le produjo la intensidad de su sabor en la boca y en la nariz.

Todo a su alrededor se quedó quieto. Todos los presentes dejaron de luchar y se giraron al unísono, en la dirección en la que había provenido aquella onda poderosa, Lea incluida.

Sus ojos de color cobalto se agrandaron como nunca antes lo habían hecho.

—Joder...

Hacía mucho tiempo que había perdido a Kendrick de vista, pero allí estaba de nuevo. Él y Ronald. Ambos en su forma animal. La apariencia que se escondía debajo de la piel aristocrática de fae y que los dioses les

habían concedido junto con sus poderes.

El Hijo Predilecto del Viento y la Tormenta, un hombre alto y atractivo de cabello rojizo, ahora presentaba el aspecto de un ave gigantesca. Se erguía por encima de los demás feéricos presentes, sus alas de plumas cobrizas se movían creando una corriente que agitaba la melena de Lea aun desde donde se encontraba. Su pico ganchudo se abrió, profiriendo un sonido como el del viento entre las ramas de los árboles.

Kendrick había cambiado su piel clara y su cabello rubio por una piel de escamas negras y brillantes. Su cuerpo había crecido, más musculoso y alargado, erguido sobre cuatro patas y con una cola poderosa que lo equilibraba. Su espalda estaba recorrida por una hilera de largas púas similares a piedra pulida, idénticas a las garras de sus patas. La criatura en la que Kendrick se había convertido no era tan alta como Ronald, por lo menos, no como se encontraba ahora. Erguido sobre sus patas traseras, su cabeza reptiliana quedaba a la altura de la del ave de plumas cobrizas.

Lea lo tenía de espaldas, pero sabía cómo se veía su rostro cara a cara. Él se lo había enseñado tiempo atrás. Sabía que los ojos negros de Kendrick se volvían más oscuros todavía y más salvajes. Sus dientes afilados asomaban por encima de sus labios escamosos cuando sonreír con una mueca perversa y salvaje. Un rostro horrible que podía poblar las peores pesadillas. Un rostro al que Lea no le tenía miedo.

Ronald lo atacó, pero Kendrick se deshizo de él con un zarpazo que lo lanzó varios metros hacia atrás, llevándose por delante soldados fae y de otras especies que se interpusieron en su trayectoria.

Kendrick susurró Aileana en dirección al gobernante de su Casa.

La criatura escamosa dejó gruñir e irguió la cabeza, sus ojos negros escaneando el campo de batalla a su alrededor desde su imponente altura. Se detuvieron cuando la encontró y se entrecerraron hasta convertirse en finas rendijas que apenas se distinguían entre las escamas.

¿Qué estás haciendo aquí abajo?

La acción volvía bullir alrededor de Lea. El wulver se había arranchado las flechas que Maisie le había disparado y su mirada ambarina estaba ahora clavada en Lea, que cerró los dedos con fuerza sobre la espada.

Buscó a su amiga con la mirada antes de enfrentarse al wulver, pero no la encontró. Solo vio el charco de sangre. Puede que fuera más grande que la última vez que se había fijado.

Cabeceó para apartar esos pensamientos y centrarse en el wulver y la respuesta burlona para Kendrick.

Quedarse mirando es muy aburrido. Yo soy más de acción.

Estuvo segura de escuchar un bufido divertido en su cabeza antes de que él comenzase a replicar.

Aileana...

Kendrick no terminó la respuesta.

Otro golpe pesado se escuchó a sus espaldas y Lea se volvió para ver lo que en el fondo sabía que se toparía. Ronald se había levantado y había saltado hacia Kendrick con las garras por delante. Lo había arrastrado varios metros con uñas curvadas clavadas en uno de sus hombros y sus costados. Un líquido carmesí oscuro manchaba las plumas rojizas de sus patas.

El rugido de dolor de Kendrick fue lo que hizo que Lea reaccionase por fin. Esta vez, Lea sí estuvo segura de gritar.

— ¡NO!

Se apartó del wulver y corrió en la dirección contraria. Hacia Kendrick.

Serpenteó entre los cuerpos se interponían en su camino, espada en mano, atenta los ataques que le lanzaban los feéricos vestidos con uniformes y corazas de color gris y blanco manchadas, o los de inmortales que nos les importaba lo más mínimo contra quién luchaba y que solo estaban allí porque no había nada más interesante que hacer en Tierra de Nadie. Fue vagamente consciente de que pasaba entre un grupo de soldados vestidos de negro, con un escudo de bordado en azul sobre el pecho que representaba una serpiente y una flor de cardo, y otro en las mangas de la coraza. Astros nocturnos en diferentes fases rodeados de llamas. Las caras que pasaban por su campo visual eran conocidas, pero Lea no se centró en ninguna. Juraría haber escuchado la voz de su padre mientras corría.

— ¡LEA, VUELVE!

Pero Lea no se giró. Siguió corriendo, esquivando a quienes se interponían en su camino y le lanzaban estocadas, dentelladas o trataban de agarrarla con zarpas largas y curvadas. Su atención se dividía entre la escena que se desarrollaba a su alrededor para poder salir viva de ella y en la que tenía lugar metros más adelante, entre los dos Hijos Predilectos. Una

distancia que a Lea se le estaba haciendo eterna.

Kendrick y Ronald seguían peleando con fiereza. Lea no sabía decir cuál de los dos iba ganando, pues ambos tenían cortes y manchas oscuras en la piel. Puede que Kendrick tuviera un poco más de ventaja con la protección de las escamas duras y resbaladizas, pero Ronald, con la capacidad de volar y atacarlo desde el cielo...Eso era lo que estaba haciendo en ese momento.

El gobernante del Viento y la Tormenta sobrevolaba de cerca al de la Sombra y la Niebla, pero no lo suficiente como para que este último pudiera atraparlo sin erguirse sobre las patas traseras o sin saltar. Pero si hacía eso, Ronald lo golpearía con un soplo de viento lo suficientemente fuerte como para levantarlo por los aires y lanzarlo lejos, con fuerza. Lea veía a Kendrick revolverse bajo la forma animal de Ronald, dando vueltas como si estuviera enjaulado. Gruñía y enseñaba los dientes a la criatura alada que le lanzaba picotazos sin cesar. Por el regusto ácido que sentía en la garganta, Lea sabía que estaba irritado. Él no había querido aquello, pero le había quedado más remedio que aceptarlo para que el Viento y la Tormenta no siguieran invadiendo los territorios en la Casa. Quería acabar de una maldita vez. Y eso fue lo que lo hizo cometer un error.

Cuando tuvo a Ronald más cerca que antes, Kendrick tensó su cuerpo escamoso y saltó con una de las patas delanteras extendidas. El Hijo Predilecto de la Casa del sur no lo mandó lejos con una ráfaga de aire de sus alas, no. Lo que hizo fue girar y clavar sus garras en la piel del estómago de Kendrick, donde las escamas eran más finas y menos resistentes. La sangre manó a borbotones y Kendrick lanzó un chillido desgarrador que hizo que a Lea se le helase la sangre y tropezase.

Estuvo a punto de caer al suelo, pero consiguió mantenerse en pie. Perdida en la pelea de los dos gobernantes, apenas se había dado cuenta de que había llegado a una zona donde no había guerreros luchando. Una zona arrasada, llena de cadáveres mutilados y desmadejados, pero donde la nieve también había sido más que pisoteada. Parecía que la hubieran arrastrado, formando un círculo deforme. Lea tardó un momento en ser consciente de que el suelo se encontraba de esa manera y de que allí no había nadie porque era donde los Hijos Predilectos estaban luchando cuerpo a cuerpo. Los soldados se habían alejado de ellos a una distancia prudencial para no ser aplastados o golpeados. Lea ahora estaba prácticamente debajo de Kendrick y de Ronald. Y el primero no estaba ganando.

Ronald seguía con las uñas clavadas en el cuerpo de Kendrick, que se debatía tratando de arañarle el pecho o lanzarse una dentellada a alguna de sus patas, pero no solo conseguía. Ronald aleteaba, subiendo pesadamente y generando un fuerte viento que hacía que la trenza de Lea golpease tras ella como un látigo. No comprendió al instante el porqué de

aquel compartimiento. Hasta que sus ojos se fijaron en las púas que recorrían la espalda de Kendrick y de las cuales goteaba sangre oscura.

Si caía de espaldas e impactaba así contra el cielo, las púas...

Esos pensamientos se detuvieron cuando Kendrick consiguió sujetar una de las alas de Ronald. Lea contuvo el aliento cuando los vio caer juntos, Kendrick debajo del otro Hijo Predilecto. Pero su cuerpo se difuminó. Se convirtió en humo negro que fue traspasado por Ronald, que se precipitó al suelo con un fuerte golpe, no muy lejos de donde se encontraba Lea e hizo que el suelo bajo sus pies temblase.

Kendrick volvió a materializarse sobre el Hijo Predilecto del Viento y la Tormenta todavía con su forma animal. Lea escuchó como el músculo debajo de las plumas era perforado por las garras de ónice de Kendrick. Ronald chilló y se revolvió tratando de deshacerse de su captor, golpeando el suelo con las alas y levantando pequeñas rachas de aire. El cielo sobre ellos tronó, pero de una manera muy débil.

Lea vio como Kendrick mostraba sus dientes afilados en una sonrisa satisfecha y salvaje antes de clavarlos en el cuerpo de Ronald. La sangre salpicó y el gobernante atacado puso los ojos en blanco en un gesto más de horror que de dolor.

Lea esperaba que Kendrick se retorciera y desgarrase la garganta de Ronald, pero eso no ocurrió. Se quedó muy quieto, con los dientes fuertemente cerrados sobre el punto en el que el cuello se unía con el hombro, sus ojos negros casi completamente cerrados. Temblaba. De una manera casi imperceptible, pero Kendrick estaba temblando, y su poder vibraba sobre el de Ronald, más fuerte e intenso en la garganta de Lea. Ella también se quedó muy quieta, comprendiendo lo que ocurría.

Kendrick estaba sometiendo a Ronald.

De la misma manera que animales como los lobos, los feéricos mordían a sus rivales o a sus subordinados en la unión del cuello con el hombro para marcar el lugar de cada uno en la jerarquía. Era un lugar donde la piel era muy delicada y donde los vasos sanguíneos eran importantes. Una zona sensible, vulnerable. Un gesto que servía para recordar que si lo deseaba, su vida terminaría en cuestión de segundos.

Lea aguardó, con el corazón latiéndole frenético en la garganta, hasta que Ronald dejó de protestar por completo y Kendrick lo soltó. El Hijo Predilecto de la Sombra y la Niebla presionó las garras sobre las heridas un último momento antes de bajarse del cuerpo de Ronald, que se quedó tendido, resollando y con sus ojos grises ardiendo de furia y vergüenza,

sentimientos que quemaron en la garganta de Lea.

Kendrick se sacudió antes de cambiar con una mueca extraña en la boca. No de dolor, pero similar. Profirió un quejido contenido solo a medias mientras su cuerpo pasaba de estar recubierto de escamas a estarlo de piel pálida y manchada de sangre. Su cuerpo volvió a recuperar su tamaño natural, la cola desapareció, así como las púas y las garras. Lea aguardó donde se encontraba, a pesar de que su cuerpo la instaba a correr hacia él para abrazarlo. Pero no se acercaría hasta que la mirase y sus ojos negros fueran de verdad suyos y no de la criatura que acababa de desaparecer, prisionera de nuevo en un recoveco oscuro dentro de Kendrick.

Él le había contado que las transformaciones en sí no eran dolorosas, aun cuando los huesos se rompían para alargarse, cuando las escamas perforaban la piel para salir al exterior igual que los dientes y las garras afiladas. No, Kendrick le había dicho que lo peor era lo que había dentro, el ser oscuro y salvaje que vivía dentro de su cabeza y que pugnaba por tomar el control cuando su forma bestial salía al exterior. Dominarlo cuando despertaba era difícil, pero hacerlo volver a dormir era peor. Se resistía, pugnaba por quedarse y seguir desatado. Kendrick le había pedido que si alguna vez lo veía cambiar de forma, nunca se acercase a él hasta que el velo oscuro que cubría sus ojos se disipase por completo. La criatura de los dioses no distinguía entre quienes eran enemigos y quienes no. Para él, todo eran potenciales entretenimientos violentos.

Lea lo vio tragar saliva varias veces con la respiración pesada antes de abrir los ojos y mirarla. Brillaban de una manera natural y conocida, por lo que Lea se relajó y le sonrió. Kendrick pareció ir a devolverle el gesto por un momento, pero al final frunció el ceño. Avanzó hacia ella con pasos lentos, la frente perlada de sudor y una mano sobre la ropa desgarrada en la zona del estómago, manchada de sangre. Abrió la boca para hablar, pero Lea no lo escuchó decir nada. Su atención fue al movimiento que detectó tras él.

Ronald se había girado hacia ellos, todavía en su forma animal. Sus patas estaban tensas y sus ojos de color gris tormenta cargados de rabia fría como una borrasca invernal. Listo para atacar. Como también lo estaba Lea.

Todo sucedió muy deprisa. La joven guerrera dannan sacó su arco, milagrosamente intacto, y una de las pocas flechas que habían quedado dentro de su carcaj. Anticipó los movimientos del gobernante en cuestión de fracciones de segundo. Apuntó por encima del hombro de Kendrick y dejó que la flecha volase de entre sus dedos.

La punta afilada atravesó uno de los ojos de Ronald con un sonido acuoso y amortiguado. Un sonido muy diferente al que salió de la garganta del

herido.

Lea soltó el arco para taparse los oídos, pero el grito agudo y penetrante se coló entre sus dedos, en su cerebro. Unos brazos rodearon su cuerpo y la apretaron contra otro, cálido, húmedo y conocido. El grito de muerte de Ronald se amortiguó, pero no llegó a desaparecer de todo. Abrió los ojos y vio que estaba rodeada de oscuridad. Penumbra infinita en la que apenas podía distinguir la silueta de Kendrick frente a ella.

Cuando el grito cesó, vino el golpe de poder. Lea pudo sentirlo a través de la coraza de sombras, almizclado y dulzón en su boca y en su nariz. Fue como el golpe de una ola furiosa en un día de temporal. Apenas duró un instante, pero sintió que se tambaleaba a pesar del escudo y los brazos que la protegían. Un gruñido escapó de la garganta de Kendrick y reverberó contra su cuerpo.

Cuando todo terminó, las sombras se retiraron despacio. El cielo volvía a estar despejado, sin nubes de tormenta oscuras convocadas por el poder de los dioses. Kendrick se giró y Lea siguió la dirección de su mirada. Ronald yacía en el suelo, tumbado de lado, de nuevo en su forma fae. Sus ojos estaban muy abiertos y miraban en su dirección, completamente muertos. El gris de su globo ocular intacto se veía apagado, más claro, sin la rabia agreste de la tormenta. Su boca se había quedado abierta, ahora en un grito mudo, y de ella salía un hilillo de sangre que resbalaba por su barbilla y manchaba su uniforme blanco y gris.

— ¿Lo he matado yo?

Las palabras salieron de la boca de Lea sin que ella pudiera contenerlas. Sabía que era una pregunta estúpida; claro que había sido ella. La flecha de madera negra con plumas azules al final del ástil y el arco tirado a sus pies eran la prueba. Ella, una joven dannan que todavía no había pasado la Turas Mara, había matado a un Hijo Predilecto.

—No lo digas —gruñó Kendrick con voz ronca y pesada—. Nadie debe saberlo.

Soltó a Lea y caminó hacia el fae caído.

—Pero...

—No —cortó él, girándose para clavar su mirada negra y afilada en Lea—. Nadie puede saberlo. ¿Sabes lo que pasaría si lo descubren?

Kendrick se quedó mirándola fijamente hasta que ella apretó los labios y apartó la mirada. Contempló la flecha negra clavada en el ojo del Hijo Predilecto y la sangre que manaba de la cuenca hasta el suelo. Kendrick rodeó el ástil con los dedos y lo arrancó de la herida con un movimiento

brusco y preciso. Lea vio como rompía la flecha en varios trozos y la lanzaba lejos. Después, Kendrick se arrodilló al lado de Ronald. Lea sintió cómo convocaba su poder y este se curvaba en sus dedos, como pequeñas serpientes que se entrelazaron y se tensaron para formar una especie de lanza corta con la punta afilada. La clavó en el mismo lugar del que había extraído la flecha de Lea con un único movimiento, sin vacilar.

Lea apretó más los labios ante esa visión, mientras Kendrick se levantaba y volvía a encararla. Su gesto era frío, contenido.

La voz de Lea temblaba cuando habló.

—Lo siento, yo...

Él negó con la cabeza mientras avanzaba hacia ella.

—Me has salvado la vida.

—Puede que no fuera a matarte —dijo ella vacilante.

—Iba a hacerlo, Aileana —habló Kendrick, ahora a su altura—. Perdió, pero no pudo soportarlo. Él iba a matarme a mí aunque no debiera hacerlo.

Lea cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro y miró detrás de Kendrick, hacia uno de los muchos cadáveres que poblaban el campo de batalla. Uno de los muchos, pero no uno cualquiera.

— ¿Me he metido en un lío? —murmuró.

Sintió unos dedos húmedos bajo su barbilla y el olor a sangre llenando su nariz antes de que Kendrick hiciera que dirigiese la mirada hacia él.

—Si nadie más se entera, no. Con respecto a mí, lo único que debes temer es que piense seriamente en tenerte en mi guardia personal —añadió con una sonrisa tirante que no llegó a sus ojos.

Lea no trató de devolverle el gesto. Cortó la distancia que los separaba con un último paso y rodeó su cintura con los brazos, estrechándolo con fuerza contra ella. Los brazos de Kendrick no tardaron en hacer lo mismo. Apoyó la barbilla en su coronilla mientras acariciaba su espalda y ella escondió la cara contra su pecho, sin importarle el olor a sudor y a sangre que emanaba de su cuerpo.

Se quedaron así, el uno en los brazos de la otra, Lea no supo cuanto tiempo. Le recordó a los momentos previos al amanecer, cuando uno de los dos tenía que marcharse y no volver a verse hasta que el sol caía de nuevo. El pecho comenzó a dolerle de la misma manera que en esos

instantes y cerró los puños sobre el uniforme húmedo.

Tras un largo rato, Lea abrió los ojos y se separó lo justo de Kendrick para poder mirar a su alrededor. Todo había terminado, o estaba en proceso de que ocurriese. Los soldados de uno y otro bando empezaban a enfundar sus armas, algunos se daban la mano entre ellos. Otros se acercaban a los que yacían tendidos en el suelo, para ayudar a los heridos o para intentar averiguar si habían perdido a alguien cercano. Algunos comenzaban a caminar hacia donde ellos se encontraban.

Lea echó la cabeza hacia atrás y miró a Kendrick, que había estado observando lo mismo que ella. Cuando sus ojos se encontraron con los de Lea, ella le hizo la pregunta que le había prometido cuatro noches atrás.

— ¿Quieres casarte conmigo, Gwilym Kendrick Alastair Duncan Maira?

A Lea le resultaba tremendamente extraño que el primer nombre de Kendrick fuera el mismo que el de su padre, en parte porque no era demasiado común. Nadie lo conocía por Gwilym y ella se había enterado de su larguísimo nombre real por casualidad, porque su madre lo había comentado de pasada casi un año atrás. La joven ni siquiera recordaba de qué trataba la conversación que estaban manteniendo antes de enterarse del nombre completo del Hijo Predilecto.

Lea notó cómo Kendrick se tensaba entre sus brazos. Pudo sentir que su pecho dejaba de moverse por un instante, conteniendo la respiración. Pero ella no dudó. No después de los dos años que había pasado, juntos y separados al mismo tiempo.

Sonrió cuando los ojos de Kendrick se iluminaron con aquella extraña luz oscura que ella había aprendido a reconocer.

—Sí, sí quiero casarme contigo, Aileana. Quiero casarme contigo —repitió tomándole el rostro entre las manos.

Lea se alzó sobre las puntas de sus pies y junto sus labios con los de Kendrick. Era extraño, pensó una parte muy recóndita de su cerebro, besarse así, a la luz del día, en el exterior. Rodeados de feéricos que podían verlos y juzgarlos. Pero eso ya no importaba. Después de dos años amándose a escondidas, como si lo que sintieran el uno por la otra fuera algo de lo que avergonzarse o que podía resultar ofensivo, ahora ya no tendrían que volver a hacerlo.

Lea sentía que el corazón no le cabía en el pecho. Presionaba dentro de ella con tanta fuerza que le oprimía la garganta y hacía que se le humedeciesen los ojos. Kendrick separó sus labios para besarle las

mejillas, haciendo desaparecer el agua salada que bajaba por ellas.

—Nunca más —susurró contra su piel, un eco de los pensamientos de Lea.

Ella dejó escapar un sonido a medio camino entre un sollozo y una carcajada. Fue a besarlo de nuevo, pero vio un movimiento por el rabillo del ojo, demasiado cerca, que la hizo detenerse.

Los dos se giraron hacia el fae vestido de blanco y gris, lleno de sangre y suciedad que se había detenido a escasos metros de ellos. Lea lo miró con atención, su cabello cobrizo y rizado y sus ojos de color gris perla, sus rasgos afilados y la nariz aguilina. Unas facciones muy parecidas a las del Hijo Predilecto que yacía muerto cerca de ellos. El gobernante de Elter al que Lea había matado.

No tardó en comprender que a quien tenían delante era su hermano. Y, por la vibración a su alrededor y por el regusto que llenaba la boca de Lea, supo que se trataba del nuevo regente de la Casa del Viento y la Tormenta.

—Esto no ha terminado —dijo mirando a Kendrick.

Su voz temblaba, igual que la mano que se cerraba en torno a la empuñadura de una espada grande y pesada con el dibujo de un ave majestuosa y una flor de manzano; el escudo de su Casa.

—Acordamos que esta sería la última batalla —replicó Kendrick, deshaciendo el abrazo en torno a su cintura, pero dejando reposar todavía un brazo en la parte baja de su espalda.

—Con mi hermano —terció el nuevo Hijo Predilecto—. Eso lo acordaste con mi hermano, no conmigo.

—Thane...

Kendrick dio un paso hacia él, pero Thane elevó la espada y la interpuso entre ellos.

—No. Te arrepentirás —siseó entre dientes, en un tono lo suficientemente alto como para que ellos pudieran oírlo—. Has matado al gobernante de una Casa.

—Es una guerra —prosiguió Kendrick con calma, a pesar de haber cerrado los dedos sobre la tela del traje de batalla de Lea—. Ronald sabía que esto podía pasar. Fue él quien lo buscó, todos estos años...

— ¡Vamos, Kendrick! —el grito de Thane retumbó en el repentino silencio del campo de batalla— Era un maldito juego, tú lo sabías, asqueroso

desgraciado.

Lea podía notar cómo el poder dentro del nuevo gobernante vibraba cada vez con más fuerza, cómo su sabor se intensificaba en su garganta.

Kendrick le había contado que los primeros años con el poder de los dioses corriendo por su cuerpo en toda gloria habían sido complicados, incluso con el entrenamiento para controlarlo que había recibido desde niño. Le había dicho que nada de lo que había aprendido antes de que su padre muriera le había servido de verdad para controlar lo que vino después. Sobre todo, la criatura que comenzó a habitar el interior de su cabeza y que se exaltaba ante el mínimo estímulo de violencia o ante cualquier emoción que nacía de la rabia y la furia. Pero Kendrick había sabido que aquello ocurriría algún día, tarde o temprano. Thane, igual que Brycen o los descendientes de cualquier Hijo Predilecto que no fueran los primogénitos o que no presentasen una gran cantidad de poder desde muy pequeños, apenas recibían instrucciones para controlar la magia pura de los dioses.

Lea llevó la mano a la empuñadura de su espada, pero Kendrick se puso delante de ella, tapándole parcialmente la visión de Thane.

—Pues debería habérselo pensado mejor y tomarse la molestia en conocer a su enemigo para así saber que yo no juego, Hijo Predilecto.

Un nuevo regusto floral y ahumado se extendió por la boca de Lea, más conocido en esta ocasión. Vio cómo una hilera de escamas negras se extendía por el cuello de Kendrick hasta llegar a su mandíbula.

—Habéis perdido —prosiguió el gobernante de la Sombra y la Niebla. Su tono era pausado, frío, y también frágil. Listo para quebrarse y dejar salir lo que había debajo—. Ronald ha muerto y vuestras tropas están más diezmadas que las nuestras. Está anocheciendo y tenéis un largo camino para salir de Tierra de Nadie y volver a casa —Kendrick hizo una pausa, contemplando a Thane, que seguía temblando delante de él. Una mezcla del poder que rugía en su interior y de temor, comprendió Lea—. Mi consejo ahora que eres gobernante, Thane, es que aprendas a cuidar de tu gente.

Lea entendió el mensaje que había detrás de esas últimas palabras. Algo que su hermano no había sabido hacer.

En los últimos dos años, espías y guerreros del Viento y la Tormenta había penetrado en la región sur de la Casa de la Sombra y la Niebla a través de Tierra de Nadie y habían atacado los pueblos que se encontraban en esa zona. Habían llegado incluso a lugares más al norte empleando rutas por mar. Kendrick no había permitido que esas usurpaciones quedasen impunes. No podía entrar en el territorio del Viento y la Tormenta sin

pedir permiso a los gobernantes de las Casas que tenía que atravesar primero. No si lo hacían de una manera visible y evidente, pero una de las especialidades de la Casa era, precisamente, la invisibilidad. Moverse como sombras en la penumbra e igual de sigilosas que la bruma. La Casa que ahora regentaba Thane también había tenido bajas, y no habían sido menos que las de Kendrick.

Thane no se movió a pesar de la advertencia del Hijo Predilecto que tenía delante. La mano que empuñaba la espada seguía temblando, pero comenzaba a cubrirse de plumas del mismo color que su cabello.

—Largo —dijo Kendrick muy despacio. Su voz era más un gruñido animal en esta ocasión.

Lea observó sus hombros. Juraría que se habían vuelto más anchos y que las escamas habían avanzado por sus mejillas.

—Kendrick —murmuró dando un paso hacia él y colocando una mano sobre su espalda.

Notó cómo se estremecía ante su tacto. La miró de reojo por encima del hombro y Lea vio que, tal y como ella sospechaba, la criatura bestial que vivía en su interior había comenzado a salir y a mutar sus facciones. Ella lo miró abiertamente, sin miedo a los cambios que comenzaba a sufrir ni al poder que amenazaba con desatarse si Thane no retrocedía.

Lea le lanzó una petición sencilla que no hacía falta que Kendrick leyese en su mente. Podía verla perfectamente en sus ojos, preocupados y conciliadores al mismo tiempo.

Kendrick tragó saliva y cerró los puños en sus costados. Las garras que habían aparecido en sus manos se disiparon y las escamas retrocedieron, pero no llegaron a desaparecer. Su poder seguía vibrando con fuerza bajo la mano de Lea cuando él volvió a centrar la mirada en Thane, que seguía con la espada apuntando hacia él. Sus facciones también habían comenzado a cambiar, pero el miedo no había desaparecido de sus ojos grises.

Kendrick dio un último paso hacia él antes de hablar con voz pausada pero rotunda. Una voz que conseguía hacer eco en el salón en el que había un trono y que no admitía réplica.

—Lárgate, o el poder del Viento y la Tormenta no tardará en volver a cambiar de cuerpo, Thane.

Esta vez, el que tragó saliva fue el nuevo Hijo Predilecto. Dudó durante un largo momento que a Lea se le hizo eterno hasta que finalmente bajó la espada y retrocedió un paso con la barbilla cerca del pecho, mirando a

Kendrick por detrás de las pestañas. Como un animal derrotado pidiendo permiso para retirarse ante el que le había vencido.

Kendrick no dio ninguna señal que resultase perceptible para Lea, a parte del suave pulso de poder que lanzó en la dirección de Thane. Este caminó un par de pasos más sin girarse, sin perder de vista al Hijo Predilecto de la Sombra y la Niebla, hasta que finalmente les dio la espalda a los dos y comenzó a caminar con paso rápido hacia lo que quedaba de sus tropas, que habían comenzado a reunirse pero que mantenían una distancia prudencial de los dos gobernantes.

Lea suspiró. Los músculos de su cuerpo se destensaron y se sintió repentinamente muy cansada, pero también muy feliz. Su mano bajó hasta encontrarse con la de Kendrick, que cerró los dedos en torno a los suyos y se giró para mirarla. Había una sonrisa exhausta en sus labios y sus ojos reflejaban lo que Lea estaba sintiendo por dentro. Extenuación, alivio, felicidad incluso. Pero todos esos sentimientos se congelaron cuando su mirada se desplazó por encima del hombro de Lea.

Ella se giró despacio y se encontró con que detrás de ellos se encontraba la mayoría de los soldados del ejército de la Sombra y la Niebla que quedaban en pie. Su padre se encontraba a la cabeza de todos ellos, un paso por delante del resto. Lea fue vagamente consciente de que Brycen no se situaba muy lejos de él, con el ceño fruncido y una mueca arrugando sus labios, pero no le prestó atención.

Lea no podía apartar la mirada de Gwilym. Su padre los miraba con la espada desenvainada en la mano y una expresión en su rostro indescifrable; no porque no hubiera ninguna emoción en él, todo lo contrario. Había demasiadas y Lea no era capaz de identificarlas todas por separado.

—Creo que te debemos una explicación —escuchó que Kendrick decía detrás de ella.

Gwilym tardó un momento en contestar. Sus ojos azules, idénticos a los de su hija, estaban clavados en las manos unidas de la joven dannan y el gobernante cuando habló.

—Me atrevería a decir que sí.

Capítulo 13

—Dos años.

Lea se mordía el labio discretamente mientras miraba a su padre. Ellos dos, junto con Kendrick y Maeve, se habían internado en el bosque sombrío para poder tener un poco más de privacidad mientras hablaban, luego de que el Hijo Predilecto hubiera hecho un repaso muy breve de sus tropas, sobre todo de las bajas que se habían producido.

—Ahora empiezan a cuadrar muchas cosas —murmuró Gwilym, pero los tres pudieron oírlo.

Lea había permanecido agarrada a Kendrick durante todo el tiempo. Había dejado que fuera él quien contase lo que había ocurrido entre ellos durante los últimos dos años, por lo menos, los detalles más importantes.

—Nunca he pretendido faltáros al respeto —dijo Kendrick con la cabeza muy levemente inclinada hacia delante. Un gesto de cortesía que no podía exagerar más; su posición como gobernante no se lo permitía, aunque con quienes estuviera hablando fueran sus futuros suegros. O eso esperaba Lea—. Ni tampoco aprovecharme de Aileana en ningún sentido.

—Si lo hubierais hecho, dudo que ahora estuvierais entero delante de nosotros, mi señor —comentó Maeve con una sonrisa amable en los labios.

Kendrick dejó escapar un sonido grave similar a una carcajada.

—Eso es cierto.

Los labios de Lea se estiraron ante ese intercambio de palabras entre su madre y Kendrick, pero su cuerpo seguía dolorosamente tenso. No apartaba la mirada de su padre, que tenía la vista clavada en el Hijo Predilecto. Una mirada evaluativa, cautelosa, con el ceño ligeramente fruncido. Lea solo lo había visto emplearla cuando alguno de sus segundos al mando le transmitía noticias indeseadas, o cuando algo trastocaba sus planes.

En ese momento, deseó tener las capacidades de Kendrick y poder deslizarse sigilosamente en la mente de su padre. Pero como no podía hacerlo, optó por intentar tirarle de la lengua.

—Papá, di algo.

Gwilym parpadeó despacio y desvió la atención hacia su hija. Vio como abría y cerraba la boca un par de veces, indeciso de una manera que Lea

nunca antes había visto.

Kendrick fue el que cortó el espeso silencio.

—Entiendo que lo que estás pensando, pero me conoces lo suficiente para saber que yo no soy así —dijo con su calma habitual, pero sus palabras solo hicieron que Lea se tensase más—. Quiero estar con ella. No voy a hacerle daño. Además, creo que Aileana tiene más opciones de matarme a mí que yo a ella.

Lea percibió la sonrisa que acompañó a sus últimas palabras a pesar de no verla. Su padre tardó otro largo momento en hablar.

— ¿Queréis que os mienta a la cara diciendo que todo esto me da igual?

—No —contestó Kendrick—. Siempre he apreciado tu sinceridad.

Siguió otro largo mutismo de palabras dichas en voz alta, pero por la vibración que había a su alrededor, Lea supo que su padre y su prometido estaban comunicándose. Apretó la mano de Kendrick y este le devolvió el gesto.

Quien rompió el silencio esta vez fue Maeve.

—Por mi parte los dos tenéis mi enhorabuena.

Había una sonrisa sincera en su boca y sus ojos grises brillaban cuando miró a su hija. Lea sintió que la garganta se le cerraba y el pecho le ardía.

—Gracias —dijo Kendrick a su lado, soltándole la mano y pasándola alrededor de su cintura para pegarla más a él—. Gracias.

Ese último agradecimiento, acompañado de una inclinación de cabeza, fue para Gwilym. Este le dedicó un asentimiento a su gobernante con una mano en el corazón. Su mirada se desplazó de nuevo hasta su hija y le dedicó una sonrisa.

Lea abrió la boca para replicar de la misma manera, el calor de la alegría espantando el frío de la noche invernal, pero una voz urgente llegó desde su espalda.

— ¡Mi señor!

Lea se giró con Kendrick todavía rodeándola.

—Tiene que ser una broma —escuchó decir a su padre tras ella.

Esas palabras hicieron que la burbuja en la que se encontraba estallase y la realidad mordisquease su piel con saña. Su mente procesó por fin lo que tenía delante de ella. Brycen, despeinado, con su mirada oscura encendida, se encontraba ante un grupo denso de soldados con los uniformes tan desastrados como él y Kendrick, pero curiosamente su porte hacía que no se vieran tan desaliñado como los demás guerreros.

Los soldados vestidos con corazas negras y ribetes azules se desplazaron, pero sin perder la formación, para mostrar lo que contenía el interior del círculo que formaban. Lea sintió que el aire invernal penetraba en su cuerpo cuando sus ojos se fijaron en los rostros conocidos de los soldados apresados y en los emblemas de las lunas y las llamas que ribeteaban sus muñecas. Los mismos que ella también llevaba.

La voz de Brycen se coló entre los atronadores latidos de su corazón.

—Estos treinta y dos soldados dannan han intentado un levantamiento aprovechando que todo el mundo está recogiendo o atendiendo a los heridos.

Lea contempló los rostros conocidos. Todos eran soldados experimentados, aunque jóvenes, algunos de ellos habían entrenado con ella desde que era una niña. Su mirada se desplazó por los treinta y dos hombres esposados con cadenas de hierro, con astillas de madera de serbal de cazadores traída desde el mundo mortal clavándose en sus muñecas. Sus rostros estaban contritos por el dolor, pero tenían la cabeza erguida y los hombros cuadrados, orgullosos. Sus ojos cargados de odio fijos en el Hijo Predilecto.

Lea apenas notó que Kendrick la soltaba y se giraba para mirar a su padre, que contemplaba a sus soldados con horror y... vergüenza.

—Yo no tenía conocimiento de esto —dijo antes de Kendrick hablase—. De ser así, no lo habría permitido.

Lea sabía que eso era cierto. Los dannan detestaban tener que depender de una Casa, de un Hijo Predilecto y tener que rendirles culto a unos dioses que para ellos no eran los principales. Durante muchos siglos habían luchado por ser un pueblo libre que pudiera vivir en la tierra en la que Dannu se les había presentado para declararlos sus protegidos y los portadores de su fiero poder, así como de sus enseñanzas. Habían luchado con ferocidad y habían ganado muchas batallas contra las Casas que reclamaban sus tierras, el Agua y el Cristal antes que la Sombra y la Niebla, y una parte de ellos siempre seguiría haciéndolo. Puede que no de una manera tan directa y violenta, pero siempre pelearían por marcar la diferencia con los demás fae. Gwilym no era una excepción, pero sabía

que con la violencia lo único que conseguiría sería castigar a su pueblo con la ira de los hijos bendecidos con el poder de los dioses. Además, nunca habría hecho algo así, tan oportunista y rastrero. Y Kendrick tenía que saberlo, lo conocía desde que era un chiquillo y Gwilym estaba al servicio de su padre.

A pesar del asentimiento de Kendrick, Lea no se tranquilizó.

—Sabes lo que tienes que hacer.

Gwilym miró a su gobernante. El silencio hasta que su respuesta llegó solo podría haberse cortado con una espada muy bien afilada.

—Sí, mi señor.

El sonido del acero al ser desenfundado sacó a Lea de su estupor. La hoja todavía manchada de sangre en manos de su padre brilló bajo la luz de las estrellas que se colaba entre las ramas de los árboles.

— ¡No!

Lea no pudo contener el grito que salió de su garganta. Dio un paso hacia su padre, pero unas manos fuertes y pequeñas se cerraron en torno a sus brazos y tiraron de ella para apartarla de la escena.

—Lea, basta —dijo su madre en su oído—. Sabes que tiene que ser así.

Se resistió cuando su madre comenzó a alejarla de la escena y se deshizo de su agarre.

¡Kendrick, para esto! habló con desesperación en la mente de su prometido.

Él no la miró cuando le respondió.

No puedo.

¡Claro que puedes!

La arruga entre sus cejas, aquella que Lea estaba acostumbrada a hacer desaparecer con una simple caricia de sus dedos, se hizo más profunda.

Sabes que no.

Lea caminó hacia él sin importarle quienes los rodeaban. Tragó saliva para deshacer el nudo de su garganta a pesar de que siguió comunicándose

con él mente a mente.

Por favor... dijo buscando su mirada Son... mis compañeros. Es mi pueblo.

Son rebeldes replicó él. La ley es muy clara en este aspecto.

Ella negó con la cabeza. Quería que la mirase a los ojos, que no la esquivase. Sabía el efecto que tenía sobre él cuando sus miradas se encontraban.

Tienes que castigarlos, lo sé, pero por favor, no con la muerte.

La muerte es el castigo más laxo que puedo imponerles.

Un siseo venenoso escapó de los labios apretados de Lea.

Mánchate tú las manos, entonces.

Ahora, Kendrick sí la miró. Y Lea deseó que no hubiera hecho. Sus ojos negros estaban velados por una capa de ónice dura y tan oscura que parecía tragarse la escasa luz del bosque. Sus facciones duras estaban oscurecidas por la sombra que proyectaba la corona aun sin que la llevase puesta.

Yo no tengo nada que demostrar, Aileana.

Los soldados se movían a su alrededor sin que ella lo notase apenas. Los guerreros dannan fueron colocados delante de su padre sin que estos pusieran resistencia. Solo cuando sus captores trataron de obligarlos a arrodillarse protestaron.

Gwilym habló, pero Lea no consiguió distinguir sus palabras. Kendrick apartó la mirada de ella para dirigirla hacia los guerreros dannan y su padre. Asintió e hizo un gesto sencillo con la mano, indicándole que podía proceder.

—Debería ser una ejecución pública.

Lea buscó con la mirada a quién había hecho ese comentario. Lo encontró a la derecha de Kendrinck, un par de pasos por detrás de él. Brycen miraba la escena por encima del hombro de su hermano mayor con una sonrisa discreta.

—Lo último que necesitamos después de terminar una guerra, es otra, Brycen —se limitó a replicar el Hijo Predilecto sin girarse.

—Quizás lo mejor sería que no estuvieras aquí —escuchó decir a Maeve a su lado. La agarraba de la muñeca, aquella que tenía más cerca de su

espada envainada.

Pero Lea negó con la cabeza y se arrebujo en el manto oscuro que le habían dado después de que la batalla terminase. Su madre trató de aproximarse más, rodearla con un brazo, pero Lea no dio señales de darse cuenta de sus intentos por reconfortarla.

Observó cómo su padre comprobaba el filo de la espada pasándole un dedo. Luego, miró a cada uno de los soldados rebeldes con intensidad. Sus ojos de color cobalto destacaban en la noche que comenzaba a caer en la tierra de los feéricos salvajes, cargados de contrariedad y dolor. Pero también de determinación.

Gwilym se colocó delante del primero de los guerreros que se colocaban en hilera delante de él. Altos, erguidos y cuadrados de hombros, con la frente alta y mirando directamente a su general, aquel a quien consideraban su único y verdadero superior. Orgullosos y sin la más mínima intención de retractarse por lo que habían hecho, aunque eso significase reunirse con su diosa en breves momentos. Lea estaba segura de que creían que por revelarse contra la Casa, Dannu los recibiría con los brazos abiertos en un lugar de Mag Mell especialmente reservado para ellos. Lea no sabía que pensar. Hacía mucho que no se detenía a considerar si la diosa de los dannan deseaba o no aquel tipo de actos temerarios que solo terminaban en muerte y castigo.

Lea tampoco tenía ni idea de lo que pensaba su padre mientras apoyaba el filo de la espada sobre el cuello del primer guerrero. Ni mucho menos cuando separó su cabeza del resto de su cuerpo con un golpe certero y poderoso. Lea dio un respingo en el sitio a pesar de estar esperándolo, pero eso no se repitió en ninguna de las treinta y una ocasiones restantes. Tampoco apartó la mirada.

Lea vio como su padre cercenaba las cabezas de sus propios soldados sin vacilar. Cómo movía los labios en una plegaria silenciosa entre un guerrero y el siguiente, cómo apretaba los dientes al levantar la espada y descargarla sobre el cuello del hombre que tenía delante, pestañeando solo cuando la sangre le salpicaba la cara.

Cuando todo terminó, con la sangre todavía caliente derritiendo la nieve, Lea se dio la vuelta y desapareció en el bosque de los feéricos salvajes sin mediar palabra.

Capítulo 14

Pese a que la noche había caído hacía rato y ella apestaba a sangre y a muerte, Lea no tenía miedo. No le preocupaba que un feérico que no tenía que rendirle cuentas a ningún Hijo Predilecto apareciera en aquel claro iluminado por la luna creciente y la atacase. En realidad, casi lo habría agradecido. Así por lo menos tendría algo en lo que distraer su mente y no pensar. En las palabras de Kendrick, en su padre asesinando a los soldados que él mismo había entrenado y en el sonido de las cabezas cortadas rebotando sobre el suelo nevado.

Cuando percibió que alguien se aproximaba a sus espaldas, pensó que tendría suerte, pero su entusiasmo se desvaneció al darse cuenta de que se trataba de su madre.

Caminó hasta ella sin hacer ruido y se sentó a su lado sobre una roca húmeda, en la orilla de un pequeño lago. El kelpie que lo usaba como residencia y lugar de caza se asomó por encima de la superficie igual que cuando Lea había llegado. Su pelaje oscuro y húmedo resplandeció con la luz de luna, y sus ojos de color lechoso examinaron a la nueva presa potencial. Pero igual que había ocurrido con Lea, el feérico con aspecto de caballo la descartó al instante al oler lo que era y darse cuenta de que no podría engañarla para llevársela al agua y ahogarla para luego devorarla.

— ¿Cómo te encuentras? —preguntó Maeve luego de que el kelpie desapareciera de nuevo bajo el agua con un relincho contrariado.

Lea se encogió de hombros. Lo único que sabía era que estaba helada, por dentro y por fuera. No importaba que su manto estuviera hecho de grueso pelaje de conejo del norte de la Casa y lo mucho que se arrebujase en él, el frío parecía haberse instalado en su interior y se negaba a abandonarla.

Maeve pareció percibirlo y se pegó más a ella, compartiendo el calor de su cuerpo.

—Cuando vino a Llanrhidian por primera vez debido a la guerra —comenzó a decir tras un breve silencio en el que el kelpie chapoteó en el otro extremo del lago— recuerdo que estabas emocionada por volver a ver al Hijo Predilecto después de tanto tiempo. ¿Cuántos años tenías la primera vez? ¿Tres? — Maeve no esperó a que su hija contestase— No parabas de hablar sobre lo ilusionada que estabas con la posibilidad de mostrarle tus dotes de guerrera, te brillaban los ojos —dijo con una sonrisa—. Luego, cuando se te negó esa oportunidad, tampoco dejaste de hablar. Se te notaba que te hervía la sangre por dentro, no dejabas de moverte de un lado a otro por la cocina como un animal salvaje enjaulado, despotricando. Te marchaste esa noche de casa, no tengo ni idea de a

dónde —Lea apretó los labios ante el recuerdo. Por su entonación, no estaba tan segura con respecto a que su madre no supiera ahora a dónde había ido—, pero sé cuando volví a verte al día siguiente algo había cambiado. Estabas muy callada. Demasiado callada.

Lea sintió que el frío se cebaba con sus mejillas repentinamente enrojecidas. Se giró para mirar a su madre con el ceño fruncido.

— ¿Lo sabías?

—Sospechaba algo —contestó Maeve sin perder la sonrisa—. No soy tonta, Lea, y yo también tuve tu edad.

—Nunca dijiste nada.

—Pensé en hacerlo muchas veces, para advertirte, pero lo cierto es que creía que no sería necesario y que no llegaríais tan lejos. Tampoco pensaba que Kendrick fuera a hacerte daño —añadió tras una pausa.

—Pues acaba de hacérmelo, mamá. Muchísimo.

Lea se rodeó las rodillas con los brazos y apoyó la barbilla en ellos. No era el frío del invierno lo que la quemaba por dentro ni lo que le entumecía el cuerpo, sino lo que Kendrick le había ordenado hacer a su padre.

—Lo sé. Ha sido horrible, pero ellos sabían a lo que se arriesgaban cuando se rebelaron. Kendrick solo ha cumplido con su deber, igual que tu padre ¿Cambia lo que sientes por él? —preguntó.

Lea no contestó. Se quedó mirando las siluetas lejanas de lo que parecían fear dearg, hombrecillos que apenas le llegarían a la rodilla, con largas barbas blancas que se arrastraban por el suelo y puntiagudos gorros de color rojo bañados en la sangre de sus víctimas, mientras avanzaban en cuadrilla, llevando algo que todavía se revolvía atado por las extremidades a dos palos que cargaban sobre los hombros. O tal vez fueran boggles. No, si lo fueran Lea habría detectado su penetrante olor a carne en descomposición hacía rato.

Jugueteó con los cordones de sus botas, deshaciendo y rehaciendo los lazos, tratando de poner en orden sus ideas y sus sentimientos. No lo consiguió.

—No estoy segura. Creo que no —añadió entre dientes, evitando la mirada de su madre—, es solo que...

—Estás conociéndolo —la ayudó Maeve—. Nunca dejas de conocer a alguien, Lea, por mucho tiempo que llevéis juntos. Estoy segura de que en estos dos años has descubierto muchas cosas sobre Kendrick que nunca

te habrías esperado —la guerrera esperó a que su hija asintiese antes de finalizar—. Es mejor que te hayas dado cuenta de esta faceta de su posición antes de que os casaseis.

Lea ya la conocía, el problema era que nunca antes la había visto. Y no estaba segura de si sería capaz de volver a enfrentarse a ella. Kendrick no había escondido lo que era, ni le había ocultado lo que implicaba ser Hijo Predilecto cuando Lea le hacía preguntas. Pero lo más cerca que la joven había estado de conocer de primera mano lo que conllevaba la corona de ónice y cobalto que se ponía sobre sus cabellos plateados era una mesa llena de papeles que apenas se había detenido a hojear y un par de reuniones en Llanrhidian en las que él se había limitado a supervisar cómo avanzaban los entrenamientos de los nuevos soldados, el aprovisionamiento de armas y discutir estrategias con su padre y los demás generales. Verlo ordenar la muerte de treinta y dos fae era algo muy diferente.

La voz de Maeve se elevó por encima del chapoteo en la orilla contraria, donde el kelpie observaba curioso a los feéricos con gorros ensangrentados. Aguardando a que uno de ellos se acercase lo suficiente al agua de apariencia inofensiva para arrastrarlo a las profundidades oscuras.

— ¿Vas a irte mañana con él al palacio?

Capítulo 15

Lea caminó con seguridad entre las tiendas de campaña que empezaban a ser desmontadas. El sol todavía empezaba a asomar en el cielo encapotado, pero nadie quería permanecer en Tierra de Nadie más de lo necesario.

A pesar de que el territorio de la Sombra y la Niebla estaba cerca, la cantidad de heridos graves era demasiado grande como para trasladarse con la noche cayendo sobre ellos. La opción más sensata era aguardar a la llegada de un nuevo día, pasando la noche formando un grupo bien unido al que ningún feérico salvaje se atrevería a atacar ni siquiera por diversión aun sabiendo que lo más probable fuera que acabase muerto. Los heridos eran atendidos durante la noche y sus heridas podían cicatrizar lo suficiente como para su avance fuera seguro.

Lea había ayudado con algunos de ellos. No había podido dormir y necesitaba estar ocupada, tener algo que la distrajese de sus ideas. Fue así como se enteró de que Maisie había muerto desangrada. Una parte de ella sabía que sin haber pasado la Turas Mara la herida que le había hecho el wulver esa peligrosa, más todavía si no era atendida de inmediato. Pero había conservado la esperanza de que se hubiera salvado, que alguien se hubiera detenido a ayudarla y llevarla de vuelta a las colinas, donde estaría más segura. Otra prueba de su ingenuidad, pensar que alguien se detendría a ayudar a una chiquilla en pleno campo de batalla, poniéndose a sí mismo en riesgo y perdiéndose parte de la excitante acción.

Se encontró a Kendrick reunido con su hermano y con otro general cuyo nombre no recordaba. Se detuvo a una distancia prudencial para darles privacidad, esperando a que notasen su presencia. Cuando Kendrick reparó en ella, se separó de los otros dos sin mediar palabra.

Las manchas oscuras bajo sus ojos eran evidentes antes de que se acercase a Lea, pero cuando lo tuvo apenas tres pasos de distancia, pudo ver que éstas hacían que su rostro se viera todavía más pálido.

Kendrick parecía inusualmente inseguro, por lo que Lea decidió ser ella la que comenzase.

— ¿Pensabas que no iba a venir?

Él se removió en el sitio, pero sin perder su postura erguida y orgullosa.

—Sí.

—Yo tampoco estaba segura —reconoció Lea en un murmullo.

Había pasado toda la noche pensando en todo lo que había ocurrido en las últimas horas. Desde la muerte de Ronald, que todavía seguía sin procesar del todo, el hecho de que hubiera sido ella su ejecutora, hasta la orden de Kendrick para asesinar a los dannan rebeldes. El olor a sangre y muerte que impregnaba todo el lugar no la había ayudado a aclarar sus dudas. Sin embargo, cuando el cielo había empezado a aclararse y teñirse de tonos azul marino, sus piernas habían comenzado a moverse casi sin que ella fuera consciente y la habían guiado al otro extremo del campamento.

Había sido sorprendente para ella, acostumbrada a hacer lo contrario. A escapar cuando el firmamento comenzaba a tener el color de sus ojos.

Kendrick frunció el ceño y apartó la mirada.

—Puedes...

—No voy a echarme atrás —dijo Lea acortando la distancia que los separaba de nuevo—. No vas a librarte de mí fácilmente, mi señor —murmuró metiendo los brazos entre la tela de su manto de color negro y rodeándole la cintura con los brazos.

Kendrick apoyó la barbilla en su coronilla y la estrechó con fuerza contra él. Aspiró su olor y ella lo hizo mismo. Kendrick tenía un olor peculiar, como papel quemado y hojarasca, además de la tierra mojada y el metal que caracterizaba a todos los feéricos.

—Lo que tuve que hacer ayer no fue fácil —lo escuchó decir contra su pelo.

—Lo sé —asintió Lea—. Sigo sin tener miedo.

—Yo cada vez tengo más.

Lea se separó para mirarlo. Extendió una de sus manos hacía el rostro de Kendrick y le acarició una mejilla cubierta por una sombra de barba rubia, uno de sus pómulos. Luego, lo acarició entre las cejas hasta que la doblez que había aparecido entre ellas desapareció por completo. Podía sentir las miradas de quienes los rodeaban clavadas en ellos, pero Lea no se detuvo. No tenía sentido ahora que todo el mundo sabía que había algo entre ellos.

—Bueno, ¿vais a enseñarme mi futuro hogar, querido?

Kendrick puso los ojos en blanco al escuchar aquel apelativo que Lea

nunca antes había empleado con él y ella se rio en alto, dejando que la tensión desapareciese, igual que el frío.

Capítulo 16

Las semanas siguientes pasaron rápidas, los días comenzaban y terminaban de una manera casi vertiginosa para Lea. No durmió en el palacio ninguna noche previa a su boda, y apenas pasó tiempo en la villa más que para lo imprescindible. Se sentía más cómoda en el apartamento de sus padres en la capital; allí sentía que no molestaba a los sirvientes que se afanaban por tener todo a su gusto y al de Kendrick para el día de la ceremonia, aunque sus requerimientos eran más bien sencillos. Lea nunca se había parado a pesar en el día que se casase, pero sabía que no quería nada fastuoso y extravagante. Para disgusto de los demás nobles.

No se quedó a dormir allí ni siquiera la noche de su compromiso, aunque Kendrick se lo había pedido.

—Si sientes reparo por tus padres, creo que ellos pueden imaginarse lo que ha ocurrido entre nosotros en los últimos dos años —le dijo cuando Lea se negó.

—No es por eso. Es solo que aquí no tengo nada que hacer. Tú estás ocupado con asuntos de Estado y yo no quiero vagar sola por este sitio —dijo haciendo un gesto significativo a los jardines traseros del palacio, donde esa noche se celebraría su fiesta de compromiso.

Sirvientes, en su mayoría fae, se movían de un lado a otro de manera rápida y eficiente, llevando mesas, floreros rebosantes de flores frescas, manteles y guirnaldas con los colores de la Casa, apresurándose para que todo estuviera a punto.

—Y, ¿qué piensas hacer cuando estemos casados? ¿Vas vivir en la ciudad y aparecer solo por aquí por las noches? —replicó Kendrick rodeándola de la cintura y atrayéndola hacia sí.

A Lea todavía le resultaba extraño que se tocasen en público. Al aire libre, con el sol tocándolos. No entre cuatro paredes y al amparo de la noche. No le resultaba molesto, ni mucho menos. Estaba feliz por no tener que esconderse más, porque su relación no se limitase a momentos robados a escondidas, como si lo que estuvieran haciendo fuera algo vergonzoso. A pesar de lo que las miradas furtivas que les lanzaban los que se encontraban a su alrededor insinuasen.

—No lo sé —confesó Lea pasando los dedos por la mandíbula de su prometido. El cobalto rodeado de pequeños diamantes negros que lucía en uno de sus dedos le lanzó un guiño descarado—. Tendré mis deberes como consorte, supongo —Kendrick asintió, pero antes de que pudiera hablar, Lea continuó—. Ya se me ocurrirá algo, tengo tiempo de sobra para

pensarlo.

Pero después de esa noche, el tiempo pasó volando y Lea seguía sin tener ni idea de en qué consumiría sus días en el palacio ni en la villa que lo rodeaba. El sencillo vestido de satén de color azul oscuro que llevó la velada en la que su compromiso con Kendrick quedó formalizado ante los ojos de nobles aristócratas, fieros guerreros y dioses curiosos, fue sustituido por uno blanco más suntuoso y cargado de detalles. Lea estaba enamorada de las largas mangas y la espalda de encaje con un diseño difícil de identificar; dependiendo de cómo se mirase, podría haberse confundido con llamas furiosas o serpientes escurridizas. Su madre le ayudó a recogerse el pelo en un elegante moño y a decorarlo con flores de cardo azul, acompañadas de una tiara con una luna creciente en el centro.

A Lea solo comenzaron a temblarle las piernas cuando tuvo delante a Kendrick. No vestía de una manera muy diferente a como lo hacía habitualmente; enteramente de negro, con el escudo de la Casa bordado en los hombros, los bordes de las mangas y el pecho. Una corona de gemas negras y azul oscuro destellaba de una manera oscura en lo alto de su cabeza rubia, pero no proyectaba ninguna sombra sobre sus atractivas facciones. La sonrisa que le dedicó antes de girarse hacia la sacerdotisa que ratificaría su unión fue clara y luminosa.

La mujer con la diadema que representaba las distintas fases de la luna cortó los lazos de lana rojos que ambos habían llevado en sus muñecas desde su compromiso luego de pronunciar unas palabras a las que Lea apenas prestó atención. Deseó que nadie notase el estremecimiento que recorrió su cuerpo cuando escuchó la tela rasgarse. Una barrera que se rompía para unir a dos almas, creía recordar que había dicho la sacerdotisa.

Lea bailó con mucha gente después de la ceremonia, dannan prácticamente todos. La única persona que no pertenecía a su pueblo y que se movió con ella por la pista de baile al ritmo electrizante de la música fue Kendrick. Nunca antes lo había hecho; no si lo que hacían en la cama no contaba como danza, aunque Lea estaba dispuesta a debatirlo.

Bailaron una y otra y otra vez, siguiendo las diferentes melodías que los músicos tocaban en un extremo de los enormes jardines palaciegos, pero cuyas notas llegaban a cada uno de sus rincones, y también del cuerpo de Lea. Rio y chilló de felicidad, sintiendo el cuerpo de Kendrick vibrar contra el suyo, por el poder que emanaba y por las risas apenas contenidas que escapaban de su garganta y que nacían en lo más profundo de su pecho. Y a pesar de que Lea sentía que el ambiente que los rodeaba estaba cargado de una esencia ácida y pesada que hacía que la garganta le

escociese si respiraba demasiado hondo, fue feliz. Inmensamente feliz.

Las celebraciones que seguían a bodas feéricas solían durar más allá del amanecer, pero los novios de esta decidieron terminarlas poco antes de que el cielo comenzase a clarear. Maeve ayudó a Lea con los botones de la espalda antes de darle un beso en la frente y retirarse. Le recordó que aunque ahora fuera una mujer casada siempre tendría una familia al norte de la Casa que la recibiría con los brazos abiertos y que no dudaría en ayudarla en todo lo que pudiera. Lea estaba segura de la verdad que había en aquellas palabras, pero todavía tardaría un tiempo en hacerlas realidad.

Se puso la combinación que se había comprado para aquella noche en el baño que había en la habitación de los aposentos de Kendrick, mientras él la esperaba al otro lado. Cuando salió, el espejo que cubría la pared contraria le devolvió su reflejo. Era una pieza corta, por encima de la rodilla, algo que ninguna fae llevaría en público, de un blanco puro y casi resplandeciente. Sencilla, de seda, con el escote no muy bajo y tirantes finos. Fácil de poner y también de sacar.

Lea se había devanado los sesos tratando de buscar algo que hiciera justicia a aquel momento, a pesar de que no fuera a ser la primera vez que Kendrick la desnudase. Después de mucho buscar, se había cansado de los diseños recargados de lazos y encajes y se había inclinado por algo más simple, añadiéndole unas medias blancas cuyos ligeros asomaban por debajo del bajo del camisón. Pero cuando Kendrick la miró, estuvo convencida de que a él no le hubiera importado lo más mínimo lo que llevara puesto.

La contempló apoyado contra uno de los postes de la cama, con las manos en los bolsillos del pantalón y la chaqueta desabrochada, igual que los primeros botones de la camisa que llevaba debajo. La corona había desaparecido y un par de mechones de cabello caían sobre su frente. Se tomó su tiempo para mirarla, recorriéndola de arriba abajo y de abajo arriba con sus ojos negros más oscuros de lo habitual.

Cuando le hizo un gesto para que se acercase, Lea tuvo que hacer un gran esfuerzo para que sus piernas repentinamente débiles no trastabillasen y la hicieran caer. Detrás de su marido, el espejo que había al otro lado de la estancia reprodujo sus movimientos, reflejando las luces tenues de la estancia. Kendrick apoyó las manos en sus caderas por encima de la tela del camisón; estaban sorprendentemente calientes. Se inclinó para juntar sus labios con los de ella y compartieron un beso largo y húmedo, pero tremendamente casto teniendo cuenta la manera en la que la había mirado hacía unos instantes.

—¿Cansada? —le preguntó cuando sus labios se separaron por fin.

—Y feliz —contestó sonriendo.

—Yo también soy muy feliz —susurró Kendrick contra su boca, con una mano debajo de su barbilla. Como si estuvieran compartiendo una confidencia que nadie más debía saber, o como si tuviera miedo de que si lo decía demasiado alto, la ilusión que estaban viviendo se rompería—. No tienes ni idea de lo que significa para mí llamarte esposa. No tener que seguir escondiéndonos, poder tocarte en público.

Ella asintió sin decir nada.

—Gracias —dijo Lea tras una pausa en la que compartieron aliento y caricias tiernas por encima de la ropa—. Por saltarte las tradiciones por mí.

No había estado en muchas bodas y nunca se había parado a pensar demasiado en los simbolismos y los rituales que las conformaban, pero a Lea siempre le había turbado una tradición en concreto. Más extendida entre los fae nobles y sobre todo en los de más alto rango, tras cortar los lazos escarlata de las muñecas de los novios y de cenar, los feéricos tenían la costumbre de consumir su recién estrenado matrimonio delante de los presentes. Era una manera antigua de confirmar que el matrimonio era válido, pero estaba empezando a caer en desuso, a pesar de que a los feéricos les gustaban ese tipo de demostraciones. Para Lea, la idea de acostarse con Kendrick delante de sus padres, sus conocidos y una cantidad exagerada de desconocidos cuyas caras y nombres probablemente nunca sería capaz de recordar por muchos siglos que viviese en el palacio, era turbia y desagradable, cuanto menos. Pero lo que más detestaba era la tradición más extendida en los matrimonios tanto aristocráticos como menos nobles; la del hombre mordiendo a la mujer como un acto de dominancia.

Lea no había podido soportar la idea de que Kendrick le hiciera eso delante de todo la corte de la Casa de la Sombra y la Niebla ni delante del pueblo con el que se había criado desde niña y le había inculcado que la sumisión era una vergüenza.

—No iba a hacerte algo así si tú no querías —contestó Kendrick mientras acariciaba las sedosas flores de cardo azul que todavía estaban prendidas en el moño de Lea—. Entiendo que puede ser complicado.

Lea cerró los ojos y dejó que el tacto de su marido la arrullase. Había retrasado el momento de decírselo hasta apenas dos días antes, temerosa de que él hubiera preferido la comodidad de las reglas conocidas. Lea no había podido evitar dejar escapar un suspiro de alivio cuando le dijo que

lo comprendía y que lo respetaba.

— ¿Qué es lo que te inquieta? —le preguntó Kendrick tras un largo silencio.

Lea se encogió de hombros sin mirarle la cara.

—Ya lo sabes.

—Pero quiero que me lo digas tú.

No estaba segura de si aquello la irritaba o no. Apreciaba que Kendrick la dejase hablar y expresar lo que sentía a su manera, aunque sus pensamientos seguían siendo igual de altos y ruidosos que cuando se conocieron.

—Soy muy feliz y quiero que tú también lo seas, pero... a los demás no les hace gracia esto. Quiero decir... — hizo un gesto con la mano para señalarlos a ambos y al anillo que ella lucía ahora en el dedo anular de la mano izquierda, más recargado que la sencilla banda de plata de Kendrick llevaba en una cadena alrededor del cuello— Tú y yo, juntos.

Kendrick enarcó una ceja, una sonrisa socarrona asomando en sus labios.

—Un poco tarde para pensarlo, ¿no crees?

—Llevo pensándolo casi desde que te conocí, Ken —dijo Lea acariciando sus facciones, desde la mejilla ligeramente áspera hasta el arco de la ceja clara—. Ha sido un día increíble y maravilloso por lo que significa para nosotros, pero también he notado la tensión entre ambos bandos... Quiero decir, entre los dannan y los aristócratas.

—Esta podría ser una buena oportunidad para limar esas asperezas. No me he casado contigo con esa intención —sentenció con firmeza cuando Lea dejó de mover los dedos sobre su piel—. Ya te lo dije una vez, no quiero compartir mi vida con una mujer movido por esas motivaciones. Quiero hacerlo porque esté enamorado de ella.

Lea parpadeó. En dos años, Kendrick no le había dicho ni una sola vez que la amaba; no formulando esas precisas palabras. Esa era la primera vez que había estado tan cerca de hacerlo y, sin embargo, jamás había dudado de lo que sentía por ella. Desde la primera noche que pasaron juntos en el apartamento de la capital, Lea había estado segura de que no la usaba de pasatiempo ni para burlarse de los dannan. El sentimiento de... amor, había llegado después. Lea no sabía en qué momento había aparecido y nunca le había dado demasiadas vueltas; simplemente se

había ido tejiendo con el tiempo y ambos habían dejado que ocurriese.

Tragó saliva antes de hablar.

—No estoy segura de si nuestra unión conseguirá que se limen esas asperezas o que se hagan más cortantes —negó con la cabeza cuando Kendrick abrió la boca para replicar—. No quiero pasarme nuestra noche de bodas hablando, si te soy sincera. No cuando queda tan poco para que comience a amanecer.

Lea podía ver el cielo reflejado en el espejo. A cada momento que pasaba el negro infinito adornado de estrellas se diluía más.

— ¿Nadie te lo ha dicho? —dijo Kendrick en su oreja, haciendo que se estremeciese con el tacto de sus manos sobre su cintura y de su aliento en su cuello— El término noche de bodas no es más que un eufemismo. Puede durar todo lo que queramos —Lea notó sus dedos en su pelo, quitando las horquillas y dejando que cayese por su espalda— No voy a volver a dejarte marchar en cuanto el cielo comience a teñirse de azul oscuro, Aileana.

Se separó de ella para rodearla y comenzar a quitar las flores de cardo, que fue dejando sobre la cama. Lea cerró los ojos, inclinando la cabeza hacia atrás, disfrutando del tacto conocido del que ahora era su marido. Sus dedos deshicieron los nudos de su cabello sin prisa, besándole el cuello, el hombro... Hasta que rodearon repentinamente sus pechos por encima de la fina tela del camisón.

Lea jadeó, arqueando la espalda, dándole mejor acceso a su cuello. Cerró los dedos en torno al poste de la cama para poder mantener el equilibrio. El corazón le latía con fuerza dentro del pecho, la sangre comenzaba a burbujear bajo su piel, en las zonas más sensibles de su cuerpo. Curvó más su cuerpo y sus nalgas rozaron a Kendrick por encima de la tela, contra la evidencia de su excitación. Gimieron al unísono.

Kendrick tiró de ella para llevarla hasta el borde de la cama, donde él se sentó, mientras Lea se quedaba de pie. Las manos de Kendrick subieron desde sus corvas hasta sus caderas arrastrando la tela del camisón a su paso. La miró un instante antes de depositar un beso entre sus piernas, sobre la tela blanca de su ropa interior. Fue besando sus muslos a medida que tejido suave que los cubría bajaba con la ayuda de sus manos. Lea cerró los dedos sobre sus hombros evitar caerse si sus piernas trémulas le fallaban. El aire fresco lamió su piel antes de que lo hiciera Kendrick, entre sus piernas, en el punto exacto que hizo que cayera de rodillas sobre el borde de la cama.

Kendrick rio contra su piel al mismo tiempo que sus dedos bajaban los tirantes del camisón. Él le besó la piel desnuda antes de que la corriente

fresca pudiera hacerlo. Pasó la lengua entre sus pechos, sobre ellos. Acarició su espalda desprotegida y sus nalgas, empujándola hacia su cuerpo todavía tapado por la ropa que había llevado durante la ceremonia. El roce de la tela contra la piel sensible de Lea la excitaba más, hacía que se moviera sobre él, buscando aliviarse sobre la prominencia que sentía contra su sexo.

Kendrick la apartó de sí con un gruñido, producido a medias por el dolor y el placer. Lea protestó cuando se vio de pie delante de él, con el camisón a sus pies y su cuerpo sin el tacto del de Kendrick. La contempló ante él, mientras comenzaba a sacarse la chaqueta sin prisa y a desabotonarse la camisa.

—Quiero hacerlo yo —protestó Lea con voz temblorosa.

Los dedos de él se detuvieron. Una sonrisa traviesa apareció en sus labios y sus ojos brillaron.

—Entonces no podré mirarte con tanta libertad.

Ella fue a protestar de nuevo, pero Kendrick volvía a su labor. Se levantó para terminar de quitarse los pantalones. Sintió el calor irradiar su cuerpo contra ella aunque no la tocara. Notaba las sombras palpando su piel a pesar de no verlas. Lea cerró los ojos. Notaba sus mejillas arrojadas y calientes, igual que otras partes más sensibles de su anatomía.

— ¿Vas a ponerte tímida ahora que nos hemos casado? —lo escuchó decir.

Los dedos de Kendrick tomaron su barbilla con suavidad para que levantara la cabeza y lo mirara. Lea no fue consciente de haber apartado la mirada, solo que de repente lo que estaba ocurriendo la abrumaba. El hecho de lo que iba a pasar, aunque no fuera nada nuevo para ninguno de los dos, tenía un nuevo cariz. No más íntimo, pero sí más solemne. Menos prohibido.

Levantó la mano y la colocó sobre el corazón de Kendrick, que palpitaba tan desbocado como suyo. El cobalto en su anillo lanzó un breve destello.

—No tendría mucho sentido —contestó siguiendo el contorno de sus músculos—. Creo que ya me has visto desnuda de todas las formas posibles.

—Oh, Aileana, te sorprendería lo creativo que soy cuando te tengo desnuda delante de mí —ronroneó en su oreja antes de volver a empujarla a la cama.

Pero no la tumbó sobre el colchón y se puso encima de ella. Fue Kendrick el que se acostó de espaldas y Lea la que se quedó encima, con una pierna a cada lado de su pecho. Dejó escapar un suspiro resignado cuando supo lo que iba a ocurrir, temblando por la anticipación. Kendrick la tomó de la parte trasera de sus muslos y la hizo alzarse sobre sus rodillas, subiendo por su cuerpo. Lea cerró los dedos con fuerza en torno a la madera oscura del cabecero antes de que Kendrick le hiciera bajar las caderas y su boca tocara el sexo de Lea. Gimió y trató de separarse, pero los dedos de Kendrick se apretaron con más fuerza sobre la carne de sus caderas. Su risa grave se extendió desde sus labios hasta centro del placer de Lea, que volvió a gemir antes de que su lengua comenzara a jugar con ella.

Adoraba tener a Kendrick entre sus piernas, divirtiéndose con ella de esa manera lenta y húmeda, pero aquella posición la hacía sentirse tan vulnerable... Tan deliciosamente abierta y expuesta para él. Cerró los ojos, sintiendo cómo el placer subía desde el manojito de nervios entre sus piernas por sus caderas hasta el resto de su cuerpo. Pequeños hilos de sombras negras le acariciaban la piel sensible, siguiendo el ritmo de la lengua de Kendrick sobre ella, dentro de ella.

Abriéndose paso entre las mareas de placer que subían allí donde Kendrick la lamía y que recorrían todo su cuerpo, Lea consiguió abrir los ojos con la espalda arqueada y la reposando sobre su brazo. Su mirada se encontró con su propia imagen en un reflejo a su izquierda. Su reflejo, y también el de Kendrick. Notó cómo sus mejillas ardían con más fuerza, comprendiendo la extraña posición del espejo; desde donde se encontraba, la cama quedaba reflejada por completo en él. Así como lo que ocurría en ella.

Mira hacia arriba.

Lea hizo lo que Kendrick le pedía. Su rostro se coloreó más.

—Joder... —gimió mirándose a sí misma en el espejo que cubría el techo sobre la cama y en el que no había reparado.

Se vio a sí misma, a su cuerpo arqueado por el placer, su melena negra cayendo revuelta por su espalda y entrelazada con sombras oscuras. Vio el cuerpo de Kendrick estirado debajo del suyo, sus manos moviéndose sobre su cuerpo, por sus caderas, sus costillas, rodeando sus pechos sensibles. Los dedos de Lea se cerraron con más fuerza sobre la madera del cabecero al mismo tiempo que dejaba escapar un jadeo.

Ya te dije que puedo ser muy imaginativo, Aileana.

Su imagen desapareció de su vista cuando Kendrick introdujo dos dedos

en su interior y no pudo seguir mirando.

Kendrick, por favor...

La respuesta de su marido fue succionar con más fuerza el pequeño punto lleno de nervios que había entre sus piernas. La madera del cabecero protestó bajo los dedos de Lea, pero el sonido quedó eclipsado por el gemido que escapó de sus labios.

Por favor... volvió a suplicar, mostrándole lo que deseaba.

Lea aguardó agónicamente hasta que él le dio una palmada sonora para indicarle que se moviera. Se giró, cambiando la posición de sus piernas, pero dejándolas a los lados del rostro de Kendrick. Lea se tumbó sobre él, apoyada en los antebrazos y su rostro quedó a la altura de la imponente erección. Lo acarició con una mano y una sonrisa en los labios, cerrando los dedos con la fuerza justa para no hacerle daño, antes de metérselo en la boca y comenzar a deleitarlo de la misma manera que él había estado haciendo con ella. El sonido que ronroneó en la garganta de Kendrick fue música para su sangre. Lea no paró ni siquiera cuando Kendrick volvió a poner la boca sobre ella, ni cuando sus dedos siguieron explorando su interior y los contornos que rodeaban la entrada a su cuerpo. No fue una tarea fácil, pero ya tenía experiencia.

Ambos se encontraban al límite del placer que sus cuerpos podían experimentar sin caer en el punto de no retorno cuando Kendrick le dio otra palmada suave. Lea se recostó en la cama, con la cabeza sobre la almohada, y Kendrick se tumbó sobre ella. La plata templada del anillo que colgaba de su cuello acarició la piel entre sus pechos, pero lo que la hizo estremecerse fue la agitación que sentía sobre ella, emanando de Kendrick. Acarició sus hombros, su cuello y su cabello revuelto, entrelazando los dedos en los conocidos hilillos de sombra oscura al mismo tiempo que alzaba las caderas y él le colocaba un cojín debajo.

En los bordes de su campo visual, Lea vio sus movimientos reflejados en los espejos de aquella habitación desconocida. Aquella estancia en el palacio de su Casa que se convertiría de ahora en adelante en su hogar. El que compartiría con Kendrick el resto de su vida.

Se miraron, ninguno de los dos se movió durante un largo instante. Sobrecogidos, de repente, por lo que estaban compartiendo. Por el paso que habían dado.

Lea le acarició los labios, bajó con los dedos por su garganta y su pecho, presionando con las uñas la piel blanca de Kendrick, siguiendo por su estómago y los duros músculos de su vientre, que se contrajeron a su paso. La respiración de Kendrick le golpeaba con suavidad el cuello cuando rodeó su pene con los dedos y lo condujo hasta el lugar apropiado.

Levantó la vista y descubrió sus ojos negros clavados en ella, y aunque Lea no podía leer la mente de la misma manera que él, sí supo lo que estaba pensando. Porque era lo mismo que llenaba los pensamientos de ella.

Tan similar a la primera vez, y al mismo tiempo tan diferente.

Kendrick no dejó de mirarla mientras se deslizaba en su interior. Lea no apartó la mirada de él, aunque deseaba arquear la espalda de placer, cerrar los ojos y abandonarse. Habría sido tan fácil... pero ninguno de los dos estaba acostumbrado a la sencillez.

Cruzó los tobillos detrás de la espalda de Kendrick y lo besó antes de que él comenzara a moverse dentro de ella, despacio al principio, tentador. Lea dejó escapar un sonido de protesta. Había aprendido a ir despacio en la cama, pero con Kendrick sentía que nunca tenía suficiente a pesar de lo mucho que le hacía sentir.

Sus embestidas ganaban intensidad y rapidez poco a poco. Su respiración cálida y húmeda era cada vez más pesada, y su mirada negra era cada vez más febril, más abandonada, igual que la de Lea mientras clavaba sus uñas en la espalda de Kendrick, haciendo que se arquease contra ella cuando las bajaba suavemente por su piel. Lea no perdía detalle; de su rostro contraído por el placer, de su cuerpo tenso, perdiéndose poco a poco en ella. En el reflejo del espejo que había sobre ellos y que no perdía detalle de su noche de bodas.

—Nunca voy a cansarme de esto, Aileana —dijo Kendrick sin dejar de moverse—. De olor, tu sabor. De ti. De lo que siento cuando estoy dentro de ti —Lea gimió más alto con la fuerte embestida que enfatizaba sus palabras—. De cómo me haces sentir cuando tú estás dentro mí.

Lea quiso responder, decirle que para ella era de la misma manera, pero de su garganta solo salían murmullos de placer, así que se lo mostró. Entre la neblina cada vez más espesa de deleite, Lea le mostró a Kendrick lo que sentía. Lo vio bailar en sus ojos negros, moverse como una serpiente. Las sombras que los rodeaban respondieron trazando dibujos sinuosos sobre ella, susurrándole palabras de cariño sin voz.

Los primeros rayos del sol se extendieron por el suelo de la habitación, sus tentáculos de luz llegando poco a poco hasta la cama y cuando por fin tocó sus cuerpos unidos, ellos no se detuvieron. Fue extraño amarse de aquella manera, compartirse mientras el sol iluminaba sus pieles húmedas, pero Lea supo que no quería que fuera la última vez que aquello ocurría.

Ese fue el último pensamiento racional que tuvo antes de que el placer

ganase la batalla sobre su cuerpo y se dejase ir, arrastrando a Kendrick con ella.

Capítulo 17

Lea se dio la vuelta en la enorme cama cuando comprendió que los susurros lejanos de tela no iban acompañados de un cuerpo cálido que volvía a acomodarse al lado del suyo.

—Dijiste que podía durar lo que quisiéramos —protestó con voz somnolienta cuando vio a Kendrick casi completamente vestido.

—Brycen me ha hecho llegar un mensaje —contestó terminando de abotonarse la camisa—. Thane está comenzando a rearmar su ejército con ayuda de las demás Casas del sur.

Lea hizo una mueca con la boca. El Hijo Predilecto del Viento y la Tormenta bien podría haberlos dejado disfrutar de su recién estrenado matrimonio durante al menos una semana, pensó ella mientras se arrebujaba en las sábanas todavía templadas y con el olor de Kendrick. Solo habían pasado dos días desde que ambos habían pronunciado sus votos delante del palacio de la Sombra y la Niebla y los invitados, nobles y guerreros, así como dioses curiosos. Si no hubiera matado a Ronald, puede que su noche de bodas a solas hubiera durado más tiempo.

Apartó esos pensamientos que le producían una punzada en el pecho cuando su mirada se topó con la de Kendrick. Sabía lo que estaba pensando, por supuesto, pero en sus ojos no había reproche.

—Interpreto que vas a estar ocupado todo el día, entonces —dijo cambiando de postura para poder verlo más cómodamente.

La cadena con el anillo desapareció por completo cuando Kendrick se abrochó el último botón de la camisa. Se puso la chaqueta negra y bordada de azul antes de sentarse en la cama a su lado.

—Puedes venir a comer conmigo en el despacho —dijo apartando la melena negra y enredada del rostro de su esposa—. Creo recordar que teníamos asuntos pendientes con el escritorio —una risa traviesa agitó su garganta ante la expresión de Lea—. Descansa, todavía es temprano.

Fue a besarla en la frente, pero ella se alzó sobre los codos y le rodeó la nuca con una mano guiando su boca a la de ella. Kendrick le acarició el vientre y los pechos a través de la fina tela de las sábanas, Lea tiró de él con el peso de su cuerpo para que volviera a cubrir el suyo. Pero él le mordió el labio con suavidad y se deshizo de su agarre. Lea refunfuñó cuando dejó de sentir el peso de Kendrick a su lado y le dio la espalda, un gesto infantil y de falso enfado. La risa de su marido reverberó en la

habitación aun después de que cerrase la puerta.

Lea remoloneó en la cama hasta que el sol estuvo muy alto en el cielo, bañando la habitación de una manera casi cegadora. Los aposentos de Kendrick se encontraban en una de las zonas más sombrías del palacio, pero aquella primavera prometía ser más luminosa y cálida de lo habitual. Sentía el cuerpo deliciosamente cansado y ligeramente dolorido. No era de extrañar después de haberse pasado dos días enteros sin apenas dormir, perdida entre las caricias y los besos de Kendrick.

Sus anteriores encuentros siempre le habían resultado cortos, pero hasta su noche de bodas Lea no había sido consciente cuanto necesitaba aquella intimidad con él. No tenía ni idea de todo lo que le quedaba por explorar con él en la cama, sobre todo ahora que podía verse a sí misma haciendo el amor con Kendrick en los espejos de la habitación.

—Quiero que veas lo que yo veo cuando estoy contigo —le había susurrado al oído antes de deslizarse dentro de ella, mientras Lea se encontraba arrodillada y con los brazos apoyados sobre el colchón, encarando el enorme espejo de la pared—, para que entiendas porqué me pareces tan hermosa, Aileana. Así, tan deshecha por el placer que yo te doy —movió las caderas con fuerza contra ella para enfatizar sus palabras—. Y porque así puedo verte la cara y tú puedes ver la mía cuando estamos en una posición como esta.

Le había apartado la melena del rostro con una mano, cerrando el puño en torno a las hebras de cabello y había tirando suavemente para obligarla a levantarla cabeza y mirarlo. Mirarlos. A los dos. Lea no había tardado en deshacerse debajo de Kendrick solo con esa visión.

Lo que sí que le llevó más tiempo fu escoger cuál de sus nuevos vestidos iba a llevar en su primer día como consorte de la Casa.

Lea nunca había tenido dudas sobre lo hermosa que era; se miraba al espejo todas las mañanas mientras se vestía y se peinaba, y los hombres siempre le habían dedicado más de una mirada apreciativa cuando pasaba por su lado. Frunció el ceño mientras pasaba los dedos por las telas sedosas, con un panecillo de frutos rojos en la otra mano, recordando los comentarios de la modista de la ciudad que le había hecho aquellas ropas nuevas. Por el poder que emanaba de ella, Lea había sabido que hacía mucho tiempo que había pasado la Turas Mara, aunque su apariencia fuera la de una mujer poco mayor que Lea, y también que pertenecía a alguna familia noble de la Casa. Todo en aquel lugar, desde el palacio hasta los habitantes de la villa, desprendían un olor que le recordaba a la niebla húmeda de la mañana.

La mujer no se había azorado a la hora de comentarle que era afortunada de tener un rostro bello, con unos ojos y un cabello que causasen un

contraste tan marcado, por su cuerpo no era... especialmente agraciado. Esa era la expresión que había usado mientras comprobaba la medida de su cintura.

Ella ya había advertido que su cuerpo no era como el de las demás fae de la villa. Su estatura era menor, más incluso que la de su madre, y su cuerpo era ancho en la zona de las caderas y el pecho. Los músculos se le dibujaban con suavidad bajo la piel, en los brazos, en las piernas y en la parte superior de su espalda, pero era normal. La habían criado como una guerrera, había desarrollado la fuerza necesaria para sujetar armas pesadas y desenvolverse con ellas, lo extraño sería que no tuviera músculos definidos. La modista le había confeccionado un montón de vestidos con las mangas largas y holgadas para que no marcasen las evidencias de su vida en los campos de entrenamiento de su tierra. Solo se ceñían ligeramente en su cintura más estrecha y en sus pechos generosos, haciendo destacar aquellos atributos que la mujer había considerado más apropiados.

Lea escogió un vestido azul oscuro de terciopelo, las mangas con vuelo cerradas en los puños y un escote que se cerraba con un bonito lazo, oprimiéndole el pecho. Con él puesto parecía un regalo lujosamente envuelto, pero le gustaba como hacía destacar sus ojos. Se puso unos sencillos zapatos de color crema que no abrigan ni de lejos tanto como las botas que solía usar y salió de la habitación después de haberse tomado su tiempo haciéndose un recogido pulcro e intrincado.

Iba completamente vestida, pero se sentía desnuda. Le faltaban sus armas; su espada, sus dagas, su arco y su carcaj. Todo eso había quedado en el apartamento de sus padres en la ciudad. No le había parecido muy apropiado presentarse en el palacio con todo aquel armamento, pero su intención era traerlo poco a poco cuando pasasen un par de semanas. Una daga atada al muslo era algo de lo que nadie iba a enterarse.

Miró a un lado y otro del pasillo antes de echar a andar por el suelo de mármol cubierto de vetas negras que le recordaban a pequeñas serpientes. Sus pasos no emitieron en el más mínimo ruido y ella no escuchó ningún sonido que proviniese de las habitaciones privadas por delante de las que pasó. Todo estaba en absoluto silencio, a pesar de que el palacio parecía palpar como un ser vivo.

Bajó por las escaleras enmoquetadas, dejando atrás el piso en el que probablemente se encontrase Kendrick tratando de arreglar lo que ella había estropeado con aquel acto impulsivo en el campo de batalla. Llegó a la planta baja sin cruzarse con nadie y pasó por delante de los retratos de los anteriores gobernantes. El sol hizo que bizquease cuando salió al exterior. Se hizo sombra con las manos, pero en los jardines delanteros tampoco parecía haber nadie. Ni siquiera en la entrada a los terrenos del

palacio había guardias, pero supuso que nadie sería tan estúpido como para tratar de colarse allí. Solo ella, dos años atrás.

Siguió el sendero de pizarra oscura que rodeaba el palacio, lanzando miradas hacia la fachada, esperando ver a alguien asomado. Le pareció ver un movimiento furtivo en una de las ventanas más altas, pero podría haber sido un pájaro.

Estaba frotándose las manos, aterida de frío a pesar del sol primaveral, cuando descubrió donde se encontraban los fae que habitaban en palacio, la gran mayoría emparentados con la familia Maira de alguna manera. Ahora, su familia. Los jardines traseros del palacio eran una obra de arte, por lo que había podido apreciar tanto el día que visitó furtivamente el palacio y escapó como una ladrona como durante las veladas en las que se comprometió y se casó con Kendrick. Eran enormes, llenos de senderos de piedra oscura que se entrecruzaban como si fueran los caminos de un laberinto. Setos perfectamente recortados y de un verde saludable con intrincadas figuras, fuentes de las que manaba agua fría y cristalina, flores diferentes dependiendo de la época del año, siempre de pétalos azules y negros. Pero sin duda, lo más imponente de los grandiosos jardines del palacio de la Sombra y la Niebla era la estatua que se elevaba por encima de todo lo demás y que casi llegaba a la altura de la segunda planta del palacio. La estatua hecha de un mineral tan negro que parecía tragarse la luz que incidía sobre ella y de un azul tan intenso como el del mar cuando la noche ha caído. La estatua de la serpiente con las fauces separadas que se enredaba alrededor de la flor de cardo abierta.

Pero Lea no se fijó en ella. Sus ojos se posaron en los fae elegantemente vestidos y formando grupos pequeños entre los setos bajos, al lado de alguna fuente. No parecían estar haciendo nada en concreto, ni siquiera charlar entre ellos. Lea se preguntó si estarían practicando algún tipo de ocio mudo que ella desconocía, pero lo cierto es que parecía que solo estaban... esperando. Sí, parecían estar esperando algo. O a alguien.

Decenas de pares de ojos de diferentes tonalidades se posaron sobre ella y Lea los sintió como pinchazos de pequeñas agujas sobre su piel fría. Helada. Lea se había quedado congelada, inmóvil. Como un animal antes de ser atacado, solo que esta vez, Lea no tenía ni idea de cómo defenderse. Sus ojos se desplazaron de un noble a otro con rapidez, para luego empezar a registrar posibles vías de escape. Se detuvo cuando fue consciente de lo que estaba haciendo. No podía escapar. No podía salir corriendo como una raterilla traviesa ahora que era la consorte de Kendrick. Ya no era la amante secreta, ahora era la esposa. Así que Lea hizo lo primero que se le ocurrió que sabía que no sería interpretado como un acto violento, propio de la guerrera fiera y salvaje que todos esperarían.

Sonrió.

Una mueca amplia que dejaba ver sus dientes y que hacía que sus labios rosados se vieran más carnosos. Una sonrisa tirante y temblorosa, falsa. Nadie le devolvió el gesto.

Lea quería cavar un hoyo y esconderse, desaparecer en su interior y volver dentro de la habitación donde se había pasado los dos últimos días, con el cuerpo de Kendrick pegado al suyo. Pero no podía hacer eso. Bueno, si ponía el empeño suficiente probablemente sí, había llevado a cabo entrenamientos más difíciles con los dannan, pero probablemente eso no fuera demasiado elegante ni apropiado.

Sus piernas comenzaron a moverse. Con la espalda erguida y sin perder la sonrisa, Lea caminó hacia el interior del jardín. No tenía ni idea de a dónde iba, pero sabía que no podía quedarse allí parada, dejando que todos de aquella manera tan... evaluativa. Como si estuvieran midiéndola allí, sola. Sin Kendrick a su lado. El día de su boda la habían observado de un modo similar, mas no tan descarado.

Pasó al lado de pequeños grupos de aristócratas pulcramente vestidos y peinados que la siguieron con la mirada sin dedicarle ni una simple inclinación de cabeza en señal de saludo. La quietud era ensordecedora, solo rota por el rumor del agua al manar de las fuentes y el tenue crujido de los vestidos de las damas que seguían su avance en silencio; o puede que fuera el murmullo de sus propios músculos tensándose para salir corriendo en cualquier momento. Lea no estaba segura.

Lo que sí sabía era que no podía permitir que percibieran lo que sentía. Su inquietud por sentirse examinada como un animal a la venta, esperando temerosa a pasar la prueba. Su miedo casi cegador que la impulsaba a salir corriendo. Cuando el zumbido a sus espaldas comenzó, su autocontrol para reprimir sus emociones cedió.

Al principio pensó que sonaba como un enjambre de abejas malhumoradas, pero después se dio cuenta de que era algo mucho más escalofriante. Los murmullos de los cortesanos sonaban como un nido de víboras, sacando sus lenguas viperinas para probar el aire, probarla a ella. Tensas y preparadas para morderla si se acercaba demasiado.

Lea apretó el paso, con su sonrisa cada vez más floja y su espalda más húmeda de sudor frío. Siguió caminando hasta que los siseos a sus espaldas cesaron, por lo menos en sus oídos. Todavía seguía escuchándolos en su cabeza cuando parpadeó y se dio cuenta de a dónde había llegado. El cenador del que Kendrick le había hablado la primera vez que estuvo en el palacio.

Frunció el ceño y cerró los puños con fuerza cuando fue consciente de que sus pasos la habían llevado hacia una salida. Pero no podía marcharse. Ese era su hogar de ahora en adelante.

Miró a su alrededor, tanteando el aire y comprobando que no hubiera nadie cerca cuando subió al cenador y se sentó en uno de sus bancos de piedra oscura. Se quedó allí hasta que su corazón volvió a latir a un ritmo normal y en su cabeza dejó de escucharse el zumbido de voces que habían sonado a tras ella. Miró sus pies enfundados en aquellos ridículos y delicados zapatos y sus nudillos blancos mientras apretaba la madera entre sus dedos, deseando que fuese algo que pudiera utilizar como arma.

No recordaba haberse sentido nunca de aquella manera tan frustrante y débil. Tan desamparada y desubicada, sin saber qué hacer, cómo reaccionar. Tan indefensa. Ni siquiera en el campo de batalla en el que su Casa se había enfrentado a la más sureña de todas las de Elter se había sentido así. Casi podía decir que era una palabra desconocida para ella, o que no se le podía aplicar. O eso había querido pensar.

Las palabras de sus padres emergieron del fondo de su mente mientras trataba de poner en orden lo que sentía por dentro. Indefensa no era la palabra que la definía. Ingenua le sentaba mejor.

Dio un largo rodeo para llegar a las puertas principales del palacio, ocultándose en las sombras, igual que en la primera vez, moviéndose con todo el sigilo que sus ropas le permitían. Echó un vistazo a la posición del sol en el firmamento antes de internarse en el sombrío palacio. No faltaba mucho para la hora de comer, pero no tenía hambre. Sentía una mano fría oprimiéndole el estómago con fuerza y el sudor frío que le había corrido por la espalda se había secado, dejando su cuerpo destemplado. Pero la hora de la comida significaba que podía ver a Kendrick.

No tenía ni idea de cómo funcionaban las cosas en aquel lugar; Kendrick le había dicho que fuera a comer con él en su despacho, pero Lea no sabía si les traerían la comida hasta allí. Se imaginaba que sí, que lo más lógico sería que ni el Hijo Predilecto ni ningún otro habitante noble del castillo se molestase en bajar a las cocinas para buscar su comida y así mezclarse con la plebe, pero Lea sintió curiosidad por saber donde se encontraba. Supuso que debería estar en la planta baja, pero mientras la recorría de un extremo a otro ni siquiera percibía el más mínimo olorillo de comida cocinada.

Caminó sin hacer ruido, atenta a los sonidos que le llegaban de las puertas cerradas que no tenía ni idea de a dónde conducían y que tampoco estaba dispuesta a explorar ese día. Ya había tenido suficiente

con los jardines.

Estaba empezando a considerar la opción de subir directamente junto Kendrick cuando escuchó pasos ligeros tras ellas. Se giró bruscamente, sintiendo un leve rubor en sus mejillas y su mirada se topó con la de una par de ojos oscuros que la contemplaban con una ceja levemente enarcada, divertidos y curiosos.

—Hola, Aileana.

Lea tragó saliva antes de contestar.

—Brycen.

El Gran General de la Sombra y la Niebla se quedó muy quieto. Lea pudo ver algo moverse detrás de sus ojos. Algo similar a un animal importunado que se revuelve, tratando de poner distancia con aquello que lo había molestado. No le había hecho ninguna gracia que lo llamase directamente por su nombre, pero Lea estaba dispuesta a tomarse esa libertad ahora que eran familia, aunque sabía que debía ser cautelosa con Brycen. Su cuñado estaba apenas a cinco pasos. Lea no tenía ni idea de cómo había llegado a ponerse tan cerca de ella sin que lo notase.

— ¿Estabas buscando algo? —le preguntó.

En sus labios había una sonrisa pequeña, pero astuta. Una sonrisa que ya había visto en otras ocasiones y que la irritaba en sobremanera.

Se encogió de hombros antes de contestar.

—Solo exploraba mi nuevo hogar.

La ceja enarcada de Brycen se elevó un poco más.

— ¿Te gusta? —preguntó con voz melosa.

—Es diferente a lo que estoy acostumbrada.

Brycen asintió como si la comprendiera por el hecho de haber experimentado lo mismo alguna vez en su vida, cosa que Lea dudaba seriamente. Alguien como él jamás se sentiría desubicado en el mundo, y si alguna vez se encontraba en una situación remotamente parecida, lo más probable sería que hubiera hecho ese lugar suyo a la fuerza, moldearlo a su gusto.

—Anice está bastante molesta contigo —dijo tras un breve silencio en el que ella intentó pensar en alguna posible escapatoria—. Bueno, y con

Kendrick también, por supuesto.

Lea se quedó muy quieta, aguardando y al mismo tiempo repasando todo lo que había hecho en los últimos días que hubiera podido enfadar a la hermana pequeña de su marido. Apenas la conocía más que de vista, e incluso durante su boda no habían intercambiado más un par de palabras corteses que Lea ya ni recordaba. Anice era una figura alta y de ángulos cortantes como sus hermanos mayores, con una melena larga de color claro y ojos oscuros gélidos que parecían no saber expresar otra que cosa que no fuera indiferencia, arrogancia o disgusto.

Trató de contener su tensión, consciente de que Brycen podía notarla y de que se regocijaría en ella, exprimiéndola todo lo que pudiera. El hermano pequeño del Hijo Predilecto pareció notar sus intentos por permanecer estoica ante él, porque su sonrisa se amplió un poco más antes de hablar.

—Arruinasteis su gran anuncio de que iba a ser madre este año con vuestra boda. No le ha sentado nada bien —se detuvo, y Lea dejó escapar el aire de sus pulmones lentamente—. ¿Sabías que las damas de la aristocracia compiten por ser la que haga el anuncio más importante del año? Todavía queda mucho para que este termine, pero no hay nada que pueda compararse a la boda de un Hijo Predilecto. Y menos con alguien como tú —añadió ladeándola la cabeza, evaluándola desde un ángulo diferente.

Lea enarcó una ceja.

— ¿Una dannan?

—La hija de un general de renombre.

Lea resopló en bajo. La hija de un general dannan de renombre.

—Supongo que no tardaréis en hacer el anuncio de que vosotros también estáis esperando un hijo.

Los ojos de Brycen descendieron sin prisa desde el rostro de Lea hasta su vientre. Ella tuvo que hacer un considerable esfuerzo por no cubrirse con los brazos.

—No me he casado con Kendrick porque esté embarazada —respondió con calma.

—Pronto lo estarás —replicó Brycen. Esperó a que Lea replicase, pero cuando esta no lo hizo, Brycen continuó hablando—. Si volvemos a ir a la guerra con el Viento y la Tormenta, no será para hacer una burda representación teatral para los dioses ni para entretener a los nobles

aburridos. Será una guerra de verdad, y Kendrick podría morir —dijo muy despacio, evaluando la expresión de Lea, que se mantuvo impertérrita—. Si eso ocurre, la continuidad de los Maira en el trono de la Sombra y la Niebla estaría asegurada, previsiblemente, pero estoy seguro de que Kendrick preferiría que fuera con un hijo suyo.

Lea se contuvo de hacer ningún gesto que delatase el efecto que sus palabras tenían en ella. La única vez que se había planteado seriamente la posibilidad de un embarazo fue cuando seis meses antes de la batalla final con el Viento y la Tormenta había tenido un retraso considerable en su periodo. Una parte de ella sabía que era imposible que hubiera una criatura desarrollándose en su interior; tanto Kendrick como ella tomaban anticonceptivos a diario, en forma de infusiones de diferentes hierbas. Esa seguridad había hecho que no se parase demasiado a pensar en qué haría si estaba embarazada.

A mayores de esa situación, Lea jamás se había parado a pensar en si quería o no ser madre o cuando desearía que ocurriese. Siempre había pensando que sería algo que pasaría de manera natural si en algún momento deseaba serlo y si en ese momento había en su vida alguien con quien quisiera compartir algo así, algo tan... grande. Lea ya tenía a esa persona especial, pero no había pensado en que sus hijos con Kendrick tendrían que venir ya.

Abrió la boca para contestar, pero la cerró al ver la expresión con la que Brycen la miraba. Sabía que la había cogido por sorpresa, que la tenía acorralada. Lea sintió cómo el estómago volvía a cerrársele. Aquello era un recordatorio de lo ingenua que era la chiquilla dannan que se había casado con el señor de la Casa. Otro más.

Cuando aceptó casarse con Kendrick, la alegría de no tener que ocultar sus sentimientos por él la había abrumado. Poder expresar lo que sentía por él sin miedo, tocarlo no solo en los momentos robados de la noche, estar a su lado un día sí y otro también, sin tener que aguardar a que él tuviera una excusa para ir a Llanrhidian o que ella se inventase algo para pasar unos días en la capital había sido liberador. Pero Lea también había sabido que una parte de ella echaría de menos la invisibilidad que le proporcionaba ser su amante en las sombras. Ahora estaba empezando a descubrir hasta qué punto.

Se preguntó si Brycen había averiguado que era ella quien estaba con Kendrick cuando él había irrumpido en el despacho y los había encontrado en una situación comprometida dos años atrás. Kendrick la había tapado con su cuerpo, lo único que Brycen podía haber visto eran sus piernas desnudas y quizás algo de su melena negra. Se había quedado muy quieta, sin decir ni proferir ni el más mínimo ruido. Lo único que podía

haberla delatado era su olor...

Claro que lo sabía. Brycen era un cretino, pero inteligente. Había atado cabos. Pudo verlo en su mirada oscura, de un tono desvaído comparado con el de su hermano mayor.

—Ahora tienes deberes, Aileana —dijo como si hubiera estado leyendo el hilo de sus pensamientos—. Nadie te lo ha dicho, ¿verdad?

—Podía imaginármelo yo sola, pero gracias por recordármelo, Brycen —contestó ella con lo que esperaba que fuera una sonrisa educada.

Lea no quería seguir con aquella conversación. No sabía hasta qué punto estaban desarrollados los poderes de los dioses que fluían por dentro de Brycen, y no quería quedarse allí más tiempo para averiguarlo. Murmuró una disculpa y comenzó a alejarse de Brycen. Se detuvo cuando escuchó la voz de su cuñado a sus espaldas, su tono teñido de una sorna leve, pero perfectamente identificable.

—Las cocinas están en el ala oeste, bajando las escaleras que hay al fondo del pasillo en el primer piso. Quienes estén trabajando allí se sorprenderán al verte, pero diles simplemente lo que deseas y ellos te lo darán. No es necesario que te cues como una ladrona.

Capítulo 18

Lea ensayó una sonrisa delante de la puerta del despacho antes de llamar con la punta del pie. Kendrick apareció tras ella con su habitual rostro serio y frío, pero su expresión se suavizó cuando se topó con el semblante risueño de Lea.

—Hola —saludó ella levantando la bandeja de plata que llevaba en las manos.

—Hola —le respondió su marido extendiendo las manos para que le pasase la bandeja. Los dos pares de cubiertos tintinearón al chocar entre sí por el movimiento— ¿Qué tal tu primer día descubriendo el palacio sin esconderte entre las sombras?

Cerró la puerta tras ella y le hizo un gesto con la cabeza hacia el pequeño sofá que había delante de la chimenea debajo de la que se encontraba un escudo de la Casa. Delante de ella había una mesita baja de cristal. Lea nunca le había preguntado cuando tiempo pasaba allí encerrado a lo largo del día, ocupándose de asuntos de Estado, pero empezaba a sospechar que demasiado.

—Diferente. Simplemente diferente —insistió encogiéndose de hombros al ver la mirada que él le lanzaba mientras depositaba la bandeja con su comida sobre la mesa—. Todavía tengo que acostumbrarme. Es muy distinto a... a Llanrhidian.

Lea rezó una breve plegaria a su diosa para que Kendrick no notase que había estado a punto de referirse a la tierra de los dannan como casa. Tenía que empezar a acostumbrarse de una vez a la idea de que aquel palacio sombrío y lleno de víboras era su hogar ahora.

Kendrick se limitó a asentir y a sentarse a su lado. Destapó la bandeja y el olorcillo de la carne de caza asada y las verduras condimentadas llenó la estancia. Olía delicioso, pero Lea seguía sin tener hambre. Aceptó uno de los platos que Kendrick le pasaba y movió la comida de un lado para otro con el tenedor. Miró a su marido por detrás de las pestañas, pero él parecía perdido en sus propios pensamientos mientras masticaba.

Lea echó un vistazo a la mesa detrás de él. El recuerdo de la madera fría bajo sus nalgas y de Kendrick entre sus piernas calentó su cuerpo brevemente, pero fue sustituido con rapidez por el presente. Aquel día de hacía dos años, Lea había encontrado en esa mesa papeles en los que se planteaba la posibilidad de que las mujeres pudieran formar parte del ejército de la Casa, al menos de manera provisional. Ahora, estaría lleno de documentos con los que Kendrick trataría de alguna manera evitar un nuevo conflicto con el Viento y la Tormenta. Una disputa que habría

quedado olvidada durante al menos un par de décadas si ella no hubiera disparado su arco en un acto impulsivo.

Impulsivo como las palabras que salieron de sus labios.

—He estado pensado —se detuvo cuando la mirada inquisitiva y curiosa de Kendrick se centró ella. Lea removi6 en su sitio, dubitativa, pero ahora ya no había vuelta atrás—. Quizás debería de dejar de tomar el anticonceptivo. Bueno, y tú también, claro.

Kendrick dejó de masticar. Una pequeña y familiar arruga apareció entre sus cejas rubias.

— ¿Por qué?

Lea lo miró enarcando una ceja.

— ¿A ti que te parece?

La arruga entre las cejas de Kendrick se hizo un poco más profunda.

—Me refiero a por qué quieres quedarte embarazada ahora.

Lea se llevó el tenedor a la boca y masticó despacio antes de contestar.

—Supongo que es lo que debería ocurrir, ¿no? Soy tu mujer, tendría que darte...

—No tienes que darme nada, Aileana —la cortó suavemente, pero con rotundidad—. No, si tú no lo deseas.

Lo que ella deseaba... Contuvo el impulso de morderse el labio mientras pensaba en todo lo que le gustaría cambiar en esos momentos pero no podía. Tampoco estaba segura de que esos deseos no fueran pasajeros después de las experiencias que acababa de vivir. Solo tenía que acostumbrarse. Podía hacerlo.

La voz de Kendrick la sacó de la espiral de sus pensamientos.

— ¿Quieres que tengamos un hijo? O una hija.

—Sí —respondió demasiado rápido—. Sí que me gustaría...

—Pero no ahora —la ayudó él—. No es lo que quieres ahora. Eres muy joven, Aileana —prosiguió después de dejar su plato sobre la bandeja—, y eres un alma libre y salvaje que aun tiene mucho por explorar. Además, no deberías quedarte embarazada sin haber pasado la Turas Mara, y

menos de alguien como yo. Podría ser peligroso.

Lea no dijo nada mientras se llevaba un bocado de verduras asadas a la boca, con la espalda apoyada en el sofá. Sabía que tenía razón. Los embarazos para las feéricas que no habían alcanzado la mortalidad completa eran complicados debido al poder que había de manera natural en todas las criaturas del mundo de abajo, los bebés no natos incluidos. Uno que además llevase consigo el poder de los dioses sería todavía más complejo y peligroso.

—¿Por qué te resistes tanto a la Turas Mara? —preguntó ahora Kendrick, desviando la conversación.

—Aun voy a cumplir veinticuatro años en dos meses, no estoy segura de querer quedarme congelada en esta apariencia —dijo señalando su cuerpo con el tenedor— hasta el día que me muera ¿Cuántos años tenías tú cuando la pasaste?

—Treinta y dos.

—Pues eso.

Lea pinchó un trozo de carne con tanta saña que los dientes del tenedor rechinaron contra el plato de porcelana. No había sido su intención hacerlo tan fuerte, pero esperaba que hubiera tenido el efecto de disuadir a Kendrick de aquella conversación. No tuvo esa suerte.

—Yo tuve una educación diferente. La superé cuando ya había terminado mi formación como guerrero y cuando tenía cierto control sobre el poder que había dentro de mí en ese momento, porque es una especie de tradición. El orden natural de cómo tenían que suceder las cosas —apuntó antes de llevarse un vaso a los labios.

El orden natural, una expresión que le recordó demasiado a las palabras que Brycen había usado.

Lea terminó de masticar el bocado que tenía en la boca y apartó plato. Volvió a recostarse contra el respaldo del sofá y miró a Kendrick abiertamente, mostrándole lo que sentía no solo con las palabras que usó a continuación.

—Tengo miedo de no poder volver —se detuvo un momento, tratando de expresarse de la manera adecuada—. Me asusta que los dioses no me encuentren digna de la inmortalidad o que mi cuerpo no sea tan fuerte como yo creo.

—Ese miedo lo hemos tenido todos. Quien te diga que no, miente.

Kendrick se sentó más cerca de ella y rodeó la mano en la que llevaba su anillo de matrimonio con la suya. Lea nunca había hecho demasiadas preguntas sobre la Turas Mara. No estaba segura de querer saber lo que se sentía estando muerta durante los largos instantes previos a convertirse en inmortal de verdad. A dónde iba lo que quiera que habitase su cuerpo y la hacía ser ella y de dónde se sacaba la fuerza para regresar. Pensaba seguir posponiendo ese momento durante al menos un par de años más.

Un cosquilleo en su muñeca la devolvió al presente. Pequeñas serpientes oscuras salieron de debajo de la piel de Kendrick y se frotaron contra su piel. Lea les dedicó una pequeña sonrisa.

—Sigo sin querer pasarlo ahora. En serio —reiteró cuando sus ojos se cruzaron con los de Kendrick—, creo que soy muy joven para quedarme con este cuerpo.

—A mí me gusta ese cuerpo.

Lea se quedó muy quieta, su cuerpo comenzando a reaccionar a las palabras de Kendrick, a la manera en la que la miraba. Su maltratado estómago dio otro vuelta cuando los labios de Kendrick se posaron en su cuello, un beso húmedo con un leve roce de dientes. Los dedos de Lea se entrelazaron entre el cabello de Kendrick, despeinándolo mientras él bajaba por su hombro hasta llegar a su pecho. Cerró los ojos, disipando todo lo que le había acontecido ese día, recluyéndolo a un rincón oscuro de su mente y dejando que el calor del cuerpo que tenía sobre ella la arrullase. Kendrick deshizo el lazo que apretaba su escote, y aflojó las ataduras de terciopelo que se extendían debajo de su pecho, oprimiéndole el torso para realzarse los senos. Cuando quedaron al descubierto, Lea supo que esos trucos de moda no eran necesarios para hacerla más atractiva. El deseo en los ojos negros de Kendrick se lo confirmó.

Aprovechó que se encontraba perdido en su piel, contemplándola y acariciándola, para desabrochar los primeros botones de su chaqueta y su camisa. Los suficientes para que ella también pudiera disfrutar de la visión de su pecho desnudo y para que la cadena con el sencillo anillo de plata quedase a la vista. Lea enredó los dedos en la hilera de eslabones y tiró de Kendrick hacia ella. La lamió entre los senos y besó sus pezones sensibles mientras con una mano comenzaba levantar la falda del vestido de Lea.

—Teníamos cuentas pendientes con el escritorio —jadeó ella con las piernas separadas, deslizando sus dedos por debajo de su ropa interior y acariciando la cálida humedad que había debajo, mientras Kendrick batallaba con el cierre de sus pantalones, sin perder detalle de lo que su

esposa se hacía.

—Pues van a seguir quedando pendientes.

Capítulo 19

Lea siempre había rezado dos veces al día a su diosa, tal y como le habían enseñado sus padres cuando era pequeña. Nunca había sido una niña de las que pedía, sino más bien de las que daban las gracias por la vida que llevaban. Pensaba que eso le daría cierta ventaja ahora que sí tenía algo que pedir, pero si Dannu escuchó sus plegarias, no hizo nada por convertirlas en realidad.

Cada día que pasaba en el tenebroso palacio y en la villa que lo rodeaba era peor que el anterior. El siseo viperino que la acompañaba cada vez que ponía un pie fuera de los aposentos que compartía con Kendrick era cada vez más fuerte. Podía permanecer en su cabeza durante horas, incluso cuando se encontraba totalmente a solas. Trataba de acercarse a los nobles fae que se dejaban caer por las inmediaciones del palacio por alguna razón que Lea desconocía y entablar algún tipo de conversación con ellos, pero siempre que se encontraba a escasos pasos vacilaba. No porque sus miradas la invitasen a alejarse de ellos, sino todo lo contrario. Parecían estar esperando a que se encontrase lo suficientemente cerca como para quedar al alcance de sus bocas venenosas y morderla. A veces deseaba que lo hicieran; puede que así dejarasen de murmurar cuando ella les daba la espalda. No tenía ni idea de lo que decía, su oído de inmortal incompleta no se lo permitía, pero sabía apreciar el tono en el que lo hacía. En ocasiones contrariado, a veces divertido. Siempre cruel y afilado.

Pasaron los días primero, luego las semanas, y Lea no habló con nadie que no fuera Kendrick. Dejó de salir de sus aposentos, ni siquiera se adentraba en los pasillos para ir a comer con él en su despacho. Se pasaba los días cada vez más largos tratando de pintar algo en las gruesas hojas de papel que Kendrick le había llevado del despacho. No tenía más que un par de trozos de carboncillo que no le había preguntado de dónde los había sacado, pero no pidió más. No se sentía con ánimo para pintar nada colorido. Cuando se quedó sin papel, leyó parte de los libros que poblaban las paredes de la estancia dónde le traían el desayuno, junto a una ventana abierta, mientras el sol caía sobre su piel, aunque no la calentaba. Leyó los que le parecía que podían contener una historia interesante y los que no. Se sorprendió al encontrar alguno que contuviera tintes románticos; no veía a Kendrick leyendo nada de ese estilo, pero ya se había llevado muchas sorpresas con él en los últimos dos años. Lo único que le disgustaba de esas historias en concreto era que todas tenían finales trágicos.

A veces apartaba la mirada de lo que tuviera entre las manos y contemplaba más allá de la ventana. Sus ojos se negaban a posarse en lo que se veía de los jardines traseros desde la estancia y se centraban en el bosque más allá de los muros de piedra oscura. En más de una ocasión se

planteó la posibilidad de salir a explorarlos, pero eso implicaría abandonar la falsa seguridad de sus habitaciones. La simple idea la estremecía y hacía que su cabeza se llenase de un zumbido desquiciante.

Los ratos que pasaba con Kendrick por las noches, que al principio fueron una vía de escape para ella, un momento de verdadera paz y de consuelo, comenzaron a perder su efecto balsámico. Lea dejó de sentirse protegida cuando su cuerpo estaba debajo del de Kendrick, su calor y sus sombras apenas la templaban. A veces tenía ganas de acurrucarse entre sus brazos y llorar, pero nunca lo hizo. A veces quería agarrarlo de la cadena que tenía al cuello y gritarle si no veía lo que ocurría, o si no le importaba lo más mínimo, pero eso tampoco lo hizo. Tenía que ser consciente de lo que ella pasaba día sí y día también encerrada en aquellas cuatro paredes aunque no se lo dijese; aquel era su palacio, ella era su esposa y él sabía sumar dos más dos. Pero ninguno de los dos dijo nunca nada y los días siguieron pasando.

Lea creía haberse acostumbrado a aquella rutina de confinamiento en el que podía vestir con pantalones holgados y llevar el pelo recogido una trenza sencilla hasta que un día, mientras aguardaba en la habitación a que le sirvieran la comida en la estancia principal de los aposentos, las palabras del libro que estaba leyendo comenzaron a difuminarse. Parpadeó, sin comprender que era lo que ocurría. Algo húmedo se deslizó por su mejilla, caliente y con un tacto sedoso. Cayó sobre la página que tenía abierta delante de ella con un golpecito sordo. Otra pequeña gota salada no tardó en seguir a la primera.

Lea se limpió las mejillas y los ojos, confusa. Cuando consiguió procesar que estaba llorando, lo primero que hizo fue mirar la puerta cerrada de la habitación con pánico. Escuchó el traqueteo de platos y cubiertos siendo colocados sobre la mesa principal de la estancia, así como su corazón acelerado y su sangre corriendo por sus venas. No podían saber que estaba llorando. Puede que quienes tuvieran al otro lado solo fueran criados, fae sin ningún tipo de título nobiliario, pero ella estaba segura de que sí descubrían que estaba llorando sola en la habitación en la que se había encerrado desde hacía días, todo el mundo lo sabría. No solo en palacio, sino más allá de su verja de hierro pintada de negro.

Lea colocó una mano sobre su pecho y trató de respirar con más calma, pero las lágrimas siguieron rodando, una detrás de otra, y el calor en sus mejillas no dejaba de aumentar. Lea apretó los dientes hasta que le dolió la boca. Apartó el libro a un lado y se rodeó las rodillas con los brazos, escondiendo el rostro.

No tenía ni idea de por qué estaba llorando. Ni siquiera recordaba la última vez que lo había hecho. Odiaba llorar. A pesar de que al haberse criado con los dannan había aprendido a que sus emociones podían ser útiles para comunicarse con quienes la rodeaban, los sentimientos que

hacían que las lágrimas bajasen por sus ojos, que sus mejillas se calentasen y que su garganta se cerrase hasta casi ahogarla siempre la habían incomodado y frustrado. Si tuviera que definir como se sentía en ese momento, puede que la palabra apropiada fuera desbordada.

Siguió llorando aun después de escuchar el chasquido de la puerta que daba al pasillo cerrarse. Al final, su respiración terminó calmándose y sus lágrimas se agotaron. Se sentía exhausta, quería hacerse un ovillo sobre la cama y descansar, esperar a que la noche cayese, que Kendrick volviera a su lado y vuelta a empezar otro día. Y otro, y otro, y otro, y otro, y...

Lea se levantó de un salto, tirando el libro que estaba leyendo y perdiendo la página en la que se encontraba, pero no le importó. Apenas pudo contener el grito que arañaba su garganta desde dentro. Solo los movimientos rápidos y eficientes de su cuerpo aletargado tras días moviéndose lo mínimo requerido evitaron que escapase. Se limpió los rastros de humedad de su rostro con las mangas de la camisa que llevaba y se quitó la ropa; no podía salir oliendo a lágrimas y dolor. Cogió el primer vestido que le vino a la mano, se puso un par de aquellos ridículos zapatos planos, se echó agua fría en el rostro y salió de la habitación por primera vez en... no tenía ni idea de cuánto tiempo.

Los murmullos volvieron a su cabeza, provocándole un estremecimiento que recorrió su espalda, y aunque su cuerpo le urgía a dar vuelta y esconderse de nuevo, Lea se negó a ceder a ese impulso. No se cruzó con nadie en su camino al segundo piso ni tampoco en los corredores de este hasta que llegó al despacho de Kendrick.

Lea no llamó a la puerta. La abrió sin anunciarse y se encontró a su marido y a su cuñado de pie delante del escritorio, revisando cabeza con cabeza unos papeles que el segundo sostenía. Cuando levantaron la vista para mirarla al unísono, sus similitudes y diferencias la golpearon. Era evidente que eran hermanos, pero puestos el uno al lado del otro, Brycen no era más que una figura desvaída de Kendrick. Y aún así, tenía la capacidad de perturbarla y de hacer que quisiera encogerse. Sobre todo cuando aquellos pequeños hoyuelos a los lados de su boca al sonreír con astucia hacían acto de presencia, como si siempre supiera algo que ella desconocía.

Lea se aclaró la garganta antes de hablar para que no le temblase la voz.

—Me gustaría hablar a solas con mi marido.

Brycen se quedó muy quieto. Miró de reojo a su hermano, como esperando a que él diera el visto bueno a las palabras de Lea. Kendrick se

limitó a coger los papeles que sostenía.

—Claro —respondió separándose de Kendrick.

Pasó junto a Lea y le dedicó una sonrisa antes de cerrar la puerta tras de sí. Una sonrisa rodeaba de hoyuelos. Ella esperó a que los pasos de Brycen se perdieran en la distancia para hablar.

—Voy a ir a pasar unos días con los dannan.

Kendrick no se movió. Un silencio pesado se instaló en la distancia que los separaba hasta que él habló por fin, su voz calmada y firme.

—No me dijiste nada esta mañana.

Lea se encogió de hombros.

—Aun no lo tenía decidido.

— ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Los echo de menos.

Kendrick dejó los papeles sobre el escritorio. Apoyó las manos sobre la madera de la mesa tras él y la miró. Lea aguardó, preguntándose qué podía estar viendo en ella. Si se había dado cuenta de que escasos momentos antes de encontrarse allí plantada había estado abrazada así misma llorando como la chiquilla que era, no lo dejó translucir en su expresión.

— ¿Cuánto tiempo vas a estar?

Lea volvió a encogerse de hombros.

—Cinco días, una semana... Aún no lo sé.

— ¿Cuándo te marchas?

Lea vaciló por un instante. Sin embargo, la respuesta que salió de sus labios fue firme y contundente.

—Mañana.

Los ojos de Kendrick se entrecerraron. La estudio con detenimiento, de una manera que hizo Lea volviera a escuchar siseos viperinos dentro de su cabeza. Cerró las manos en puños, presionando las uñas contra la piel sensible de las palmas de su manos, tratando de reprimir el impulso de

salir de la estancia. De alejarse de Kendrick.

— ¿Puedo preguntarte por qué tanta prisa?

— ¿Y yo a ti el por qué de tantas preguntas?

Fue consciente de lo cortante que había sonado su voz gracias al cambio en la expresión de Kendrick. Su rostro quedó cubierto por las sombras de su corona, algo que hacía mucho tiempo que no veía. No con los dos solos en la misma habitación.

—Me ha sorprendido, solo eso —respondió con voz totalmente inexpresiva—. No voy a prohibirte ir a ver a tu familia.

—No te estaba pidiendo permiso —replicó ella.

—Ya lo sé —contestó él, con un dejo cortante en esta ocasión. Al darse cuenta de lo que había hecho apartó la mirada de Lea, apretando la madera del mueble tras él. Cuando volvió a centrar su atención en ella, se había recompuesto por completo—. Es algo que quiero que tengas en mente siempre, Aileana. No tienes que pedirme permiso para nada, ni siquiera darme explicaciones —sus ojos negros se oscurecieron más antes de finalizar—. Pero me gustaría que si hay algún problema, no tuvieras dudas en contármelo.

Lea dejó de respirar. Abrió la boca, pero ella solo salió un largo suspiro. Negó con la cabeza, cansada.

—Echo de menos a mi familia, Kendrick. Y... me está costando un poco acostumbrarme a este lugar y a sus habitantes. Solo es eso.

Lea no apartó su mirada de la de Kendrick. Quería caminar hacia él, rodearlo con los brazos y esconder el rostro en su pecho. Cerrar los ojos y aspirar su olor a humo de papel quemado y hojarasca, pero la distancia que los separaba le pareció inmensa.

Finalmente, dio un paso atrás y salió de la estancia. Cerró la puerta tras ella con un seco chasquido y volvió a sus aposentos con paso ligero.

Capítulo 20

Lea se marchó antes de que el amanecer empezase a despuntar y de que Kendrick se levantase de la cama. Estuvo tentada a darle un beso, pero no lo hizo. Él no se movió ni cuando se levantó para vestirse con sus pantalones sencillos, una camisa fina y una chaqueta ligera. Cuando cerró la puerta tras de sí, no vio cómo él agarraba su lado la almohada y lo aproximaba a su rostro.

Lea llegó a Llanrhidian a media mañana. El sol brillaba tras una ligera capa de nubes algodonosas, el aire olía a madera húmeda, a flores que comenzaban a abrirse y a la brisa marina del mar cercano. Había añorado esos olores casi tanto como el aroma a miel que siempre acompañaba a su madre. No fue consciente hasta que sus brazos rodearon la cintura de Lea y ella enterró el rostro en su melena castaña.

—Te hemos echado de menos —murmuró Maeve acariciando el pelo tranzado de su hija.

—Yo también a vosotros —susurró ella al mismo tiempo rodeaba a su hermano pequeño por los hombros, abrazado a su pierna.

Su padre aguardaba tras ellos, a un par de pasos de distancia. Su rostro, expresivo como el de su hija, estaba cargado de una emoción que Lea solo había visto cuando él volvía de una campaña militar.

—Cuéntanos, ¿qué tal la vida de casada? —preguntó su madre mientras caminaban cogidas de la mano.

Habían ido a esperarla a la entrada principal de la pequeña ciudad. Las botas de Lea no hacían ruido sobre el pavimento irregular de piedra, ni tampoco la espada que había recuperado del apartamento de la ciudad y que ahora se balanceaba suavemente en su cadera, chocando contra su muslo con cada paso.

—Diferente —dijo extendiendo la mano para que Rhys se la cogiese. Sonrió cuando su mirada se cruzó con la de su hermano, idéntica a la suya—. Estoy adaptándome todavía a lo que significa llevar esto puesto.

Levantó la mano entrelazada con la de su madre, en la que el anillo con el cobalto lanzaba pequeños destellos con cada movimiento. Maeve dijo algo a su lado, pero Lea no la escuchó. Estaban atravesando una calle comercial, llena de pequeñas edificaciones con escaparates y tenderetes de diferentes colores. La vida bullía, zumbando como un pequeño enjambre. Voces con un acento familiar llegaron a sus oídos, haciendo que

se estremeciese de añoranza.

Pasaron junto a una tienda en la que Lea solía comprar sus útiles de pintura. El matrimonio que lo regentaba la conocía desde que era muy pequeña y ella había comenzado a asistir a las clases que impartían el cuarto día de la semana por las tardes. La mujer y su hija más pequeña, un par de años más joven que Lea, se encontraban exponiendo algunos de los cuadros que los dibujos que los niños habían hecho esa semana. Todos ellos, desde los más talentosos hasta los menos; todo el mundo tenía un hueco en el amplio expositor destinado a ese fin. Las dos mujeres se giraron al oír voces tras ellas. Lea les sonrió. Ellas no le devolvieron el gesto.

La mueca se congeló en los labios de la joven guerrera. Su cabeza se llenó con un ruido estático y vibrante. Como el de una serpiente olisqueando el aire con su lengua bífida.

Lea se detuvo bruscamente. Su padre, que caminaba tras ellos, estuvo a punto de chocar con ella.

—Creo que voy a ir a dar una vuelta —dijo con voz trémula.

—Acabas de llegar.

Lea negó con la cabeza, soltándose del agarre de su madre y de su hermano.

—Necesito estirar las piernas y despejar un poco la cabeza. Además, me apetece mucho ver los acantilados. No os creáis tan importantes —dijo forzando una sonrisa socarrona—, no sois lo único que he añorado de Llanrhidian.

Se giró sin esperar contestación y echó a caminar con paso rápido. No quería que vieran su rostro más de lo necesario; a ellos no podía ocultarles nada.

Lea deseó haber escogido su manto con capucha a pesar de ser demasiado pesado para el clima primaveral. Con él podría haberse tapado el rostro, simular que era invisible. Los murmullos que acompañaban a sus pasos entre las calles estrechas que tenía que transitar para llegar al límite de la ciudad le habrían llegado más amortiguados. Podría haber evitado con más facilidad las miradas de quienes se cruzaban con ella sin tener que ir con el mentón pegado al pecho. Echó a correr cuando el suelo bajo las suelas de sus botas pasó de ser piedra a convertirse en tierra compacta.

No se detuvo a pesar de las ramas que le golpearon el cuerpo como látigos. O como colas finas y reptilianas. Ni siquiera cuando estuvo a

punto de caer al resbalar en un charco que no había llegado a secarse todavía. Solo paró cuando el bosque de abetos y robles terminó y dio paso a las retamas espinosas que le arañaron la piel por debajo de la tela del pantalón.

El mar azul infinito se extendió ante ella, plácido como una criatura viviente mientras dormía. El rumor de las olas al lamer los acantilados de piedra oscura y veteada sonaba como una respiración pausada. Una placidez que podía romperse en cualquier momento.

Lea se aproximó al acantilado con pasos vacilantes y se sentó cerca del borde. Desde donde se encontraba, con el día despejado, podía ver la Bruma, aquel extraño banco de niebla ponzoñosa que rodeaba Elter por todos los costados y que impedía saber qué había más allá. Respiró profundamente, embebiéndose del aroma de su tierra. Una tierra que había añorado de una manera casi dolorosa y que había esperado que la acogiera con los brazos abiertos, que la calmase, que hiciera desaparecer el siseo venenoso que parecía haberse instalado en la parte trasera de su cráneo. Pero lo que había encontrado era lo mismo que había querido dejar atrás.

El pecho le dolía, pero no por el trayecto apresurado que había hecho para llegar hasta allí. Era un dolor que el descanso no curaba. El pesar de saberse sin hogar. La añoranza de encontrarse delante de lo que había perdido y sentir que nunca más podría recuperarlo. La incertidumbre de saber si alguna vez volvería a sentirse en casa, acogida, parte de una comunidad. Parte de algo.

La joven guerrera parpadeó al notar que le escocían los ojos. Se obligó a pensar que era por la brisa del mar, pero esa idea acabó haciéndole más daño. Ni siquiera al mar de su tierra la quería allí, a su lado.

Lea se quedó allí sentada hasta que el cielo comenzó a pintarse de colores anaranjados y dorados, y el viento perdió su calidez. Se levantó con el cuerpo entumecido, todavía dolorido por la carrera desesperada a través del bosque. Después de semanas sin apenas moverse, sus músculos lo notaban, igual que sus pulmones.

La umbría que creaban las ramas de los árboles sobre ella le impidió ver a quién pertenecía la figura recortada que apareció ante ella después de avanzar unos metros. Se detuvo, llevando la mano a la espada. No la apartó cuando el guerrero estuvo lo suficientemente cerca como para distinguir los rasgos de su rostro.

—Hola, Deian.

El joven dejó de avanzar al escuchar su voz. Los últimos rayos del sol que se colaban entre las hojas iluminaban sus ojos verdes, dándoles un toque

áureo. El color de los ojos de los lobos, pensó Lea.

—Aileana.

Lea dejó escapar una carcajada sorprendida.

— ¿A qué viene eso?

—Es como te llama él, ¿no? Y me imagino que todo el mundo en el palacio. Por lo menos a la cara —añadió antes de que Lea hubiera terminado de procesar sus primeras palabras.

La joven entrecerró los ojos y ladeó muy levemente la cabeza, sopesando sus palabras con cuidado.

— ¿Hay algo que quieras decirme a la cara y no te atrevas?

Deian no le contestó al momento. Se quedó mirándola, parcialmente escondido en la penumbra del bosque. Lea cerró los dedos con más fuerza en torno a la empuñadura. Escaneó a su antiguo compañero de entrenamientos. Por lo que podía ver, no iba armado. Al menos no con las armas con las que solía pelear con ella.

— ¿Cómo has podido? —habló por fin, su voz una octava más baja, más grave— Ni siquiera entiendo qué se te podía estar pasando por la cabeza en el momento en el que le dejaste que te pusiera la mano encima por primera vez.

Lea se contuvo de dejar escapar una exhalación de cansancio.

—Eso no es asunto tuyo.

—Nos has traicionado.

Lea se pasó la mano libre por los ojos y se pellizcó el puente de la nariz. El ruido dentro de su cabeza aumentaba, latía cada vez con más fuerza y con más dolor.

—Oh, por Dannu...

— ¡Ni te atrevas a pronunciar su nombre!

Las hojas se estremecieron, causando un murmullo sobre ellos. Ninguna brisa las agitó. Lea se quedó mirando al dannan con los ojos muy abiertos, sintiendo el dolor de su pecho propagarse por su estómago.

—Sigue siendo mi diosa, Deian —replicó Lea cuando el rumor cesó—. Es a

ella a quien le dedico mis rezos por las mañanas y por las noches.

Una risa ácida y sin gracia llegó hasta ella.

—Hay que ser muy valiente para rezarle a la diosa de los dannan antes de acostarte con el Hijo Predilecto de la Casa y después de despertarte a su lado por las mañanas.

—Ella no tiene nada en contra del amor.

— ¿Amor? No me hagas reír, Aileana —dijo Deian gruñendo su nombre. Los rayos del moribundo sol iluminaron los dientes del guerrero—. Está riéndose de ti y de todos nosotros. No es más que una demostración de que estamos bajo su poder y de que puede hacer con nuestro pueblo lo que quiera.

Lea comenzó a moverse, bordeando la posición de Deian. Si no se alejaba de él, iba a tener un problema. No por lo que Deian pudiera hacerle o decirle, sino porque Lea comenzaba a desconfiar de sí misma y del hormigueo que le subía por los dedos y las muñecas, a pesar del cansancio.

—No voy a discutir contigo esto, Deian.

—Porque sabes que es cierto.

—No —contestó con contundencia, parándose en seco—, porque sé que no tiene sentido tratar de hacerte entender que lo escogí a él antes que a ti. Por eso estás aquí soltándome toda esta mierda, ¿verdad? Porque no puedes soportar la idea de que te rechazase y me quedase con él. ¿Sabes por qué lo hice? —preguntó, acercándose a él en esta ocasión. Hasta que no los separaron más de cinco pasos; hasta que pudo distinguir a la perfección la expresión rabiosa que contraía el rostro de Deian— Porque Kendrick nunca ha intentado poseerme y presumir de mí como a un objeto.

Todo quedó suspendido a su alrededor. El dolor dentro de la cabeza de Lea latía, se sentía cansada, pero de una manera extrañamente liberadora. El pecho le escocía como si hubiera corrido durante horas. Sus ojos escocían. No tenía ni idea de qué era lo que sentía y por qué ocurría. Sin embargo, sentía sus palabras ciertas. A pesar de todo lo vivido las últimas semanas, ella no dudaba de nada de lo que había dicho. Nada.

Parpadeó y sus ojos se enfocaron en Deian. Los puños de su antiguo amante se apretaron con fuerza en sus costados, pero no dijo nada. Podía ver su garganta subir y bajar tragando saliva, o palabras, la joven guerrera no estaba segura, pero Deian no dijo ni una palabra. Tampoco hacía falta; Lea podía sentir la verdad de lo que le había espetado a la

cara en el regusto amargo que había ahora en su boca.

La joven consorte se limitó a negar con la cabeza, y sin esperar ninguna respuesta más, se dio la vuelta y comenzó a trotar.

Para cuando llegó a la ciudad, las farolas alimentadas por piedras mágicas ya se habían encendido y apenas había dannan en las calles, cosa que Lea agradeció. Dudó delante de la puerta de casa de sus padres antes de llamar, aunque disponía de una llave y lo más probable era que estuviera abierta, ya que no había aparecido para cenar aun. Quien abrió fue su hermano pequeño, que tenía que dar un salto para poder llegar a la manilla.

— ¡Lele!

Lea le sonrió y lo cogió en brazos. Rhys tenía las manos mojadas cuando las colocó sobre las mejillas encendidas de su hermana. Al entrar en la cocina descubrió que sus padres ya habían cenado. Había un plato vacío en el lugar que ella solía ocupar en la mesa. Cuando Maeve la vio, se levantó y se dirigió a la olla que había sobre el fogón apagado, pero que todavía desprendía calor.

—No intentes escabullirte, Rhys —dijo Gwilym por encima del hombro mientras enjuagaba los platos y cubierto que ellos tres habían usado para cenar.

El niño resopló dramáticamente y Lea lo dejó en el suelo con una sonrisa. Rhys subió a una silla que había al lado de su padre para poder llegar hasta el fregadero, coger un trapo y ayudar a secar lo que comenzaba a acumularse delante de él. No era un niño alto para su edad, pero algo le decía a su hermana mayor que llegaría a tener la altura imponente de su padre. Tanto genio y dramatismo no cabrían en un cuerpo pequeño.

Lea lo miró sin perder la sonrisa, aunque esta apenas encendía una chispa de alegría en sus ojos. Su madre cogió el plato que había en su asiento y volvió a colocarse delante de la olla.

—No nos has contado como es la vida en palacio todavía —dijo de espaldas a su hija. Gwilym seguía fregando al mismo ritmo y Rhys secaba con ahínco.

Lea se encogió de hombros aunque ninguno la estuviera mirando.

—No hay mucho que contar. Es bastante aburrida; Kendrick está ocupado intentando evitar que haya otra guerra con el Viento y la Tormenta, por lo menos en breves. No hago mucho más que merodear por la villa e intentar familiarizarme con los nobles y con los pasillos del palacio —respondió, tratando de no entrar en detalles y de contar la verdad,

aunque no fuera del todo sincera. Si mentía, sus padres no tardarían en descubrirla; Lea sospechaba que era un tipo diferente de poder que los feéricos desarrollaban cuando tenían hijos—. Aquello parece un maldito laberinto.

Cuando finalizó, su madre se giró con el plato lleno de un caldo de verduras que Lea adoraba y su padre detestaba. Sonrió cuando extendió las manos para cogerlo. Su madre tardó en devolverle el gesto. Lea cogió la cuchara entre los dedos, esperando algún comentario por parte de sus padres, pero no llegó. Ella no levantó la mirada de su cena. Olía de maravilla, pero ella no tenía ni pizca de hambre a pesar de no haber comido desde... No estaba segura. ¿La noche anterior?

—La vida allí no es muy diferente a lo que me he encontrado aquí al volver.

Las palabras salieron de su boca sin que pudiera contenerlas. Serenas, pausadas. No dejó de remover el caldo mientras las pronunciaba. El silencio se instaló en la cocina. El chapoteo que provenía del fregadero y el entrechocar de los platos había cesado. Tampoco se escuchaba el sonido del trapo frotar los que ya estaban lavados.

La voz de su madre sonó extraordinariamente calmada a su lado.

— ¿Qué quieres decir?

—Sabéis lo que quiero decir. No soy tonta. No tanto —añadió después de tragar saliva.

—Lea...

—La gente murmulla a mi paso. Igual en el palacio.

Escuchó el crujido de la madera de la silla en la que se sentaba su madre. Probablemente se hubiera girado a mirar a su padre. Lea no levantó la mirada para comprobarlo; siguió removiendo el caldo humeante.

—Es como vivir en un maldito nido de víboras. Cuando paso por su lado sisean y cuchichean y se tensan como si se estuviera preparando para atacarme, y yo...

No llegó a terminar la frase. No con palabras, al menos. No fue capaz de contener el llanto que salió de su garganta. Dejó caer la cuchara y se tapó el rostro con las manos. Unos brazos le rodearon los hombros y el olor a miel llenó su nariz, pero eso no evitó que su cuerpo siguiera convulsionándose con el llanto y que las lágrimas no siguieran

derramándose calientes por sus mejillas.

Su madre le acarició el pelo, la espalda. Su fragancia cambió, tornándose más salada. ¿Ella también estaba llorando?

—Demuéstrales que tú puedes ser tan víbora como ellos.

Lea se separó de su madre para mirarla. Sus ojos grises se veían húmedos bajo la luz del techo. Las costillas de Lea comprimieron más sus pulmones y su corazón con la culpabilidad al ver lo que había conseguido.

—Yo no soy así, mamá —contestó separándose de ella y tratando de hacer desaparecer los rastros de agua salada de sus mejillas—. No soy de las habla a espaldas de la gente.

—Aprende a serlo. No me malinterpretes, no tienes que convertirte en una persona diferente, Lea —aclaró, ayudándole a hacer desaparecer las lágrimas, también con sus dedos—, solo pretender serlo para vivir allí, si es lo que deseas —Maeve apretó los labios antes de continuar—. Sabías que estar con Kendrick tendría un precio.

—Sí —reconoció Lea asintiendo con la cabeza—, pero no es lo mismo imaginármelo que vivirlo.

— ¿Cambia lo que sientes por él?

La joven dirigió su atención hacia el fregadero. Su padre estaba apoyado a la encimera, las mangas de su camisa subidas y los brazos cruzados sobre su pecho amplio. La luz de la estancia hizo resaltar el tatuaje negro que tenía en su antebrazo derecho, subiendo desde la muñeca hasta el codo. La luna en sus cuatro fases rodeada de llamas.

Rhys se había sentado en la silla que usaba para llegar al fregadero. El trapo húmedo reposaba ahora en su regazo y miraba a su hermana mayor con sincera preocupación. Trató de sonreír, sin demasiado éxito.

Lea no se pensó la contestación a la pregunta de su padre.

—No. Lo amo.

Lo amaba. Profundamente. Tal vez demasiado. Lea no estaba segura porque nunca había experimentado con nadie lo que sentía por Kendrick. Amarlo no era doloroso en sí, él nunca le había hecho daño. Lo que hacía que a Lea se le saltasen las lágrimas era todo lo que acompañaba a ese amor y que no dependía de ellos.

—Y él a ti también —dijo Gwilym—. No es fácil para alguien de su posición demostrar sentimientos así, Lea. Tú misma dijiste en más de una ocasión

que parecía un trozo de roca tallada y sin expresión.

Una roca tallada, un bloque de hielo. Lea había usado muchas comparaciones con el que ahora era su marido. Una mueca de nostalgia apareció en sus labios y los ojos volvieron a humedecerse. Parecían tan lejos esos momentos...

—Muchos creen que lo nuestro no es más que una farsa o que una especie de juego. Algunos creen que estoy embarazada, que no lo estoy —se apresuró a aclarar—, y otros piensan que Kendrick se ha casado conmigo solo para demostrar a los dannan que puede hacer con nuestro pueblo lo que quiera.

— ¿Tú crees que eso es cierto? —volvió a preguntar su padre.

—Kendrick no haría algo así —contestó con rotundidad.

—No, no lo haría —reafirmó su padre. Lea habría jurado que las comisuras de sus labios estaban levemente curvadas hacia arriba—. ¿Soy la misma persona cuando estoy en casa con tu madre, con tu hermano y contigo que cuando me pongo el uniforme y salgo por la puerta?

Lea frunció el ceño ante la pregunta, pero no tardó en suavizar el gesto, comprendiendo. Apartó la mirada de su padre y la dirigió a las vetas de la madera de la mesa. Escuchó pasos que se acercaban, una silla que era arrastrada con suavidad. Una mano grande y con algunas cicatrices en el dorso se cerró alrededor de su muñeca, apretándola con ternura.

—Esto es lo mismo, mi niña —dijo Gwilym tratando círculos sobre la tela de su camisa con el pulgar—. Todos nos ponemos un uniforme, una máscara, cómo quieras llamarlo. Kendrick se pone una corona, y tú puedes hacer lo mismo. Puedes ponerte un traje de escamas y dejar que te salgan colmillos venenosos como los de una víbora cuando sales por la puerta de tu habitación. Al principio no será sencillo —añadió—, pero puedes hacerlo, Lea. No hay nada que mi hija, una guerrera dannan, no pueda hacer.

Lea levantó la mirada hacia su padre. Sus ojos de color cobalto se clavaron en los de él, de una tonalidad idéntico, perfilados con largas pestañas negras. No había compasión en su rostro. Su mirada brillaba con algo muy diferente. La sonrisa que estiraba sus labios estaba cargada de algo que hizo que la sangre de Lea hormiguease en su cuerpo igual que antes de un entrenamiento. Astucia y un poco de malicia.

Lea se la devolvió con los ojos húmedos de emoción.

Capítulo 21

Lea le hizo llegar un mensaje a Kendrick tres días después avisándole de que regresaría la noche siguiente. Le dijo que no volvería al palacio ese mismo día, sino que se quedaría a dormir en el apartamento de la capital. También escribió que habría cena suficiente para dos.

Sintió su presencia antes de verlo, mientras subía por la cuesta de la calle en la que se encontraba el apartamento. Estaba oculto entre las sombras que proyectaban el alero del edificio, donde la luz de la farola más cercana no podía alcanzarlo. Lea sonrió a la silueta alta y esbelta que apenas se distinguía entre la penumbra; lo único que podía diferenciarse con más claridad era el cabello claro y perfectamente peinado. Alargó la mano y esperó, sin perder la mueca conciliadora que componían sus labios.

Los dedos blancos y largos de Kendrick tardaron apenas unos instantes en aparecer bajo la luz mágica del alumbrado de la calle. Se cerraron en torno a los de Lea, vacilantes. Ella tiró con suavidad y Kendrick dejó de esconderse. Le rodeó la cintura con los brazos y la estrechó con fuerza contra su pecho. Tanta, que Lea sintió que se quedaba sin aliento.

—¿Y este recibimiento? —rió sin poder evitarlo, sorprendida y al mismo tiempo alegre— ¿Acaso pensabas que no volvería?

—Te he echado de menos —murmuró Kendrick contra su pelo.

Lea se apartó lo justo para que sus miradas se encontrasen.

—Es agradable tener a alguien a tu lado calentándote la cama todas las noches, ¿verdad? —dijo con sorna.

—No solo la cama, Aileana —respondió Kendrick en bajo, evitando su mirada. Algo que nunca había hecho.

Incluso bajo la luz de la farola, Lea pudo ver lo que aquellos días separados habían supuesto para él. Había marcas oscuras bajo sus ojos y las arrugas de su frente estaban más acentuadas. Tocó la piel fría de rostro con la mano que tenía libre, la que no sostenía la bolsa de papel con lo que había comprado para hacer la cena.

—Yo también te he echado de menos, Ken.

Lo besó en la mejilla, notando el tacto punzante de su barba incipiente en los labios. Deshizo el agarre de su cintura, pero no lo soltó de la mano hasta que entraron en apartamento. Lea le indicó que pasase a la cocina, donde ella empezó a sacar verduras y condimentos de la bolsa que había traído. Sus movimientos hicieron que el manto nuevo que se había

comprado en Llanrhidian dejase a la vista la espada prendida a su cinturón y la ropa sencilla que llevaba debajo.

No se le escapó la mirada que Kendrick le dirigió, aunque no estaba segura de cómo catalogarla. ¿Añoranza, tal vez?

Se quitó la capa con capucha, más liviana que la que solía usar antes y de un color negro más sólido e impenetrable, y la dejó sobre una de las sillas que había alrededor de la mesa, junto con la espada enfundada.

—Hay algo que quiero pedirte —comenzó a decir mientras sacaba varios cuchillos de un soporte y le pasaba uno de ellos a Kendrick. Necesitaba tener las manos ocupadas para la conversación que vendría a continuación—. Me gustaría dar una fiesta.

Su voz fue firme, casual. La siguió el rítmico sonido de una zanahoria siendo cortada. Lea se detuvo cuando la respuesta de Kendrick no llegó. Cuando dirigió su vista hacia él lo descubrió exactamente en la misma posición que lo había dejado; con un cuchillo de cocina sencillo en una mano y una tabla de madera sobre la que descansaba una berenjena esperando para ser trinchada en la encimera. Se mordió el labio inferior para contener una sonrisa ante la imagen del Hijo Predilecto, tan sencilla y al mismo tiempo tan fuera de lugar, vestido con su elegante ropa aristocrática.

— ¿Por qué? —preguntó por fin.

Lea desvió su atención a las zanahorias que tenía delante y siguió cortando.

—Bueno, tengo obligaciones como tu consorte y una de ellas es proporcionarles entretenimiento a los ciudadanos y a los nobles de la villa, ¿no? —se encogió de hombros y prosiguió sin esperar contestación— Nunca he hecho nada por el estilo y tengo ganas de probar la experiencia.

—No es obligatorio —contestó Kendrick a su lado. Un sonido seco acompañó sus palabras; el del cuchillo atravesando la berenjena y chocando contra la madera. Lea le echó un vistazo de reojo—. Quiero decir, si quieres puedes tomarte tu tiempo, habituarte más al palacio...

—Creo que sería un buen ejercicio para marcar mi lugar en el palacio.

Los movimientos lentos y ligeramente dubitativos de Kendrick se detuvieron. La hortaliza se quedó abierta delante de él a la mitad, expuesta.

Cuando habló, su voz fue muy baja, pero perfectamente clara en la tensa

quietud de la estancia.

—Lo siento.

Ahora, la que se quedó quieta fue Lea. El Hijo Predilecto de la Casa no se disculpaba por nada y ante nadie; solo ante quienes estaban por encima de él. Los dioses mayores, Padre y Madre.

Lea alargó la mano y deshizo el agarre de los dedos de Kendrick alrededor del mango. Un agarre sorprendentemente fuerte. Sustituyó la empuñadura por sus propios dedos.

—No puedes cuidar de mí como si fuera una niña pequeña, Kendrick —dijo acariciando el dorso de la mano del gobernante, que tenía la vista clavada en la pared decorada con azulejos blancos y grises—. Tú tienes tus obligaciones con respecto a la guerra con el Viento y la Tormenta, y con mil asuntos más en las que no quiero ni pensar porque se me levanta dolor de cabeza.

Kendrick negó con la cabeza. Abrió la boca, pero de ella no salió nada.

Lo siento escuchó Lea dentro de su cabeza.

Lea no vaciló cuando salvó la distancia que los separaba, que a pesar de ser escasa se sentía pesada e infinita, y lo rodeó con los brazos. Kendrick volvió a apretarla con la misma fuerza que antes, y ella no se apartó. Simplemente se dejó llevar por el calor que desprendía su cuerpo, y por su olor. Había echado de menos su aroma, pero ahora, cuando los ojos se le humedecieron, se dio cuenta de hasta qué punto.

No puedes protegerme siempre repitió con ternura, acariciando su espalda. No puedes hacerlo y tampoco es tu deber.

Soy tu marido.

Y yo mayorcita, Ken. Si te pedí enfrentarme al ejército de una Casa rival sin haber pasado la Turas Mara puedo enfrentarme a esto.

Es muy diferente.

Lea alzó la cabeza y lo miró.

Puedo hacerlo. Necesitaré tu ayuda, añadió sin apartar su mirada azul de la negra de él pero puedo hacerlo.

Kendrick le aguantó la mirada un largo momento más hasta que se inclinó

y le dio un beso en la frente.

Lo sé. En el fondo, lo sé.

Lea respiró profundamente. Cerró los puños sobre la tela de la chaqueta y dejó reposar su mejilla sobre el pecho de su marido, escuchando el golpeteo acelerado de su corazón.

—Hay algo más que quiero comentarte —dijo cuando volvió a separarse de él lo suficiente como para poder ver su cara.

Kendrick la miró con una ceja enarcada y un dejo de diversión asomando en la expresión de su rostro.

—Te ha sentado bien el aire de Llanrhidian —comentó mientras apartaba un mechón de pelo rebelde de la frente de Lea.

Ella mordió el labio. Le habían sentado bien las conversaciones con sus padres a la hora de la cena, además de la brisa marina cargada de sal y del olor primaveral del bosque. Sus consejos le habían ayudado a alejarse un poco de la chiquilla ingenua que la había llevado de vuelta a Llanrhidian.

—Es importante. Es sobre el asunto de los hijos, en parte.

Lea esperaba que la familiar arruguita entre las cejas apareciese, o que por lo menos se tensase. No la contestación pausada que Kendrick le dio.

—De acuerdo.

Lea vaciló. Sintió el impulso de volver a coger el cuchillo en la mano, que estar atareada haciendo algo sencillo y mecánico, pero se contuvo.

—Cumpliré con mis deberes como consorte de la Casa —comenzó a decir intentando mantener un tono tranquilo como el que él había usado—, pero quiero libertad. Libertad para poder moverme por la Casa, para pasar tiempo en Llanrhidian cuando lo desee, en la capital... soy un alma libre —dijo tratando de componer una sonrisa burlona— que quiere tomarse su tiempo fuera de este lugar para... para poder sentirme bien. Libre —reiteró. Kendrick aguardó, consciente de que aun no había terminado. Lea tomó una última bocanada de aire—. Y quiero libertad para poder criar a nuestros hijos como dannan.

Esta vez, Kendrick sí frunció el ceño. Lea no se amilanó.

— ¿A qué te refieres exactamente?

—Quiero que se críen como guerreros. Nadie va a adoctrinarlos con ideas contrarias a la Casa, pero quiero que conozcan el pueblo del que viene su madre y que formen parte de él —explicó—. Me gustaría que le rezasen a Dannu, además de a Padre y Madre. No quiero que solo sean los descendientes del Hijo Predilecto, sino también míos —añadió, manteniendo la misma fuerza con la que había hablado antes.

Kendrick calló. Desvió la mirada hacia las hebras de cabello negro que había entre sus dedos, sopesando las palabras de Lea.

—Tendrán que ser educados bajo ciertas normas de la Casa —dijo por fin volviendo a mirar a su esposa—. Tendrán que aprender a moverse por el palacio y sus alrededores como unos aristócratas más, con todo lo que eso implica.

—Lo sé. Serán Maira. Y también serán Fforddludw.

Algo titiló en los ojos negros de Kendrick. En sus pupilas o en sus irises, Lea no estaba segura, pues no podía distinguir uno de otro, a pesar de la escasa distancia que los separa. Fuera lo que fuere, hizo que el poder de Kendrick latiese con más fuerza bajo los dedos de Lea.

—Le pese a quién le pese —sentenció el Hijo Predilecto—. De acuerdo, Aileana. Creo que es una buena idea.

Y Lea sintió que sus ojos se humedecían por enésima vez menos de una semana. Sus piernas flojearon y sus rodillas se doblaron, pero Kendrick estrechó el agarre con el que la sostenía y no la dejó caer. Esta vez no.

—Gracias —susurró Lea acariciando la cadena que asomaba entre las solapas de su camisa.

—Gracias a ti, Aileana.

Capítulo 22

Doce días después, Lea se encontraba sentada delante del enorme espejo que había en el baño de sus aposentos en el palacio. Había decidido arreglarse allí, a solas, a pesar de que no le habría venido nada mal que alguien le ayudase con el intrincado recogido que se había hecho. Kendrick la esperaba al otro lado de la puerta cerrada. Sabía que en ese momento lo que necesitaba era un poco de tiempo a solas. Necesitaba demostrarse a sí misma que podía comenzar aquello ella sola.

Terminó de perfilarse los ojos y se levantó. Dio un par de pasos hacia atrás para poder mirarse por entero en la superficie plateada y soltó un profundo suspiro. El vestido que llevaba había llegado al mediodía, con Lea al borde un ataque de nervios. Necesitaba aquel vestido; sin él, toda la función que tenía montada en su cabeza se iría al traste. Eso era lo que iba a tener lugar aquella noche de primavera en el salón del trono de la Casa de la Sombra y la Niebla. A los aristócratas les encantaban, y ella iba a darles lo que querían.

El vestido estaba hecho de un tejido sedoso al tacto, fluido, casi como si se tratara de un metal fundido. Caía por su cuerpo, ajustándose en los lugares donde ella deseaba que lo hiciera, de un color negro que parecía atrapar la luz. Miró el escote con gesto dubitativo, evitando morderse los labios pintados del mismo color que el tejido que cubría su piel. Nunca había llevado nada tan... abierto. Lo más parecido había sido el camisón de su noche de bodas, y comparado con lo que llevaba puesto, era recatado. El escote se abría hasta la mitad de su estómago, dejando al descubierto el perfil de sus pechos. La falda llegaba hasta el suelo, pero tenía una abertura que llegaba hasta la mitad de su muslo derecho y que dejaba a la vista sus piernas torneadas y blancas, así como los incómodos zapatos de tacón que llevaba, pero que estaba dispuesta a aguantar durante toda la velada, mucho después de que el sol despuntase en el horizonte. La elección de los tirantes finos que dejaban al descubierto sus brazos fuertes de guerrera puede que fueran lo que hubiera hecho fruncir el ceño con más intensidad a la modista encargada de su vestuario. O puede que la espalda... No, la espalda la había hecho parpadear con confusión. Esa era la parte que más le gustaba a Lea.

La serpiente que se extendía desde la base de la espalda del vestido, que terminaba justo por encima de sus caderas, estaba hecha de platino, un metal precioso parecido a la plata pero con un débil tono dorado pálido. Se curvaba sobre su piel, fría y resplandeciente, hasta llegar al hueco de sus omoplatos, donde su cabeza reposaba. Las gemas negras de sus ojos centellaban con cada movimiento de Lea con un brillo oscuro, travieso. No era el único ofidio que llevaba con ella.

Varios de sus dedos tenían también aquellos animales hechos de platino como adornos. Un brazalete en su brazo derecho, y sus pendientes, que rozaban sus hombros, besando su piel dependiendo de sus movimientos.

Estaba... extraña. Se veía tremendamente desconocida así vestida, pero no estaba segura de que le disgustase la imagen que le devolvía el espejo. Se escaneó de arriba abajo varias veces. Tendría que acostumbrarse. Iba a usar esa máscara durante mucho tiempo, por lo menos dentro de aquel lugar de penumbra y bruma.

Tragó saliva una última vez y salió del baño. Kendrick aguardaba con la espalda apoyada en el poste de la cama más cercano, terminando de colocarse una de las mangas de la chaqueta negra. Su corona de gemas negras y azules centelló cuando levantó la cabeza y se quedó mirando a Lea, completamente inmóvil. Sus ojos negros la escanearon entera, muy despacio, con una expresión indescifrable.

Lea se removió en el sitio.

— ¿Me he pasado? —preguntó impaciente, pasándose las manos por la tela fluida del vestido.

—Si tu intención es que no lleguemos a traspasar esa puerta —contestó Kendrick con voz ronca, haciendo un gesto vago hacia la salida de la habitación—, lo estás haciendo muy bien. Estás increíble —añadió acercándose a ella.

—Estoy nerviosa.

—Lo vas a hacer bien —replicó poniéndole una mano bajo la barbilla para evitar que apartase la mirada.

Lea cerró los ojos y se dejó mecer por la caricia de sus dedos en la mandíbula. Pequeñas hebras de sombra brotaron de ellos, acompañando el movimiento.

—Estoy asustada —reconoció con apenas un hilo de voz.

—Lo sé. Es normal tenerles miedo, Aileana. Yo también se lo tuve durante mucho tiempo. Aun a día de hoy —dijo Kendrick bajando la voz—, con los poderes de la Sombra y la Niebla dentro de mí. Puede hacerse daño de muchas maneras, no solo con magia, ya lo sabes —añadió empleando un tono más frío—. Y ellos son expertos en ejercer ese tipo de poder.

Lea dejó escapar un suspiro pausado. Su cuerpo buscó el de Kendrick, que siguió acariciándola con los labios apoyados en su frente.

El cielo azul oscuro se reflejaba en los espejos a su alrededor, salpicado por pequeñas estrellas blancas y una luna creciente, como una sonrisa cómplice. Debían de ir bajando al salón del trono. Todo el mundo estaría esperándolos ansiosos, sobre todo a ella. La consorte que se escabullía del palacio con la cabeza agachada, evitando la mirada de los cortesanos. Esquiva como una sombra.

—Te amo.

Lea levantó la mirada muy despacio, parpadeando. Kendrick la miraba ahora con una expresión extraña, porque no estaba acostumbrada a verla. Desconocida, igual que las palabras que habían salido de su boca. Pero no por ello menos verdaderas o ignoradas.

Ella lo sabía. Como esos hechos que a pesar de ser inexplicables no se duda de ellos, de su veracidad. Insólitos y misterios, como las emociones que pasaban por el rostro de Kendrick en aquel momento y que parecía no ser capaz de controlar. Lea vio su garganta moverse al tragar saliva y su pecho temblar antes de hablar.

—Sé que debería habértelo dicho hace mucho tiempo —dijo muy despacio mientras ensortijaba uno de los mechones negros que enmarcaban su rostro en uno de sus dedos—, y lo siento. Te amo, Aileana —pronunció sin apartar sus ojos de los de ella—. No sé en qué momento empezó a ocurrir, ni siquiera sé si importa. Creo que todo comenzó la primera noche que pasamos juntos en la capital —prosiguió tras una breve pausa. Sus ojos se velaron con el recuerdo y una sonrisa liviana apareció en su boca—. Me viste como nadie lo había hecho nunca antes y te quedaste a mi lado. Nunca te han dado miedo mis sombras.

Una pequeña serpiente negra surgió de sus dedos, que todavía tocaban la barbilla de Lea. Se deslizó por su garganta hasta su hombro y se acomodó en el hueco de su clavícula, lamiéndole la piel con su fina lengua bífida hecha de niebla oscura. El cuerpo de Lea respondió con un estremecimiento a medio camino entre el placer y el alivio.

—Puede que fuera por eso, por tu falta de noción del peligro, por tu temeridad y tu curiosidad de chiquilla inexperta e inocente —siguió diciendo Kendrick. Su sonrisa, más grande ahora, hacía brillar sus ojos negros—. Siempre me has parecido muy hermosa y el hecho de que fueras la hija de uno de mis generales puede que le diera cierto aspecto interesante a estar contigo al principio. Pero nunca ha sido mi intención aprovecharme de ti ni hacerte daño —la besó en la frente antes de añadir con voz contrita y temblorosa—. Siento muchísimo todo por lo que has tenido que pasar durante estas semanas.

Sabía que no estaba llorando. Kendrick no era de los que lloraban; él expresaba su pesar de otras maneras más sutiles. Ella tampoco

acostumbraba a expresar sus sentimientos de esa manera, pero sintió que los ojos se le humedecían y que el pecho se le encogía, oprimiendo su corazón y sus pulmones. Parpadeó para contener el agua salada y que no se le arruinase el maquillaje.

—Yo también te amo, Kendrick —dijo empleando el mismo tono que él. Pausado y firme, saboreando las palabras. Disfrutando poder pronunciarlas, aunque lo que expresasen no fuera ninguna novedad—. Yo tampoco tengo ni idea de en qué momento empecé a hacerlo. No fui a tu alojamiento con la intención de seducirte ni nada parecido. Solo quería hacerte ver que las mujeres podíamos ser igual de útiles que los hombres en un campo de batalla. Solo fui buscando una oportunidad de poder elegir. No voy a mentirte, acostarme con el Hijo Predilecto de la Casa tenía un punto temerario que me excitaba —sonrió con picardía—, y tus sombras... tus sombras nunca me han asustado —dijo acariciando la serpiente que todavía reposaba en su clavícula—. No de verdad, o no lo suficiente. Pero creo que fue cuando empezaron a disiparse y pude ver quien estaba debajo de ellas, cuando lo empecé a sentir. No te culpo por lo que ha ocurrido las últimas semanas —dijo con sinceridad, llevando ahora la mano a su rostro, a su ceño fruncido—; tú me advertiste, mis padres también lo hicieron y yo quise seguir pensando que todo podría ser sencillo. Que podría seguir siendo la chiquilla inexperta e inocente que le gustaba jugar con espadas y sonrisas. Pero no es así —susurró mientras hacía desaparecer la arruga que había entre sus cejas—. No puedo seguir siendo esa persona; no todo el tiempo al menos —añadió lanzándole una mirada astuta esta vez, pero todavía cargada de cariño.

Kendrick se inclinó y la besó. No fue el beso más apasionado, ni el más húmedo, ni el más ardiente. Pero fue el más sincero de todos los que habían compartido nunca. El que hizo que el cuerpo de Lea se calentase como nunca antes lo había hecho, de una manera muy distinta a cuando lo compartía con Kendrick. Un fuego que no la quemaba, sino que la abrigaba y la protegía a pesar de la vulnerabilidad que sentía después de las confesiones que acaban de compartir.

— ¿Te he dicho alguna vez que hueles a viento de primavera? —susurró él contra su piel— A madera mojada, a madreSelva y a brisa marina.

— ¿Sabes? Creo que lo que me enamoró fue tu romanticismo, mi señor —rió Lea.

Kendrick rió con ella, la vibración de su cuerpo extendiéndose por el de Lea. Las sombras que los rodeaban como el humo de una hoguera también temblaron.

—Te amo.

Lea rozó sus labios con los de él antes de corresponderlo.

—Te amo.

—Quiero pedirte una última cosa —murmuró Kendrick.

Lea ladeó la cabeza, curiosa. La mirada de Kendrick estaba cargada de tierna travesura, sus ojos negros más oscuros de lo que ya eran.

—Cuando volvamos a esta habitación, a esta cama, no te desnudes. No del todo. Quiero que cuando volvamos —dijo deslizando un dedo por su hombro y bajando por el escote abierto de su vestido— te pongas encima de mí y me montes, Aileana, con esas serpientes en tu cuerpo —añadió mirando los pendientes y tocando la joya sinuosa que cubría su espalda.

El calor que comenzó a recorrer su cuerpo en esta ocasión fue diferente. Nació entre sus piernas y hacía que le temblasen. Un fuego que esta vez sí quemaba, y con urgencia. Lea cerró los dedos sobre la tela de su chaqueta. Quería quitársela y hacerle lo que le había pedido, pero no tenían tiempo. Ahora no.

Lea trató de calmar esa urgencia pensando que en adelante tendrían mucho tiempo para estar juntos. De la manera que ellos deseasen.

—De acuerdo —contestó soltando la maltratada tela y alisándola con las manos.

—¿Preparada, mi señora? —le preguntó tendiéndole una mano abierta. Un ofrecimiento para no caminar sola.

—Sí —respondió Lea cerrando los dedos en torno a los suyos.

Caminaron juntos hasta la salida de los aposentos. Al otro lado de la puerta, Brycen los aguardaba, vestido de una manera muy similar a Kendrick. Un traje enteramente negro, la chaqueta de doble botonadura bordada de azul con el escudo de la Casa, pero solo en las mangas. El Hijo Predilecto era el único que podía llevarlo cosido sobre sus hombros, porque era él quien cargaba con su peso. Él era el único elegido para ese fin.

La expresión aburrida de Brycen cambió cuando se fijó en sus manos unidas. Arqueó una de sus cejas rubias y uno de sus hoyuelos se dejó entrever al lado de su boca. Kendrick apretó la mano de Lea, pero ella hizo un gesto discreto para que la soltase.

Puedo hacerlo sola.

Kendrick solo vaciló un segundo antes de desligar su agarre y comenzar a andar sin dirigirle una palabra a su hermano, con Lea tras él. Brycen comenzó a andar con ellos. No se colocó a la altura de Kendrick, porque nadie podía caminar al lado de uno de los hijos favoritos de los dioses si no tenía el mismo rango. Avanzaba apenas medio paso tras él, pero por delante de Lea, que los seguía con el golpeteo rítmico de sus tacones rebotando contra el mármol vetado. No habían llegado a la escalera que llevaba a los pisos de abajo cuando Kendrick se detuvo bruscamente y miró a su hermano por encima del hombro.

— ¿Qué haces, Brycen?

El hermano del Hijo Predilecto lo miró desconcertado un momento, igual que Lea. Dio un paso atrás al darse cuenta de lo cerca que se encontraba de Kendrick; demasiado cerca.

—Lo siento, Kendrick —se disculpó con una inclinación de cabeza.

—No es a mí a quien tienes que pedir perdón.

Su esposa y su hermano volvieron a mirarlo con confusión hasta que él le dirigió una mirada a la primera. Brycen se echó levemente hacia atrás como si lo hubieran abofeteado. Lea apretó los labios para no sonreír enseñando todos los dientes. Tuvo que poner más empeño en su tarea cuando su cuñado se giró despacio hacia ella, sus hombros muy cuadrados y su mandíbula tan tensa que Lea esperó poder escuchar el rechinar de sus dientes.

La inclinación de cabeza que le dedicó antes de hablar fue leve. Muy, muy leve, casi imperceptible.

—Mis disculpas, Aileana.

Un estremecimiento evidente recorrió el cuerpo de Brycen. El hermano pequeño de Kendrick apretó los dientes con más fuerza, cerrando los ojos y apretando los puños en los costados. Al mismo tiempo, Lea vibró con el golpe de poder que Kendrick le había lanzado a Brycen y que rebotó hasta ella.

Cuando Brycen abrió los ojos de nuevo, estos se habían oscurecido. Ni siquiera en ese momento, cargados de rabia contenida y desprecio salvaje, punzante, llegaron a ser tan negros como los de su hermano elegido. Y Lea no les tuvo miedo.

—Mi señora —dijo esta vez con una reverencia más marcada, mirando el suelo a sus pies.

Lea pasó por delante de él sin prisa hasta ocupar su lugar, más cerca de Kendrick. El Hijo Predilecto contempló a su hermano con una ceja enarcada y las comisuras de sus labios curvadas hacia arriba antes de seguir caminando.

Lea sintió la mirada aguda y lacerante de Brycen clavada en su espalda durante todo el trayecto hasta el salón del trono, pero no le importó. Se limitó a caminar detrás de Kendrick poniendo atención en no tropezar con aquellos ridículos zapatos que la elevaban considerablemente del suelo y en que los latidos de su corazón se mantuvieran a un ritmo normal. Sorprendentemente, lo estaba consiguiendo.

Hasta que las puertas del salón del trono aparecieron ante ellos. En ese momento, Lea sintió cómo su corazón trastabillaba y perdía un latido. Sin embargo, los dedos de su mano comenzaron a hormiguear. La sangre burbujeó dentro de ella de la misma manera que antes de una sesión de entrenamiento. Un producto del ardor que le producía la anticipación de la que vendría ahora.

Lea se llevó una de las manos a la cabeza, comprobando que la sencilla tiara de pequeñas gemas negras y azules, la misma que había llevado el día de su boda, estuviera bien colocada. Un gesto muy similar a cuando sopesaba la espada en su mano antes de atacar.

Kendrick no se giró, pero Lea notó su atención puesta en ella antes de que las hojas de madera negra se abrieran y lo que había tras ellas quedase a la vista. Las luces mágicas del techo no eran blancas como las que iluminaban las calles de las ciudades y las estancias de las viviendas normales. En el hogar de la Sombra y la Niebla, en la habitación donde el Hijo Predilecto hacía demostración de su rango entre los suyos, estas eran de color azul oscuro. Colgaban de lámparas de largos brazos rematadas en bocas abiertas de víboras dentadas de color negro y escamas relucientes, que parecían cernirse sobre los presentes con un brillo curioso y travieso en sus ojos inmóviles.

El color de las piedras luminosas dejaba la estancia en semi penumbra, pero Lea podía ver perfectamente a los nobles y aristócratas fae aguardando en su interior. Esperándola a ella. Como serpientes aguardando entre la umbría de la maleza para atacar a su presa, morderla, debilitarla. Esperando a que el veneno hiciera efecto y luego, devorarla cuando la vida aun no había abandonado del todo su cuerpo.

Pero esta vez, la presa les devolvía la mirada como una igual.

Decenas de fae engalanados con telas oscuras, todos llevando alguno de los colores de la Casa, cuando no ambos, se giraron para mirarlos. Vestidos largos que realzaban los cuerpos de las mujeres allí donde estaba bien visto según las normas morales de los feéricos mayores. Trajes de

doble botonadura y botas altas que hacían que las figuras masculinas pareciesen más altas y de hombros más anchos. Algunos con copas entre los dedos, otros sentados alrededor de las largas mesas que se encontraban próximas a las paredes.

Kendrick comenzó a caminar cuando ella, silenciosamente, le indicó que estaba lista. Cogidos de la mano, pero con ella avanzando un paso por detrás de él, recorrieron el pasillo que los nobles les habían formado. A él, no a ella.

Los aristócratas fae parecieron dudar antes de arrodillarse al unísono. Solo se hincaban de rodillas en el suelo delante de su Hijo Predilecto, y nadie más. Pero Lea caminaba demasiado cerca de él como para que pudieran levantarse antes de que ella pasara por delante. Le resultó complicado no quedarse mirando todas aquellas nobles cabezas inclinadas hacia delante, mirando el suelo, sin atreverse a levantar la vista.

El corazón le latía con la misma fuerza con la que sus zapatos golpeaban el suelo a cada paso; resonaban contra el mármol oscuro de la estancia, tanto el órgano de su pecho como sus pisadas. Y a pesar de ir completamente desarma, se sentía increíble poderosa. La mano de Kendrick alrededor de la suya irradiaba calor a todo su cuerpo. Las serpientes de platino y de sombras la arrullaban. La tinta todavía fresca del tatuaje que tenía en su muslo y que se insinuaba con cada paso hormigueaba en su piel.

Lea caminó con la cabeza alta hasta los pies del trono. No era un asiento confortable, o eso le parecía. No solo por lo que implicaba tener el derecho de sentarse en él, sino por tratarse de una enorme pieza de mineral negro tallado, sin ningún tipo de almohada y sin el respaldo acolchado. No era un lugar destinado a sentirse cómodo, le había dicho Kendrick una vez, sino poderoso. De detrás del respaldo asomaban las cabezas de varias serpientes negras, con las bocas abiertas y una flor de cardo azul cobalto asomando entre los labios. El trono se alzaba sobre una especie de pequeño escenario hecho con el mismo mineral, al que se llegaba gracias a tres escalones. No había ningún asiento a su lado porque nadie podía ocupar una posición pareja a la del gobernante de la Casa, ni siquiera su consorte. Esta (o este en menos ocasiones) solo podía sentarse en el segundo escalón, a los pies del Hijo Predilecto.

Lea y Kendrick se detuvieron delante del asiento real. Ella habría jurado que los ojos de las serpientes le lanzaron un guiño antes de que Kendrick la hiciera girarse y mirarlo. Cuando lo encaró, no encontró en su rostro su habitual expresión ensombrecida por la corona, fría y distante. En sus ojos brillaba la diversión y sus labios estaban curvados hacia arriba. Lea le devolvió el gesto antes de que se inclinase hacia ella y la besase largamente delante de todo los presentes, con una mano sujetando firmemente su barbilla. Si estos murmuraron, Lea no los escuchó. No

hubo ningún siseo molesto dentro de su cabeza mientras Kendrick movía los labios sobre los suyos y su lengua la exploraba. Cuando se separaron, Lea vibraba al compás del poder del gobernante de la Casa de la Sombra y la Niebla.

—Podéis alzar la mirada —dijo Kendrick mirando por encima de la cabeza de Lea.

Todos respondieron de la misma manera que cuando entraron en la sala. Al unísono, perfectamente coordinados. Sus ojos se clavaron en ellos; en ella. La mordieron. Lea fue a sonreírles, pero Kendrick hizo que se girase y quedase encarada hacia ellos. Se tensó, sabiendo lo que vendría a continuación.

Kendrick y ella habían hablado largo y tendido sobre ese momento. Él le había insistido una y otra vez que no tenía que hacerlo si no lo deseaba, y entendía perfectamente que no quisiera hacerlo; ya se había negado en una ocasión y aunque había sido un tanto escandaloso, nadie se atrevería a sugerir en voz alta que la consorte del gobernante todavía tenía algo que demostrar delante de sus cortesanos. Sobre todo alguien como ella. Pero Lea estaba decidida a jugar con sus reglas.

—Mi esposa ha decidido honraros con su presencia y una fiesta digna de un palacio —dijo Kendrick desde detrás de Lea, colocando las manos sobre sus caderas—, aunque no os merezcáis ninguna de esas dos consideraciones, después de cómo la habéis tratado.

Un silencio frío que mordió la piel expuesta de Lea se instaló en la sala. Todos los presentes, desde sus posiciones sumisas, no perdían detalle de su pareja real.

—Sé que no estáis acostumbrados a ser agradecidos con nada ni con nadie, excepto con los dioses que nos miran desde arriba —prosiguió Kendrick con un tono cargado de ácido sarcasmo que hizo que más de uno pusiera los ojos en blanco—, pero podríais mostrar un poco más de consideración con Aileana.

Los cortesanos lo miraron muy quietos, confusos, hasta que un pulso leve y al mismo tiempo poderoso recorrió la sala. Las luces se extinguieron durante un breve instante, y la noche que se vislumbraba por las ventanas pareció extenderse hasta el interior del salón. Lea paladeó el sabor del poder de Kendrick en su boca. Cuando la semi penumbra de color cobalto volvió a la sala, los cortesanos tenían las cabezas más agachadas y los hombros más hundidos, pero no lo suficiente como para que no pudieran mirarlos por detrás de las pestañas. Lea sabía que no podía esperar nada más de ellos. De momento.

Kendrick rió en bajo detrás de ella, un ronroneo grave que hizo eco dentro de Lea. Sus dedos se cerraron en torno a los de Kendrick sobre sus caderas y ladeó la cabeza, exponiendo su cuello. Cerró los ojos un instante cuando sintió el aliento de su marido en su cuello, pero los mantuvo abiertos cuando sus labios se posaron sobre su piel. Siguieron así cuando los dientes de Kendrick la rozaron.

Al principio fue una caricia leve, poco más que un cosquilleo húmedo y cálido. No tardó en convertirse en un verdadero mordisco, uno que dolía y excitaba a partes iguales. Lea gimió, pero no se apartó, todo lo contrario. Pegó su espalda al cuerpo de Kendrick todo lo que podía y apretó con fuerza sus manos, dejando que ocurriera, que él la marcara de aquella manera tan íntima. Los recuerdos de la noche anterior, donde aquello mismo había ocurrido en la cama del apartamento de la ciudad, con sus cuerpos desnudos y unidos, asaltaron a Lea, pero los devolvió al lugar del que habían salido. No era necesario que su excitación se incrementara más todavía, la que sentía en ese momento era más que suficiente. No quería acabar desnuda delante de toda la maldita villa palaciega esa noche, aunque podía notar que uno de los tirantes empezaba a escurrirse por su hombro y que la falda del vestido se había levantado ligeramente, mostrando más de sus piernas.

Kendrick ronroneó contra su piel sin dejar de apretar los dientes sobre ella, conocedor de lo que estaba pensando. Lea podía notar en su espalda que él estaba recordando lo mismo.

Cuando la presión de los dientes desapareció, Lea temblaba. Enfocó la mirada con esfuerzo y la centró en el público que había ante ellos. Nadie había perdido detalle, por supuesto. Toda su audiencia los miraba con los ojos bien abiertos y las fosas nasales dilatadas. Lea podía notar su agitación cargando el ambiente, volviéndolo pesado y embriagador. Los feéricos se caracterizaban por muchas cosas, pero el pudor no era una de ellas. Lea nunca se había quedado mirando como dos fae se acostaban y compartían sus cuerpos sin ella intervenir también en el juego, y nunca nadie la había observado mientras mantenía relaciones con un compañero de cama. No era de las que se quedaban al margen, pero ahora podía entender porqué otros lo disfrutaban. Sin embargo, tenía claro que no iba a ir más allá con Kendrick delante de nadie; siempre había apreciado los momentos que compartían a solas, y quería que su intimidad física siguiera de esa manera.

Se removió entre los brazos de Kendrick, ligeramente aletargada por el placer. Cuando se encontró con sus ojos, estos le devolvieron su propia expresión. Lea quería que la abrazara de nuevo, que la rodeara con sus sombras y recostarse el uno al amparo del otro hasta que la luz del sol bañara la Casa de la Sombra y la Niebla, pero no podían hacerlo. La

función no había terminado.

Lea desabotonó los primeros botones de la chaqueta, luego los de la camisa. Solo los suficientes para que la cadena con el anillo de plata quedase a la vista. Igual que la piel de su cuello. Kendrick volvió a echarse hacia delante, inclinando su cabeza hacia ella; y ladeándola de la misma forma que Lea había hecho antes. Ella se relamió los labios antes de ponerse de puntillas y ensortijar los dedos en su pelo; incluso con aquellos zapatos, Kendrick seguía sacándole una altura considerable.

Lea aguardó un instante antes de colocar su boca sobre él. Esta vez, la que preguntó sin palabras si estaba seguro de lo que iba a ocurrir fue ella. Kendrick se limitó a cerrar los dedos con más fuerza sobre la tela de su vestido y pegar más su cuerpo al suyo.

Lea dejó escapar una exhalación antes de morderlo.

Fue consciente de cómo los nobles a sus espaldas aspiraban con fuerza al comprender lo que estaba ocurriendo. Todo a su alrededor quedó suspendido de un hilo fino, vacilante. La sorpresa y la aprensión golpearon sus fosas nasales, y Lea se recreó en esas sensaciones desatadas de los fae detrás de ella, entremezcladas con el aroma de Kendrick, cada vez más cargado. Sonrió sin separar sus dientes de él, triunfante. Ojalá pudiera ver sus expresiones, no solo olerlas...

Antes de terminar ese pensamiento, una niebla fría se coló con delicadeza en el interior de su cabeza. Kendrick cumplió su deseo. Lea sonrió un poco más.

Cuando por fin se separó de él, Kendrick tenía dos marcas en forma de medias lunas enfrentadas en su piel, donde el cuello se unía con el hombro, levemente enrojecidas. Lea se sintió ligeramente cohibida cuando sus miradas se encontraron, igual que había ocurrido la noche anterior. Kendrick le sonrió de una manera más comedida, pero igualmente sincera y cómplice.

Recuerda lo que te dije antes de que saliéramos de la habitación, Aileana susurró dentro de ella.

No lo he olvidado, mi señor. Me tomo mis deberes de consorte muy en serio.

No volvieron a dirigir su atención hacia los nobles que seguían arrodillados. Subieron juntos y de la mano los tres escalones del estrado sobre el que se ubicaba el trono negro y azul con parsimonia, Kendrick con la chaqueta y la camisa todavía desabotonados y Lea con la tira del vestido escurrida de su hombro. Kendrick se sentó en el lugar que le pertenecía por decreto de los dioses, con las piernas separadas, la cabeza

alta y los antebrazos apoyados en los reposabrazos. Lanzó una mirada invitadora hacia su esposa y esta se sentó su regazo, rodeándole el cuello con un brazo. No podía sentarse sobre el trono de la Casa de la Sombra y la Niebla porque ningún dios le había dado su permiso en forma de poderes extraordinarios, pero nadie le había dicho que no pudiera hacerlo sobre uno de sus hijos favoritos. Se acomodó sobre Kendrick, notando la evidencia de su excitación contra su pierna, lo que hizo que Lea sonriese con descaro y lo besase en la mejilla.

Gracias murmuró con los labios aun contra su piel. Probablemente esa fuera la palabra que más le hubiera repetido desde que había vuelto de Llanrhidian.

Kendrick le contestó acariciándole la pierna, sus dedos rozando la zona donde la tela no la cubría. Lea se recostó contra su cuerpo y cruzó la pierna que recibía las atenciones de su marido sobre la otra. El gesto hizo que la tela se deslizase y que el tatuaje que se había hecho escasos días atrás, en una rápida visita a la tierra de los dannan después de la primera, quedase expuesto. Las llamas negras lamían su piel casi desde la rodilla hasta su cadera, envolviendo las cuatro fases de la luna. No se lo cubrió cuando notó la mirada afilada de los presentes sobre el escudo de los dannan. Nunca jamás escondería lo que era.

Nunca más su voz sonaría temblorosa o dubitativa cuando volviera a dirigirse a cualquiera de las criaturas arrodillas en aquellas estancia opulenta y hermosamente tenebrosa. Empezando por ese preciso instante.

—Podéis levantaros.

Los nobles no reaccionaron al momento. La miraron con el gesto fruncido, contrariados y también asqueados, incrédulos por el atrevimiento de aquella chiquilla dannan que no era nada ni nadie... solo la mujer que se acostaba con su señor. Miraron a su Hijo Predilecto, esperando a oír la orden de su boca, pero Kendrick estaba entretenido trazando dibujos sinuosos sobre la piel desnuda de Lea, siguiendo el trazado de fuego negro.

La joven guerrera dirigió su atención al primero que obedeció su orden. Brycen se había quedado al fondo de la sala, junto a la puerta que se había cerrado sin que Lea se diera cuenta. Incluso con la distancia que los separaba, pudo ver que no se había alzado porque estuviera deseoso de obedecerla, sino porque no soportaba la idea de permanecer de rodillas delante de ella. Los demás no tardaron en seguir al segundo de la Casa. Lea paseó su mirada sobre ellos, deteniéndose un poco más en un rostro más conocido que el resto, solo porque desde hacía poco más de dos

meses eran oficialmente familia.

Anice era sin duda la más expresiva de los tres hermanos Maira, de una manera menos sutil y más descarnada que Brycen. Su vientre abultado por el avanzado embarazo destacaba entre las figuras esbeltas de los demás presentes, a pesar del vestido negro y suelto que llevaba. Todavía no la había perdonado por haber acaparado toda la atención con su anuncio de la boda con su hermano, y no iba a hacerlo. Lea siempre había sabido que su desprecio poco tenía que ver con haberle robado el protagonismo a su embarazo de otro de los generales más importantes del ejército de la Casa. La mirada de sus ojos oscuros clavados en su tatuaje fue la prueba definitiva.

Los nobles se removieron inseguros, sin saber qué hacer a continuación, a pesar de que la música comenzó a sonar de nuevo y que los camareros aparecieron entre las discretas sombras de las esquinas para ofrecerles sus servicios. Lea se acomodó con más languidez sobre su asiento, contemplando la escena que tenía delante, divertida. Puede que pudiera acostumbrarse a aquel nido de víboras, después de todo.

Dio un respingo cuando sintió unos dientes hechos de bruma mordiéndole la pierna.

No seas muy cruel con ellos.

Lea giró la cabeza para mirar a Kendrick y se lo encontró con la mejilla apoyada sobre el puño libre, contemplándola con fascinación. Dejó escapar una risa baja y traviesa mientras acariciaba la serpiente nebulosa que la había mordido con cariño y sin ponzoña.

Oh, solo voy a devolverles lo ellos que me han dado. Ni más, ni menos.